



Universidad Nacional Mayor de San Marcos

Universidad del Perú. Decana de América

Dirección General de Estudios de Posgrado
Facultad de Letras y Ciencias Humanas
Unidad de Posgrado

**Contrapunto: Música y literatura en Aquí está la
música**

TESIS

Para optar el Grado Académico de Magíster en Escritura Creativa

AUTOR

Ilmar Piero MONTALDO ACOSTA

ASESOR

Marco Gerardo MARTOS CARRERA

Lima, Perú

2019



Reconocimiento - No Comercial - Compartir Igual - Sin restricciones adicionales

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/>

Usted puede distribuir, remezclar, retocar, y crear a partir del documento original de modo no comercial, siempre y cuando se dé crédito al autor del documento y se licencien las nuevas creaciones bajo las mismas condiciones. No se permite aplicar términos legales o medidas tecnológicas que restrinjan legalmente a otros a hacer cualquier cosa que permita esta licencia.

Referencia bibliográfica

Montaldo, I. (2019). *Contrapunto: Música y literatura en Aquí está la música*. Tesis para optar grado de Magíster en Escritura Creativa. Unidad de Posgrado, Facultad de Letras y Ciencias Humanas, Universidad Nacional Mayor de San Marcos, Lima, Perú.

HOJA DE METADATOS COMPLEMENTARIOS

CÓDIGO ORCID DEL AUTOR: NO TENGO

CÓDIGO ORCID DEL ASESOR: 0000-0002-6645-2785

DNI DEL AUTOR: 09842560

GRUPO DE INVESTIGACIÓN: NINGUNO

INSTITUCIÓN QUE FINANCIÓ PARCIAL O TOTALMENTE LA INVESTIGACIÓN:
AUTOFINANCIADO

UBICACIÓN GEOGRÁFICA DONDE SE DESARROLLA LA INVESTIGACIÓN,
DEBE INCLUIR LOCALIDADES Y COORDENADAS GEOGRÁFICAS: LIMA

AÑO O RANGO DE AÑOS QUE LA INVESTIGACIÓN ABARCÓ: 2016 – 2018



UNIDAD DE POSGRADO
ACTA DE SUSTENTACIÓN DE TESIS DE
GRADO ACADÉMICO DE MAGISTER


A los nueve días del mes de julio de dos mil diecinueve, siendo las 11.00 horas, en el local de la Facultad de Letras y Ciencias Humanas, se reunió el Jurado de Grado integrado por los profesores: Dr. Américo Mudarra Montoya (Presidente-Informante), Dr. Marco Martos Carrera (Asesor), Dr. Jorge Valenzuela Garcés (Informante) y Mg. Miguel Maguiño Mariño (Miembro) para calificar la sustentación de la tesis titulada **Contrapunto: Música y literatura en Aquí está la música**; presentada por el señor **Ilmar Piero Montaldo Acosta** Bachiller en Ciencias de la Comunicación, para optar el Grado de Magister en Escritura Creativa.

Hecha la exposición y absueltas las preguntas formuladas por el Jurado, éste acordó la siguiente calificación de acuerdo a lo establecido por el Reglamento General de Estudios de Posgrado, aprobado por R.R. N° 04790-R-18 del 08 de agosto de 2018.


Muy buenos (17)

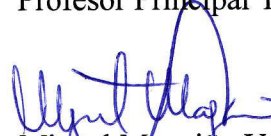
Habiendo sido aprobada la sustentación de la tesis, el Jurado recomendó que la Facultad proponga que se le otorgue el grado académico de Magister en Escritura Creativa al bachiller **Ilmar Piero Montaldo Acosta**.

El acto académico de sustentación concluyó a las *12.15* horas.
pm


Dr. Américo Mudarra Montoya
Presidente-Informante
Profesor Principal D.E.

M-E
Dr. Marco Martos Carrera
Asesor
Profesor Principal T.C.


Dr. Jorge Valenzuela Garcés
Informante
Profesor Principal T.C.


Mg. Miguel Maguiño Veneros
Miembro
Profesor Asociado T.P.

A mi hijo Diego Montaldo

Índice

Introducción

Capítulo Primero

Conceptos generales

1.1. Antecedentes narrativos: La música como parte de la construcción ficcional

1.2. Polifonía: Intertextualidad, paratextualidad e interactividad

Capítulo Segundo

Contrapunto. Música y literatura

2.1. La música como elemento intertextual dentro de la atmósfera o circunstancia en la historia

2.1.1. Títulos de canciones, nombre de solistas o grupos musicales

2.1.2. Letras de canciones como parte del texto

2.2. Lo paratextual en la concepción del libro *Aquí está la música*

2.2.1. El título

2.2.2. El epígrafe y la dedicatoria

2.3. Lo interactivo en la concepción del libro *Aquí está la música*

2.3.1 El juego en «Instrucciones para musicalizar los cuentos»

Capítulo Tercero

Los personajes en *Aquí está la música*

3.1. Los personajes-músicos en *Aquí está la música*

3.1.1. El personaje-músico profesional

3.1.2. El personaje-músico no profesional

3.2. Las motivaciones en los personajes

3.2.1. «¡A la cima, Jhonny!». La pasión como eje motivador del personaje

3.3. Detrás del escenario. La difícil vida del músico

Conclusiones

Bibliografía

Anexo: *Aquí está la música*

Instrucciones para musicalizar los cuentos

Lujuria

Calambrito, Torito y Pepita

La banda escolar

Papel en blanco

Desafinado

El aplauso en el muro de la esquina

La Victoria de Víctor

La mano sobre el muchacho

El reloj y el violín

El último romántico

El deseo de Sofía

La oscuridad en sus ojos

Y el ganador es...

Bola de arena

Soundtrack

Introducción

¿Debo escribir? Excave en sí mismo
en busca de una respuesta que venga de lo profundo (...)
Una obra de arte es buena cuando surge de la necesidad.
Rainer Maria Rilke (2006, pp.10-11).

El acto creativo es un proceso del pensamiento, el cual frecuentemente asociamos a algo que brota de la nada o que es pura intuición, y que a veces, solo unos cuantos escogidos son los llamados a poder desarrollarlo. Pero cuando un producto creativo nace, detrás de este hay una reflexión, una intención.

En mi caso, el primer formato para expresarme fue a través de las canciones, tanto en música como en letra. En la música, las diferentes tonalidades, melodías, armonías, ritmos y silencios plantean una atmósfera cuya unidad se completará con la letra de la canción. En ella se pueden contar situaciones, sentimientos, turbaciones, fantasías, etc. En las canciones, la voz que interpreta es también una voz narrativa, entendiendo esta como el personaje narrador de la historia que se recreará a través del cantante o intérprete por medio de una melodía y la musicalidad de las palabras. Podría decirse que soy un compositor ligado a la nueva canción, que fusiono sonoridades peruanas (criolla, afroperuana, andina) con otras del mundo (jazz, bossa, murga). Los discos que más me emocionan son los que en cada canción sorprenden con una nueva sonoridad; por eso, esa variedad ha hecho que a la hora de crear sea también heterogéneo.

Mi formación académica está ligada a las comunicaciones, a lo audiovisual. Estudié cine, televisión, video y radio; a la par, la música, como autor-compositor (cantautor). Guion cinematográfico y canción se relacionan por el hecho de contar historias. Y ambos difieren también en la manera de cómo se utilizan las palabras en cada uno de esos formatos.

Pero, ¿por qué expresarme a través de la narrativa? Así como decía Rilke, sentía la necesidad de contar historias, pero consideraba que una canción no era la forma que necesitaba para plasmar lo que quería expresar. Las historias que despertaban en mí otras formas de comunicarme eran más largas, con más personajes y tramas diferentes.

Plasmarlas en otros formatos fue el camino más lógico que encontré. En eso, proyecté que podría ser un guion, un texto teatral-musical (donde se podrían unir tanto música como texto dramático) o un texto narrativo (cuento o novela). Entre esas posibilidades creativas, elegí el cuento.

Cuando un creador tiene historias dando vueltas en su cabeza, las posibles ansiedades que pueden surgir disminuyen cuando se van gestando. En mi caso, tenía una idea dando vueltas en torno a la música, temática que no es la única que me entusiasma, pero que podría decirse forma parte de mis principales intereses y pasiones. Por otro lado, el cine y sus diferentes narrativas se hicieron parte de mí dentro de la formación profesional que obtuve en la universidad. El cine en nuestro medio era y sigue siendo un arte muy elevado en costos, a pesar de que la accesibilidad a nuevas tecnologías más económicas es cada día mayor. Hubiera podido optar por hacer un guion de un cortometraje, pero no tenía una sola historia, las ficciones que iba perfilando eran varias a la vez.

¿Qué podría hacer con estas historias? En ese momento tuve una revelación: un libro de cuentos. Un día, hace más de quince años, me senté frente al computador, pues surgió el concepto de lo que vendría a ser *Aquí está la música*. Tenía varias ideas, imágenes, situaciones con algunos personajes, y fui escribiendo lo que podríamos llamar el primer borrador, las primeras palabras de un grupo de cinco a seis relatos, todos de una extensión muy corta. Ya tenía la experiencia de hacer discos, y comparándolo ahora, no hay mucha diferencia en el concepto de armado, diseño o creación; es decir, en un disco, se agrupa una cantidad de canciones y se perfila cómo queremos que suene. La mayoría agrupa sus canciones con un mismo estilo musical; pero yo, como comenté anteriormente, voy agrupando sensaciones musicales. El género no es lo que determina un disco mío, sino una propuesta muy personal, una propuesta de autor, en la cual cada tema contará una historia distinta, tanto en letra como en música. Lo mismo ocurre en *Aquí está la música*, donde tenía diferentes historias cuyo hilo conductor o temático se basaba en lo musical a través de sus personajes.

La idea que empecé a trabajar fue la de un libro de cuentos donde todos los protagonistas estaban ligados a la música. Traté de encontrar si había otras ideas similares al proyecto que estaba gestando. En ese momento no encontré muchas; yo había leído algunos cuentos sueltos con esa temática, entonces pregunté a amigos escritores y me

comentaron que existían cuentos sueltos, pero dentro de un grupo de cuentos de algunos escritores. Por eso, la idea me pareció atractiva como concepto y empecé a diseñar la idea del libro, a perfilar algunos personajes, instrumentos, ciudades.

Tenía claro que debían encontrarse en el libro tres elementos clave: los personajes tenían que estar ligados a la música, las historias tenían que estar situadas en Perú —no necesariamente en Lima, lugar donde residí— y, que dentro de los instrumentos musicales que aparecerían, no solo fuera la guitarra —el instrumento que yo conozco—, el que llena las historias, sino otros igual de importantes como el piano, el violín, el violonchelo, la armónica, el charango, etc.

Así pasaron muchos años, dejando descansar o macerar las historias, como explica en una conferencia Vargas Llosa (1993) sobre *Lituma en los andes*, donde habla del tiempo como madurador:

Este proyecto, como todos los que están detrás de mis novelas, fue almacenado en la memoria, esperando que madurara, que le llegara su turno para empezar a materializarse. Para entonces ya sabía que no quedaría así, que la realidad, lo vivido, iría fracturándolo, transformándolo, como efectivamente así fue. (p.46).

En mi caso, pasaron muchos años, hasta que la maestría de escritura creativa en San Marcos me permitió centrarme y trabajar más tiempo en los textos. En el intercambio de experiencias con mis compañeros y profesores, el revisar los cuentos me dio la posibilidad de ser más exigente y, a la vez, plasmar lo que realmente quería en ellos. En este ínterin, surgieron dos piezas fundamentales para cerrar el concepto de *Aquí está la música*: los elementos intertextuales formaron parte esencial de la narrativa y los elementos paratextuales completaron lo que en un inicio todavía no percibía en su totalidad. ¿Cómo lograr que el lector pueda tener otra experiencia aparte de la lectura? El juego lúdico que se plantea, que fue lo último que diseñé para el libro en su conjunto, era el indicado para ello.

Así se gestó *Aquí está la música*. Pasaron muchos años entre revisiones y revisiones, que es cuando se emplea más energía, y ese trayecto creativo, a pesar de tener tristezas, decepciones y caídas, es una aventura llena de satisfacciones.

Entonces, temáticamente el libro de cuentos *Aquí está la música* se agrupa en torno a la música, donde los personajes están envueltos de una u otra manera en este universo, donde lo musical forma parte de sus historias. El siguiente trabajo explicará y reflexionará sobre el mismo en tres aspectos: lo intertextual, lo paratextual y lo interactivo; además de identificar los rasgos de los personajes-músicos creados, para así reflexionar sobre su construcción.

En el primer capítulo se darán a conocer cómo otros autores conjugan su arte narrativo con lo musical para dialogar con el lector, además de los conceptos de intertextualidad, paratextualidad e interactividad.

En el segundo capítulo se identificarán los elementos intertextuales y paratextuales que envuelven al libro en su concepción y proceso de escritura, así como lo interactivo en la concepción lúdica del libro, la cual propone crear nuevas relaciones dialógicas con el lector.

En el último capítulo se identificarán los diferentes personajes que se encuentran en el libro. También se reflexionará sobre los elementos diferenciadores que presentan los personajes que se insertan en el libro y con los cuales las historias se van construyendo.

Capítulo primero

Conceptos generales

1.1. Antecedentes narrativos: La música como parte de la construcción ficcional.

La escritura había puesto por escrito
la música de tradición oral para
hacerla entrar en otro ciclo cultural.
Pierre Lévy (2007, p. 113).

La música ha inspirado a la literatura y la literatura ha inspirado a la música. Es más, la música ha estado ligada a la poesía pues en sus inicios esta se cantaba. Ambas se han nutrido para generar nuevas obras de arte. Como toda creación artística, despiertan multiplicidad de sentidos, sobre todo cuando se encuentran dentro de estas, como referencias, textos ligados con el mundo de la música o la literatura. Un caso interesante de esta relación entre música y literatura es el del premio nobel de literatura 2016, el músico cantautor Bob Dylan, quien ha sido influenciado por la literatura a la hora de crear algunas de sus composiciones.

Cuando empecé a escribir mis propias canciones, la jerga del folk era el único vocabulario que conocía, y yo lo usaba.

Pero también tenía algo más. Tenía principios y sensibilidades y una visión informada del mundo. Y los había tenido por un buen tiempo. Lo aprendí todo en la escuela primaria. *Don Quijote*, *Ivanhoe*, *Robinson Crusoe*, *Los Viajes de Gulliver*, *Historia de Dos Ciudades*, todo lo demás – lectura típica de la escuela secundaria que te daba una manera de ver la vida, una comprensión de la naturaleza humana y un estándar para medir las cosas. Me valí de todo ello cuando empecé a componer letras. Y los temas de esos libros quedaron insertos en muchas de mis canciones, ya sea de manera consciente o inconsciente. Quería escribir canciones distintas a cualquier cosa que alguien hubiera escuchado, y estos temas eran fundamentales. (Dylan, 2017).

Por otro lado, la música ha despertado el interés de escritores que plasmaron en sus obras personajes o elementos musicales dentro de sus creaciones. Tenemos el caso de Cervantes con *El ingenioso Hidalgo don Quijote de la Mancha*, donde a lo largo de la obra se hacen referencias musicales ya sea a instrumentos, músicos, canciones o títulos de libros de autores de la época.

No sé de literato de aquella época que mencione tantos instrumentos musicales como Cervantes: el nombrarlos con 40 voces distintas habla de un melómano confeso e impune. [...] en Cervantes cada mención se asocia a un cantarillo, un moquete, un romance, un villancico, una copla, una endecha, un soneto. (Araníbar, 2015, pp. 38-39).

Es decir, la literatura y la música se han ligado de manera intertextual desde siempre. Vemos otros casos como *Los músicos de Bremen* de los hermanos Grimm, o los cuentos que escribió E.T.A Hoffman, músico y escritor. En la segunda mitad del siglo pasado, Cabrera Infante escribió *Tres tristes tigres*, y Cortázar, amante de la música, escribió su célebre cuento «El perseguidor», donde el narrador es un crítico musical que va en busca del músico saxofonista de Jazz, Johnny Carter.

Y un buen día descubrí el jazz y eso no es una novedad para ustedes porque saben bien que el jazz aparece como tema en muchas cosas que he escrito, desde «El perseguidor» hasta largos capítulos de *Rayuela* y otros textos donde está en el centro de la cosa. (Cortázar, 2013, p.139).

Pero algo interesante en Cortázar es su propuesta intertextual en *Rayuela*, tanto así que, años después se editó el libro-disco con la música que cita Cortázar a lo largo de la novela.

Publicado en diciembre de 1999 y agotadas sus tres mil copias en mayo de 2000, el libro-disco “*Jazzuela. Julio Cortázar y el jazz*” fue uno de los proyectos más curiosos y recomendables de los últimos tiempos. Auspiciado por el trabajo de Pilar Peyrats, una entusiasta del jazz y enamorada de la literatura de Julio Cortázar. [...] Espléndido trabajo de escaneado que da pie a presentar el jazz de “*Rayuela*” en su contexto

literario. Es posible así recrear o leer el libro escuchando al mismo tiempo las músicas que se citan en él. (Carrillo, 2001).

Décadas después de salir editado *Rayuela* llega una propuesta que incluye no solo un disco, sino que además hace un recorrido por el universo cortazariano. ¿Habría imaginado Cortázar algo así cuando escribió *Rayuela*, editar su novela junto a un disco? Quiero imaginar que sí.

A fines del siglo pasado apareció la novela *¡Que viva la música!* de Andrés Caicedo, cuyas referencias a letras de canciones y a la música forman parte integral de la propuesta del autor caleño.

Al realizar un análisis detenido de la novela de Caicedo encontramos alrededor de 70 referencias concretas a la música. En la primera mitad de la novela, en la que el rock es uno de los ejes temáticos, es posible identificar 20 alusiones a este género, de las cuales 12 tienen relación con los Rolling Stones y las restantes con canciones, bandas o intérpretes icónicos de la época. En la segunda mitad del relato, a partir del momento que María del Carmen abandona su última fiesta roquera y cruza la calle para iniciar su periplo en el mundo de la salsa, pudimos identificar más de cuarenta referencias concretas - fragmentos de letras de canciones, títulos y alusiones a intérpretes y músicos - de la salsa. (Echeverry, 2013, p.63).

Un caso especial es el de Chico Buarque, creador brasilero al que se le conoce más por su faceta de músico, a pesar de haber escrito varias novelas desde los años sesenta. En *El hermano alemán* (Buarque, 2015) algunos de sus personajes están ligados a la música; pero no solo eso, sino que también utiliza elementos paratextuales, como epígrafes al inicio de algunos capítulos colocando significados de palabras puestas en otros idiomas. A la vez, alterna con imágenes de documentos escaneados como dedicatorias en páginas de libros, cartas o fotografías, y al final del libro, también como elemento paratextual, termina con un epílogo y una nota final del autor. Todos esos elementos paratextuales que emplean Buarque u otros autores, dan a la obra otras maneras de apreciarla y percibirla, involucrando al lector de una manera diferente con la historia que se narra.

En el caso del Perú, poetas como José María Eguren, Juan Gonzalo Rose, Luis Hernández, César Calvo o César Miró han ligado su arte con la música de diferentes maneras. Tenemos también el caso del narrador Bryce Echenique con *La amigdalitis de Tarzán* o *La última mudanza de Felipe Carrillo*, donde las alusiones bolerísticas forman parte de este elemento intertextual que enriquece la poética del autor (Ferreyra, 1989). Asimismo, Gregorio Martínez, quien ganó el premio Copé de Oro 2002 con su cuento «Guitarra de Palisandro», utiliza la música como uno de los elementos para construir una historia. Otros autores más contemporáneos, como Fernando Carrasco o Ernesto Carlín, han incorporado en sus obras lo musical en personajes, en la historia o en la atmósfera narrativa. De la misma manera ocurre en *Gracias totales: Tributo narrativo a Soda Stereo*, (Del Pozo, 2017), donde 23 narradores y 4 ilustradores rinden un homenaje ligando los títulos de las canciones del grupo argentino con diferentes historias. En todos estos casos, podríamos decir que son literatura con bandas sonoras.

Estas novelas –eminentemente visuales– poseen una sonoridad que no reside solamente en la naturaleza de las descripciones (por lo general, muy minuciosas) y la imaginería utilizada, sino que surge además por la evocación que la música citada es capaz de producir en el lector. [...] se podría decir que los escritores han elegido cuidadosamente la música más acorde al ritmo y al tono de sus novelas. La música reviste la trama, le da matices y completa la representación de todo el conjunto. (Navarro, 2003)

Por lo tanto, lo musical como elemento de discurso y de construcción ficcional ha sido utilizado por diversos autores para recrear nuevos tipos de relaciones transtextuales en sus obras. En ese caso, *Aquí está la música* no es ajena a esa tradición.

Aquí está la música es un libro de cuentos, el cual se construye en torno a la música, no solo en sus historias sino en el concepto del libro. Por un lado, están los personajes envueltos de una u otra manera en un universo donde lo musical forma parte de las historias. Por otro lado, al inicio del libro se propone un juego con el lector en «Instrucciones para musicalizar los cuentos», y a lo largo de los diferentes cuentos se manifiestan diversos elementos musicales como letras de canciones, nombres de artistas o títulos de canciones.

1.2 Polifonía: Intertextualidad, paratextualidad e interactividad

Si acudimos a la RAE, en el *Diccionario de la lengua española* (2014), encontramos que *polifonía* es un «Conjunto de sonidos simultáneos en que cada uno expresa su idea musical, pero formando con los demás un todo armónico». Entonces, imaginemos que estamos en el concierto de nuestro artista favorito, en el cual podemos distinguir claramente el sonido que emite al cantar. Ese sonido nos va dando cuenta de una melodía, es decir, él canta diferentes palabras dándoles una entonación que luego, nosotros reconocemos y percibimos como la melodía de una canción. Dentro de la estructura de esa canción está la parte que se conoce como estribillo o coro, y justo en ese momento, a esa voz solitaria se le suman otras dos voces que cantan la misma letra. Ahí podemos percibir una nueva sensación sonora. Se produce una combinación de varias voces donde nuestro oído percibe diferentes timbres vocales, creando una armonía. De ahí el nombre de esa sección musical llamada coro, donde también se encuentra lo polifónico. Es más, en ese coro, en esa polifonía no solo pueden estar participando en exclusiva el músico cantante y sus coristas, pues suele sumarse el público. En ese momento, esa polifonía de voces, aumenta y es participativa. También existe, en ese juego de voces del grupo y el público, un sentido, una experiencia que va más allá: lo que rodea y adorna la experiencia del concierto. Las luces, las pantallas, lo que el artista dice entre las canciones o sus acotaciones dentro de la misma canción, todo eso forma parte de la experiencia musical donde el artista y el público interactúan y perciben ese momento de una manera muy distinta y especial. Un caso muy diferente es estar escuchando la canción grabada en algún soporte o medio digital.

Entonces, podríamos decir que esta polifonía de voces puede ocurrir en la experiencia literaria, donde un escritor envía al lector —a través de su obra—, una historia y dentro de esta, el lector encuentra referencias, citas, alusiones, etc. Estos elementos hacen que el lector interactúe de manera dinámica y activa, y pueda interpretar y percibir según sus conocimientos. Es decir, el lector percibe en el mismo instante que va comprendiendo lo que lee, y logra una experiencia lectora donde su imaginación y los saberes previos hacen que esa historia que va leyendo se recree en él de una manera especial.

Intertextualidad, paratextualidad e interactividad son los elementos que componen esta «polifonía» y que se encuentran en la obra *Aquí está la música*. Cabe aclarar que

utilizo el término polifonía no como fue utilizado por Bajtin, sino para ejemplificar de manera musical este juego de relaciones que se dan entre intertextualidad, paratextualidad e interactividad con la obra y el lector. Estas relaciones se encuentran presentes tanto en los cuentos de *Aquí está la música* como en el concepto del libro.

Cuando definimos con una sola palabra un complejo conjunto de situaciones, sentidos o estructuras, corremos el riesgo de limitar o sesgar la mirada con respecto a lo que queremos definir. Por ejemplo, en el caso del concepto de «estética» ocurre lo mismo; los filósofos que la estudian siempre van variando de enfoque, al estar a favor o en contra de ciertos conceptos, definiciones y miradas con respecto a ella (Ranciere, 2011). Un caso similar ocurre con Genette en su libro *Palimpsestos* (1989), donde plantea los nuevos conceptos que tiene sobre la transtextualidad o transcendencia textual del texto y sus cinco elementos que encuentra en esta, como intertextualidad, paratextualidad, entre otras terminologías, pero deja en claro que esos conceptos no están quietos, sino que se van redefiniendo, o que, hasta él mismo, con el paso del tiempo, va encontrando mejores términos para nombrar ciertos aspectos del campo de la teoría literaria.

Según Genette (1989), la intertextualidad se define, de manera restrictiva, como «una relación de copresencia entre dos o más textos, es decir, eidéticamente y frecuentemente, como la presencia efectiva de un texto en otro» (p.10). En ese sentido, Genette remarca que son la cita, el plagio y la alusión, los ingredientes que se encuentran dentro de lo intertextual. La cita es la que se encuentra más notoriamente dentro de *Aquí está la música*. «Su forma más explícita y literal es la práctica tradicional de la cita (con comillas, con o sin referencia precisa)» (Genette, 1989, p.10). Es decir, dentro de la intertextualidad como elemento reconocible en la obra, la cita es la que se encontrará dentro de los cuentos que integran *Aquí está la música* como parte de las historias. Esta se evidencia de tres maneras. Una es citando el nombre de un artista o grupo musical, como cuando el narrador en el cuento «La mano sobre el muchacho», cita a Chacalón: «Ni Chacalón a todo volumen pudo mantenerlo alerta o despierto». Otra, podemos evidenciarla en títulos de canciones, como cuando el personaje de Pepita del cuento «Calambrito, Torito y Pepita» presenta la canción que van a entonar: «*Moliendo Café*, para todos ustedes». En la tercera, se citan versos de las letras de las canciones, como parte del texto, como en el cuento «La Victoria de Victor», donde los personajes que se encuentran en un *Karaoke* van interpretando diferentes canciones.

Si continuamos con la comparación del concierto, encontramos que las luces, las pantallas que se encuentran detrás o a los costados del escenario, lo que dice el artista entre canción y canción, como dedicatorias o saludos, o lo que dice dentro de esta, que no forma parte de la letra de la canción, es dentro del campo literario lo paratextual relacionado con su paratexto; es decir, todo lo que está alrededor de la obra en sí. Según Genette (1989) conforman esta categoría lo siguiente:

Título, subtítulo, intertítulos, prefacios, epílogos, advertencias, prólogos, etc.; notas al margen, a pie de página, finales; epígrafes; ilustraciones; fajas, sobrecubiertas, y muchos otros tipos de señales accesorias, autógrafas o alógrafas, que procuran un entorno (variable) al texto y a veces un comentario oficial u oficioso del que el lector más purista y menos tendente a la erudición externa no puede siempre disponer tan fácilmente como lo desearía y lo pretende (p.11).

En *Aquí está la música*, podemos encontrar una nota del autor, dedicatorias, títulos y epígrafes que dialogan con los cuentos, es decir, que no son elementos ajenos o puestos al azar, sino que forman parte de la poética del autor y que están establecidos en el producto artístico. Caso contrario ocurre en un concierto, donde para seguir con las analogías, los saludos se modifican y la interacción entre el cantante y el público varía de un recital a otro.

En cualquier tipo de literatura existen elementos intertextuales y paratextuales, y estos no son exclusivos de la música. En efecto, dentro de otros libros podemos encontrar citas o referencias a autores, libros, versos de poemas, alguna referencia cultural, etc. En ese caso, nosotros estamos relacionando *Aquí está la música* con los elementos ligados a lo musical.

Siguiendo a Levy (2007), el texto impreso es un soporte, el cual permite transmitir un mensaje. En este se pueden encontrar modalidades perceptivas del lector que son en primera instancia la vista y en segundo lugar, el tacto. Ahí ya se encuentra un componente interactivo pues «El término “interactividad” designa generalmente la participación activa del beneficiario de una transacción de información, salvo que esté muerto, nunca es pasivo» (p.65). Es decir, hay varios tipos de interactividad conforme sea el uso que tenga el usuario, en este caso el lector con el texto impreso. Este tipo de interactividad es

monoparticipativo, vale explicar, el lector no tiene un diálogo con el emisor o escritor sino que interactúa con la obra. En el caso de *Aquí está la música*, la percepción del lector irá un paso más allá de lo visual y el tacto, agregará la percepción sonora donde la palabra y la música formarán parte de esta. El libro va más allá de su soporte físico para interactuar con el lector.

Ahora, es curioso que haya sido desde la literatura (expresión sublime del nuevo canal comunicativo) desde donde se hayan dado, desde el comienzo, las inconformidades en relación con el estrecho cerco de la letra y de su soporte, el libro. El libro fue visto por muchos poetas y narradores como un formato que impedía una representación adecuada del mundo. Se configura, entonces, una búsqueda, una auténtica utopía del “más allá del libro”.

Al respecto, la hipótesis que manejo es la siguiente: la escritura y su infraestructura técnica, la imprenta, configuraron el dispositivo propio de la comunicación moderna, y la novela se constituyó en su modelo expresivo más logrado. Sin embargo, el ejercicio novelesco estuvo siempre tensionado por una especie de conciencia a medias de que lo narrativo no podía lograr su mejor expresión inmersiva e interactiva bajo las condiciones de un medio que, como el libro, limita dichas funciones a la imaginación de mundos posibles por parte del lector. De ahí se desprendió toda una tradición de experimentación que algunos hacemos corresponder a un momento posmoderno de la literatura, y que tuvo como frontera el propio dispositivo donde se desarrollaba dicha experimentación: el libro. (Rodríguez, 2009, p.137).

En ese sentido, el elemento paratextual que iniciará este juego propuesto por el autor e invita a que el lector interactúe a nivel sonoro es «Instrucciones para musicalizar los cuentos», que se presenta como una nota del autor, el cual indica seguir una pauta de lectura guiada por las músicas que se encuentran a lo largo de los cuentos. Para tal motivo, también se encuentra otro elemento paratextual al final del libro titulado «*Soundtrack*». Ambas son las partes del libro que logran realizar lo interactivo de la propuesta, donde el lector tendrá que utilizar otros soportes tecnológicos, como una computadora con Internet o smartphones, para poder encontrar nuevas interpretaciones en las historias que se

cuentan. Este lector que interactúa tiene que estar predispuesto a entrar en este juego lúdico, así como Cortázar (2013) tuvo presente a este «lector cómplice» al momento de escribir *Rayuela*.

«el lector cómplice»: el autor de *Rayuela*, es un escritor que pide lectores cómplices; no quiere lectores pasivos, no quiere el lector que lee un libro y lo encuentra bueno o malo pero su apreciación crítica no va muy lejos y se limita simplemente a aprovechar todo lo que el libro le da o a sentirse indiferente si el libro no le gusta, pero sin tomar una participación más activa en el proceso mismo del libro (p.201).

La intención de *Rayuela*, es eliminar toda pasividad en la lectura en la medida en que sea posible y colocar al lector en una situación de intervención continua, página a página o capítulo a capítulo (p.202).

En *Aquí está la música*, el interactuante es el lector; aquí surge una interactividad no entre el escritor y el lector sino entre el lector y otro soporte. En este caso, lo musical puede ser atendido en una computadora con Internet, en un Smartphone, o si se diera el caso, en el disco donde se encuentra la canción o tema sugerido, si es que el lector lo tiene a la mano. Esto es, vincula el soporte físico del libro con otro digital o físico. Podríamos estar hablando de que *Aquí está la música* es un libro que también forma parte de las narrativas transmedia, pues como define Scolari (2013), narrativa transmedia es «un tipo de relato donde la historia se despliega a través de múltiples medios y plataformas de comunicación, y en el cual una parte de los consumidores asume un rol activo». (p. 46)

Ante tal situación, podría existir el temor de si esto ayuda a los lectores o los aleja, Rodríguez (2011) plantea esa problemática y explica lo siguiente:

Lo que choca hoy a muchos de la extensión de las TIC no es la tecnología en sí (al fin y al cabo, leer, escribir y publicar es toda una tecnología humana), sino el hecho de que no estamos familiarizados con las exigencias, competencias y posibilidades que abren las nuevas tecnologías.

Pero si se asume de este modo, no habría por qué asustarse, incluso el libro mismo y las prácticas que se dan a su alrededor pueden beneficiarse de las

nuevas tecnologías, a condición de que visualicemos la manera de potenciar (no de acabar) los propósitos básicos de la práctica, que en el caso de la literatura consiste en la conformación y consolidación de una comunidad alrededor del hecho expresivo (p.15).

Este componente interactivo de *Aquí está la música* nos lleva entonces a ver al lector no como el lector unidireccional, sino a uno que va más allá de la experiencia impresa. El nuevo lector interactúa con el libro en sus diferentes soportes, digital o físico, y no solo eso, sino que sigue las historias que surgen de este hacia otros formatos, como el cine, cómic, etc. Es decir, como plantea Scolari (2016), dentro de las nuevas narrativas transmedia se encuentra el translector.

Para interpretar ese universo narrativo el «lector» debe activar una serie de competencias y experiencias previas que no están presentes en la lectura tradicional. El lector transmedia es un lector multimodal que debe dominar diferentes lenguajes y sistemas semióticos, desde el escrito hasta el interactivo, pasando por el audiovisual en todas sus formas. En otras palabras: para comprender el universo de *Star Wars*, *Juego de tronos*, *Harry Potter* o de *El Ministerio del Tiempo* no basta saber leer. El translector debe moverse en una red textual compleja formada por piezas textuales de todo tipo y ser capaz de procesar una narrativa que, como una serpiente, zigzaguea entre diferentes medios y plataformas de comunicación (p. 181-182).

En ese caso, el lector o translector de *Aquí está la música* no es ajeno a este tipo de interactividad o lecturas en diferentes medios y plataformas, y por eso, el juego lúdico que se propone es un elemento diferenciador con respecto a otras propuestas más tradicionales.

Entonces estos tres elementos, intertextualidad, paratextualidad e interactividad, crearán este coro polifónico donde el lector interpretará y percibirá las historias de los cuentos; es decir, el mensaje, de otra manera, haciendo más dinámica y especial la experiencia lectora.

Capítulo Segundo

Contrapunto. Música y literatura.

2.1. La música como elemento intertextual dentro de la atmósfera o circunstancia en la historia.

Aquí está la música está conformado por catorce cuentos, en los cuales la música forma parte de las historias, no solo porque sus personajes tienen un vínculo con lo musical, sino también porque en el discurso que sostiene las escrituras se aprecia el papel protagónico que desempeña esta. El elemento intertextual que se encuentra, ligado a lo musical, es la cita. En estos podemos apreciar títulos de canciones, nombres de solistas o grupos musicales y también versos de canciones como parte del texto. Cada una de estas referencias forma parte de la atmósfera en la cual transcurre la historia o es parte de una circunstancia que el autor quiere hacer reconocible en la trama de la misma. Este contrapunto entre los elementos musicales con la trama se hace reconocible para el lector a través del uso de comillas o cursivas, y a través de este, podrá imaginar y contextualizar realidades o estados psicológicos en los personajes.

Por lo general, la experiencia lectora en *Aquí está la música* está ligada a lo musical, y va por el lado de lo sonoro; es decir, al escribir, podemos utilizar como herramienta del discurso, los sentidos como el tacto, la vista, el olfato, el gusto o el oído, para envolver al lector en otra sensación. En este caso, los cuentos que integran *Aquí está la música* se centra básicamente en lo sonoro.

Por eso, el sentido del oído se verá reflejado a través de las citas musicales que el escritor presenta. No es la única expuesta, pero en los textos podremos apreciar la cita musical como elemento intertextual y para estructurar mejor la reflexión de su utilización dentro de la poética de *Aquí está la música*, las he separado en dos grupos: el primero integrado por las citas a los solistas y grupos musicales y el segundo a las letras de las canciones. Así podremos ir explicando mejor las razones lógicas por las cuales agregué o dejé de citar tal artista o tal género musical o algún verso de una letra.

La cita musical como elemento intertextual en los cuentos de <i>Aquí está la música</i>	
Cita de títulos de canciones, nombres de artistas o grupos musicales	La cita de versos de canciones como parte del texto
<p>«Calambrito, Torito y el Pepita».</p> <p>«Papel en blanco».</p> <p>«Desafinado».</p> <p>«El aplauso en el muro de la esquina».</p> <p>«La Victoria de Víctor».</p> <p>«El reloj y el violín».</p> <p>«El último romántico».</p> <p>«El deseo de Sofía».</p> <p>«Bola de arena».</p>	<p>«Calambrito, Torito y el Pepita».</p> <p>«Desafinado».</p> <p>«El aplauso en el muro de la esquina».</p> <p>«La Victoria de Víctor».</p> <p>«La mano sobre el muchacho».</p> <p>«El reloj y el violín».</p> <p>«La oscuridad en sus ojos».</p>

2.1.1. Títulos de canciones, nombre de solistas o grupos musicales.

El propósito de agregar algún artista, al igual que citar algún título de una canción, no es arbitrario, detrás hay una intención; a veces es para contrastar lo que ocurre a través de las canciones que «suenan» en el aire, o para llamar la atención de algún detalle en particular. Veamos el caso del cuento «Calambrito, Torito y Pepita». En este hay dos géneros musicales insertados en el texto; por un lado, los interpretados por nuestros personajes y por el otro, la música que sale del mismo local donde están tocando estos niños y músicos ambulantes. Ellos interpretan temas ligados al folklore nacional y latinoamericano, temas populares y reconocibles para su público de turistas. Los temas

«El cóndor pasa», «Moliendo café» y «Zambito» son interpretados en diferentes momentos por los protagonistas y el conflicto surge porque el antagonista los interrumpe con otro sonido, ya no uno del folklore latinoamericano, sino uno foráneo, extranjero y en otro idioma, en este caso se cita a Sting y a Mercury con su grupo Queen. Este contraste de sonoridades y géneros musicales es justamente para graficar la diferencia, donde lo latinoamericano sigue siendo avasallado por lo extranjero y no valoramos nuestra riqueza cultural. Por eso, cuando las citas ingresan en el texto lo hacen a veces como letra de canción, intercalándose entre la música de los niños y la música que sale del equipo de sonido que prende el mozo para fastidiarlos; las citas intertextuales ingresan una después de la otra, como una lucha que se refleja en el enfrentamiento de los niños músicos con el mozo del local.

En el cuento «Papel en blanco», se cita el título de la canción icónica del rock peruano, «Avenida Larco», pero lo curioso es que la canción no se queda acompañando a Tito en sus acciones. Nuestro personaje apaga bruscamente el equipo de sonido ni bien inicia la canción, para quedar en silencio. En efecto, el silencio también es parte de la música. No apaga cualquier canción, es la canción emblemática del rock nacional peruano. Este cuento justamente habla de la falta de inspiración, del vacío, del «silencio creativo». Y la intención era que justamente el silencio musical acompañe a nuestro personaje en la búsqueda de su musa inspiradora.

«Desafinado» transcurre en una cena show donde José, nuestro protagonista, es acompañado de una chica que trabaja con él y que recién invita a salir. José ha pertenecido a un estrato económico bajo y, a base de esfuerzo, ha logrado ascender a una buena posición económica, que le ha dado seguridad para invitar a su acompañante. En este cuento se hace referencia al espectáculo que ven, pero a las danzas típicas peruanas, no a los temas musicales, los cuales, si se citaban, distraerían de las canciones que nuestro protagonista pondrá. La música citada solo empieza cuando salen del evento y José hace sonar su *playlist* en el vehículo. El primer tema es «Garota de Ipanema», un bossa nova que hace referencia a una bella mujer caminando por la playa. En ese momento, José junto a su bella compañera viajan por la Costa verde y, cuando el vehículo llega a Miraflores, se detiene frente al edificio donde vive la mujer, y ahí, cuando no hay movimiento, empiezan las primeras notas de «Desafinado». Conforme avanza la acción el mismo tema acompaña al protagonista. ¿Quién está desafinado? ¿Quién no se halla en ese lugar, en esa situación? Fueron las preguntas que me hice para ir construyendo esta historia. En ese

caso, cuando escuché la canción del maestro Tom Jobim, dio en el clavo con el título «Desafinado» y empecé a construir la historia en base a ese concepto.

Según el *Diccionario de la lengua española* (2014), *leitmotiv* tiene dos acepciones, una musical y otra literaria, que en pocas palabras se caracteriza por un motivo central que se repite a lo largo de la obra. En «El aplauso en el muro de la esquina» el *leitmotiv*, que forma parte de la trama, es una sola canción. Pedro es el joven que quiere aprender a tocar la guitarra y hace todos sus esfuerzos para tratar de lograrlo. ¿Cuál podría ser el tema con el cual este joven trata de aprender a tocar la guitarra? Un tema muy sencillo podría haber hecho que el esfuerzo del protagonista se vea diluido y poco verosímil. En cambio, si el tema tiene características un poco más específicas y difíciles, como «Unicornio» de Silvio Rodríguez, la intriga de si Pedro lograría tocar o no la guitarra tendría otro componente para aquellos que recién escuchan o que conocen la canción. Además, la repetición y la insistencia de nuestro personaje tratando de aprender a tocar bien esa canción hacen que el lector quiera que Pedro logre su objetivo. Son tres las veces que aparece este tema a lo largo del cuento. Al inicio, a la mitad y al final del cuento. El *leitmotiv*, en ese sentido, me ayuda a reforzar esa idea de la insistencia y las ganas de que nuestro personaje quiera lograr su objetivo. Creo que si hubiera cambiado cada vez que nuestro personaje agarraba la guitarra a diferentes canciones, no habría tenido la misma fuerza y ese efecto que le da el *leitmotiv* se habría perdido.

«La Victoria de Víctor» es el cuento con más referencias intertextuales. Cuando diseñé el libro, pensé que una de las historias tendría que ocurrir dentro de un *karaoke*. En este, Víctor Rey, un asiduo al *karaoke*, compite por los aplausos con una mujer extraña, que ha llegado al local y que con su voz, empieza a quitarle protagonismo. Pero, ¿cómo hacía para que se vayan anunciando las canciones? Para eso, el personaje que se utiliza y que ayuda a lograr insertar este juego intertextual en la cita de los artistas y los títulos de las canciones es el video-jockey. Este locutor con voz engolada y radial va informando los temas que se van a ir interpretando y que formarán parte de la atmósfera en la cual transcurre la trama. Son quince los artistas y canciones que se citan a lo largo de «La Victoria de Víctor» y están en el siguiente orden:

«Solo pienso en ti» de Guillermo Dávila.

«Ódiame» de Los embajadores criollos.

«Un beso y una flor» de Nino Bravo.

«Every rose has It's thorn» de Poison.

«Hacer el amor con otro» de Alejandra Guzmán.

«Es por ti» de Cómplices.

«Corazón partió» de Alejandro Sanz.

«Libre» de Nino Bravo.

«Un millón de amigos» de Roberto Carlos.

«Voy en un coche» de Cristina y los Subterráneos.

«Vivir así es morir de amor» de Camilo Sesto.

«Querida» de Juan Gabriel.

«Celos» de Camilo Sesto.

«Help!» de The Beatles.

«Amores de barra» de Ella baila sola.

Dentro de las experiencias que uno vive, la observación es determinante para plasmarlas luego en cualquier obra o investigación. He participado de *karaokes* y al participar de ese ritual, por lo general se observa que las canciones se repiten en el sentido de que siempre hay alguien que pide cierta canción, que en otro *karaoke*, alguien también pedirá. Para seleccionar qué canciones iba a incluir, tuve en cuenta ese detalle, para darle verosimilitud al espacio y para que el lector que sí conoce los *karaokes* rápidamente se involucre con la historia.

De las quince canciones que aparecen, cinco son las únicas en donde solo se cita al artista y al título de la canción. Es decir, estas canciones están dentro de la historia, pero no juegan un papel preponderante que luego lo harán el resto de canciones cuando se citen los versos de las letras y que explicaré en la siguiente parte. Entonces, estas cinco canciones forman parte de la atmósfera que se respira en el *karaoke*, donde canción tras canción el micrófono va de mesa en mesa y cada mesa hace suya la interpretación. «Solo

pienso en ti», «Every rose has It's thorn», «Es por ti», «Un millón de amigos» y «Querida» son los temas que se citan con sus respectivos intérpretes o autores y contextualizan musicalmente la atmósfera que se vive en el recinto.

Hay dos citas en este grupo de quince canciones que se diferencian de las demás por un par de detalles, una donde el título de la canción tiene un nombre y que el protagonista haciendo alarde de su conocimiento corrige el título, pero esta corrección y alarde, que solo es evidente para el lector, refuerza que nuestro protagonista, Víctor Rey, es un conocedor y que está fastidiado por esta «intrusa» que acapara la atención de las mesas. Este es el caso del tema interpretado por Cristina y los Subterráneos, cuya canción mucha gente la conoce como «Dile a papá», pero que en realidad se titula «Voy en un coche». La otra cita diferente es una donde el video-jockey no anuncia la canción, sino que el título de la canción y el intérprete aparecen escritos en la pantalla de los televisores. Ese detalle que cambia con respecto a los anteriores anuncios del video-jockey es porque más adelante en la trama, se sabrá lo qué está haciendo el muchacho que pone los pedidos musicales.

El poder de las canciones es que cuando las escuchas te hacen viajar a un momento de tu vida. Puede ser una canción que quizá has dejado de escuchar por varios años o décadas, pero ni bien empiezas a escucharla, te transportas mágicamente como en una máquina del tiempo a ese momento especial que te hizo vivir o recordar. Cuando era niño siempre me llamó la atención la historia de la canción «El maestro de violín», donde un profesor de violín se enamora de su alumna mucho menor que él, y que no puede confesar, pero el final de la historia da un giro inesperado y dramático cuando ella le anuncia que no volverá a tomar clases porque se ha enamorado de él. Entonces, el cuento «El reloj y el violín» un poco surgió con esta idea del profesor y el alumno, pero que llevé hacia otro lado, y donde cito la canción para que haya una parte donde la familia, representados por el padre, la madre y la hermana, que tienen la función de antagonistas, pues no les gusta que él se dedique a la música y le reprochan y dan indirectas constantemente, utilicen la canción como una de esas acciones para burlarse del joven protagonista. Otra de los temas que se citan es *Sonata a Kreutzer*, compuesta por Beethoven, la cual sirve para recrear un momento importante de la vida del profesor, en donde el mismo Velasco se levantó para felicitarlo. Al músico y compositor kreutzer se cita en un dialogo que dice el profesor al chino, nuestro protagonista «¿Practicaste los

ejercicios de Kreutzer?». Esta cita hace referencia al autor francés como autor de los métodos y estudios para violín que usa nuestra protagonista para practicar.

Por lo general, los músicos tienen la costumbre de bautizar sus instrumentos con nombres. En «El último romántico», nuestro protagonista, el pianista don Casimiro Neyra, le da el nombre de Estela a su piano y hay un juego de palabras, pues también era el nombre de su exesposa. Canciones con nombre de mujeres hay muchas, pero tenía que encontrar una canción que sea alegre y que remita a un niño al que le gusta mucho esa canción, a tal punto que hasta le pone ese nombre a su piano. En el cuento se cita a Leo Dan, autor del tema «Estelita»; es la única canción al que hace referencia el cuento y se incluye al inicio del mismo para contextualizar el nombre del piano. Luego, nuestro protagonista es un hombre mayor que toca su piano en las tardes de domingo en su casa y, al ser un pianista de conservatorio, incluyo como elementos intertextuales dos piezas instrumentales y clásicas. En un primer momento, «Concierto Nro. 1» de Tchaikovsky, tema enérgico y dramático, que nunca llega a interpretar en el piano, pues es interrumpido en diferentes momentos. Es decir, se cita el elemento intertextual, pero este nunca «suena» en el cuento. Esta cita la incluyo más que nada para tratar de complementar y entender el ánimo de nuestro personaje, pues es un tema que empieza de manera enérgica. De ahí la historia se desarrolla sin que nuestro protagonista ejecute su piano. Es decir, el silencio musical aparece, para luego desaparecer y entrar la música al cierre del cuento con «Opus 9, número 2» de Chopin y dejar en el aire esa música que es propicia para nuestro otro personaje. En ambos casos, es crucial escuchar las citas musicales para lograr entender el contexto de esos diferentes momentos dramáticos y sobre todo para tener clara la atmósfera de cierre del cuento.

Así como en «El último romántico» se cita a Leo Dan para visibilizar un dato que ayuda a construir el relato, en «El deseo de Sofía» ocurre algo similar. El instrumento de nuestro personaje es el violonchelo. En este caso, solo existe un momento donde se inserta una cita musical y es para hacer descubrir al personaje el gusto por ese instrumento. El tema indicado que me saltó a la mente cuando empecé a buscar una pieza instrumental fue la «Suite No. 1» de Bach, música hermosa, emblemática y reconocible pues es muy utilizada en películas, series y hasta en comerciales. El tema es una circunstancia en la historia; gracias a este, nuestra protagonista se enamora del sonido del instrumento y encuentra su pasión, la cual veremos en la trama del cuento a raíz del título del mismo.

El último cuento donde empleo el elemento intertextual de la cita para referirme a un artista o a un título musical como parte de la historia y atmósfera sonora que acompaña las acciones o como una circunstancia dentro de esta es «Bola de arena».

Hay dos momentos en el cuento «Bola de arena». Uno me sirve para graficar y hacer la comparación de que nuestro protagonista, Inti, ha escuchado música en diferentes momentos de su vida, pero que ninguna ha repercutido tanto como cuando vio a ese señor tocar la guitarra en el bus. Cabe destacar que ese momento no tiene ninguna cita o referencia musical a algún grupo, artista o canción, puesto que lo que quería era justamente que la imaginación del sonido de la guitarra quede abierta y no se delimite con un sonido específico.

El primer momento del uso de lo intertextual en este cuento es cuando el narrador explica los cuatro lugares o situaciones usuales donde Inti escucha música. Para esto, tenía que graficarlos sonoramente y ahí sí me eran útiles las citas. Un lugar se grafica solo con el género musical. La casa de Inti con los boleros que su padre le dedicaba a su madre. Para los otros momentos, la cita no solo permite graficar sonoramente el lugar sino que también ayuda a contextualizarlo: uno se refiere al grupo Los Shapis, cuyo nombre hace referencia no solo a la chicha, género que se escuchaba mucho en los buses en la década de los ochenta, sino que también juega con el movimiento del bus, ocasionado por los huecos de la pista, como si el bus y los pasajeros bailaran al ritmo de la chicha de Los Shapis. Los otros dos momentos ocurren en el colegio. En el patio donde tradicionalmente se entona el «Himno nacional del Perú» y el otro, cuando es castigado y, mirando la pared en la oficina del director es sorprendido por las baladas dramáticas de Raphael.

El otro momento es cuando Inti descubre la televisión a colores y en esta se aprecia a un conjunto musical interpretando «Cuando llora mi guitarra». Otra vez, la elección de una canción ayuda a contextualizar sonoramente; en este caso, se resalta la importancia del sonido de la guitarra en la historia. Esta canción se queda en el ambiente a lo largo de la acción del protagonista, puesto que se le refiere dentro de la narración en diferentes momentos, para luego hacer que el protagonista tenga una pregunta que dará un pequeño giro a la historia: «¿Y si junto dinero y me compro una guitarra?».

Nueve fueron los cuentos donde empleo la cita como elemento intertextual para hacer referencia solo a artistas, grupos o títulos de canciones. En todas ellas, su empleo

tiene diferentes intensiones e inquietudes. Ninguna canción es dejada al azar y siempre fueron pensadas con el fin de aportar algo más a la experiencia lectora.

2.1.2. Letras de canciones como parte del texto.

El utilizar versos de las letras de las canciones como parte de la narración me ayuda no solo para contextualizar o dar una sonoridad al espacio donde ocurren las acciones, sino que en muchas ocasiones ese verso es como si el personaje estuviera sintiendo o diciendo esa frase. Es decir, utilizo la cita textual de versos de canciones como elemento intertextual para dar a conocer alguna intensión de los personajes involucrados.

En «Calambrito, Torito y Pepita», como comenté en la anterior sección, hay dos estilos musicales diferenciados: los latinoamericanos y los de lengua inglesa. Donde los versos se hacen presentes es en las canciones foráneas, representadas por el género rock y el inglés, las cuales se verbalizan dentro del texto. El narrador incluye versos de dos canciones inglesas, donde el equipo de sonido es el objeto transmisor de las letras de ambas. Por un lado, el grito de «Roxanne, you don't have to put on the red light» surge como un obstaculizador de la interpretación de los niños músicos. Y «Don't stop me now (yes I'm having a good time)», aparte de cumplir con el papel de obstruir el desempeño de los niños, se suma a lo que el personaje de El Hígado está sintiendo al estar como amo y dueño del local por algunos minutos.

Lo mismo ocurre con el cuento «La Victoria de Víctor», donde de las quince canciones que se citan, nueve son las que incluyen las letras como elemento intertextual. Aquí, los personajes las cantan, justamente siguiendo el espíritu de un *karaoke*. Las primeras son versos de canciones que ayudan a contextualizar el espacio y presentar a algunos personajes, como son la mesa de las chicas cantando «Ódiame por piedad, yo te lo pido...», en un primer momento, y luego «Corazón partío» de Alejandro Sanz: «Ya lo ves, que no hay dos sin tres, que la vida va y viene y que no se detiene y, qué sé yo». Luego, para presentar a nuestro protagonista haciendo gala de su potente voz, este interpretará un tema de Nino Bravo: «Dejaré mi tierra por ti, dejaré mis campos y me iré...», y «Libre, como el sol cuando amanece, yo soy libre como el mar...». Por otro lado, para presentar a nuestra antagonista se utilizó un tema fuerte y muy utilizado en los karaokes, «Hacer el amor con otro» de Alejandra Guzmán: «Amanecer, con él, a mi

costado no es igual que estar contigo...». Esta letra que va interpretando esta enigmática mujer, cuyo nombre solo conoceremos, al final del cuento, no solo se cita una vez, sino que acompaña la acción dramática y se suma a su voz, las voces de la mesa 3 de las mujeres, para así mostrar la atmósfera festiva de las mesas.

Utilizo el recurso de usar una misma letra en diferentes momentos de la acción para alargar o acortar el tiempo, para aumentar el dramatismo o para recalcar algún sentimiento escondido de los personajes. Por ejemplo, cuando la mujer interpreta «dile a papá, que me voy de la ciudad...», empieza un diálogo que ocurre entre el verso de la canción interpretada por la mujer y nuestro protagonista, pues Víctor empieza a hablar para sí mismo mientras la canción suena, y es Víctor el que va respondiendo la letra de la canción: «Vete de este karaoke no más —murmuró Víctor».

La letra de «Vivir así es morir de amor» acompaña la acción en tres momentos. Lo interesante es que esta canción no la puede cantar nuestro protagonista porque otra mesa también la ha pedido, pero eso ayuda a entender que el contenido de la letra es lo que está pensando nuestro protagonista, Víctor. Lo mismo ocurre con la letra de «Celos», donde se revela en Víctor el sentimiento que tiene con respecto a esta mujer que ha osado ir al karaoke y quitarle la atención y el aplauso de las demás mesas. «Siento celos, es seguro que son celos». De nuevo, cuando Víctor se ve derrotado y está a punto de salir del karaoke, utilizo dos temas para contextualizar este conflicto interno de Víctor y que es evidente para el lector: «Help! I need somebody. Help! Not just anybody», interpretado por la mesa de las chicas, y por último, el tema «Amores de barra», interpretado por nuestra mujer misteriosa. Con esta canción, es la primera vez que se evidencia que observa a Víctor. La mujer cita en su interpretación los versos «Amores de barra, y un lápiz de labios mal puesto en el baño, colirio en los ojos, pegote de rímel, la copa en la mano y vuelvo a tu lado...». En este momento, Víctor sale del local y la historia dará un giro inesperado, que después, si volvemos a analizar la última letra, se hará evidente: «...y vuelvo a tu lado».

Entonces, un personaje puede hacer uso de versos de canciones al interpretar la letra de estas y, de esa manera, haciéndolo parte de lo que dice, piensa o siente su personaje. Ese verso enfatizará el mensaje dentro del contexto en el cual se desenvuelve la acción, a la vez que el género musical al que hace referencia complementa el perfil del personaje. Un ejemplo similar se da en «Desafinado»: el personaje del negro Covadonga

se encuentra en su barrio, lugar al que llega nuestro protagonista, y este canta repitiendo el verso «Si me dices que tu amor...», haciendo referencia al tema «Mentiras son». La elección empezó por buscar un tema que suene y tenga barrio; para esto, la salsa era un buen género y, en especial, un nuevo estilo peruano. La salsa criolla acompañaba la escena perfectamente, sobre todo porque nuestro personaje Covadonga sabe que Pepe, nuestro protagonista ha llegado al barrio, después de años, para buscar un antiguo amor.

Lo mismo sucede con la cita musical que aparece en «La oscuridad en sus ojos». En esta, don Fortunato, hombre anciano, añora su tierra y canta rasgueando su charango: «Adiós pueblo de Ayacucho, perlaschallay», canción nostálgica que nos remite también a lo que el personaje puede estar sintiendo con respecto a su tierra, y a la vez, nos hace referencia a que por su edad, don Fortunato toca con su charango canciones más tranquilas, pues su muñeca ya no se mueve con la misma rapidez que antes.

Un texto que cita parte de una letra de canción puede, a la vez, jugar tipográficamente, como en el caso de «El aplauso en el muro de la esquina», donde el primer verso de la canción «Unicornio» está puesto de tal manera que trata de imitar sonoramente la melodía desafinada de la interpretación del personaje: «miii uNicooORniO AZul». Entonces, repito vocales, como queriendo alargar el sonido, utilizo mayúsculas y minúsculas para remarcar el mismo sentido desentonado, y «errando» en la escritura correcta, se logra ese sentido. No vuelvo a utilizar este recurso dentro del mismo cuento, para evitar el desgaste y no quebrar el efecto que quise hacer al momento en que lo puse. Este juego tipográfico se da justamente en la primera vez que nuestro personaje agarra la guitarra y canta, o mejor dicho, hace el intento de cantar y de tocar.

Las citas musicales remiten a géneros que, dentro del contexto de la historia, complementan la atmósfera y, en algunos casos, dan señales de lo que puede estar ocurriendo. En «La mano sobre el muchacho», solo se cita la letra de un tema emblemático de Chacalón, como es «Muchacho provinciano». Los versos salen del equipo de sonido de la combi que acaba de atropellar al joven. «Busco una nueva vida en esta ciudad ah ah. Donde todo es dinero y hay maldad ah ah». Esta letra es como un preámbulo de lo que al final pasa en el cuento, y el género musical de la chicha termina de graficar este mundo de transporte informal con las llamadas «combis asesinas». Pude utilizar otro género musical, como reguetón, salsa, rock u otro, pero ahí, en la búsqueda de los versos que iba a incluir, prevaleció el mensaje que quería plasmar dentro del cuento.

En el cuento «El reloj y el violín», la cita musical de las letras me ayuda a contextualizar y retratar el ambiente adverso en el que nuestro narrador-protagonista vive con su familia. Contrasta el violín con la música clásica que quiere estudiar con géneros populares como el vals y la balada que se personifican con la familia. La letra del vals «Yo la quería patita» sirve para mostrar el ambiente festivo de una reunión familiar, donde su padre hace bromas al Chino sobre el examen que se acerca. Entonces, por un lado tenemos situaciones específicas con el padre y, por el otro, a situaciones donde se suman los demás integrantes de la familia como son la madre y la hermana, donde se utiliza la letra de «El maestro de violín», para bromear sobre la relación de alumno-profesor que tiene el Chino y don Hugo, su maestro, las cuales sirven para evidenciar que no es del agrado familiar que el Chino se dedique a estudiar violín.

Siete fueron los cuentos donde empleo los versos de las canciones como cita. Este elemento intertextual me sirve para completar un nuevo pensamiento de los personajes y también para darle una nueva mirada al perfil que va construyendo el personaje. Además, a pesar de que los versos de las canciones no necesariamente surjan del protagonista dentro de sus diálogos, esto hace que otros personajes, al estar cantando la letra, reflejen el sentimiento que está experimentando el protagonista. Cada una de estas posibilidades ofrece en este juego intertextual con el lector diferentes posibilidades de interpretación y ahí radica la riqueza de utilizar este recurso.

2.2. Lo paratextual en la concepción del libro *Aquí está la música*.

Cuando tuve el grupo de cuentos definido, quise llevar un paso más allá la experiencia del lector. Por eso, a raíz de estar analizando mi poética en el empleo de los elementos intertextuales, surgió lo paratextual como elemento necesario para ese fin. Los paratextos podían darle otras significaciones a la historia, complementarlas o llevarlas por otros caminos. Con los paratextos, el lector tiene a su alcance nuevas y diversas interpretaciones que enriquecerán la comprensión de su propia vivencia con el relato y el libro en su conjunto.

Para poder explicarlos mejor, me centraré en los paratextos creados por el propio autor, es decir, los que, en mi caso, he concebido como parte del concepto del libro y de

los cuentos. En *Aquí está la música* podemos encontrar los siguientes elementos paratextuales:

- Título del libro.
- Títulos de los catorce cuentos.
- Epígrafe general, antes de iniciar todos los cuentos.
- Epígrafes en cuatro textos.
- Una dedicatoria.
- Una nota del autor a modo de prefacio o introducción que tiene por nombre «Instrucciones para musicalizar los cuentos».
- Un anexo al final del libro titulado «*Soundtrack*».

2.2.1 El título.

Dentro de mi experiencia, poner un título, es decir, bautizar una historia plasmada en un cuento o relato, en una novela, o en una canción o álbum es lo más complicado. Para llegar a encontrar un nombre me hago algunas preguntas: ¿Cómo lograr que el lector con el solo hecho de leer el título tenga pistas de lo que va a encontrar? ¿Qué efecto quiero lograr con el título o qué quiero hacer evidente para el lector? Para descubrir las respuestas a estas dos preguntas puedo demorar meses o años, acudir a amigos para que algún consejo pueda dar luces a lo que busco, o quizá que alguno sugiera un nombre que me resulte exacto y que a la vez, tranquilice mi búsqueda.

A veces surgen nombres que pienso, engloban la idea o tienen un sentido más cercano a lo que quiero expresar, pero llega el momento de observar la obra en su conjunto y tomar la decisión final y ver si será correcto el título elegido. En la mayoría de los casos, ese primer nombre que surge puede llegar a ser un nombre tentativo, pues uno puede no estar conforme con el resultado y ahí la búsqueda sigue.

Aquí está la música tuvo más de treinta posibles títulos tentativos. Iba anotando uno tras otro. Cada vez que veía alguna frase, la anotaba en mi celular. Estos posibles nombres podían llegar escritos en algún libro u otro lugar, o mientras veía alguna película o documental y alguna frase me remitía a un posible título. Cada una de esas veces, la lista se hacía más larga. Después de definir los títulos de los cuentos y de los otros

paratextos que mencioné, este fue el último que definí. Revisando mis antiguos archivos encontré algunos de los nombres tentativos para el libro: *Esa música es mía*, *Esta música no es mía*, *Música para los ojos*, *La música inmortal*, *La música enigmática*, *La música silenciosa*, *Con tu música a otra parte*. La lista era mucho más larga de la que encontré, pero al final me decidí por el nombre que tiene: *Aquí está la música*.

Tenía como concepto que la idea tenía que dejar entrever claramente la música. Por lo tanto, para lograrlo, tenía que ser muy específico sobre lo que quería transmitir al lector y eso se lograría cuando este supiera desde un inicio que lo que iba a leer estaba ligado a la música. Entonces, el nombre del libro tenía que «decirle algo» desde el primer contacto con su público. Cuando surgió el nombre de *Aquí está la música* me llamó la atención que contrastara con el silencio intrínseco de un libro, es decir, con lo escrito, pues la palabra escrita no tiene sonido a menos que se la lea en voz alta o esté grabada en un audiolibro. Después analicé que, en realidad, sí estaba la música, no solo en los personajes y en las historias, pues obviamente es un libro que tiene un mismo concepto temático, sino que, además de eso, la música se hacía presente en «Instrucciones para musicalizar los cuentos», elemento paratextual con el cual involucro al lector. Ahí, la música que está en el libro como elemento intertextual dentro de los textos cobra vida cuando el lector participa al escuchar las músicas que se citan.

Dentro de los títulos de los cuentos, habría que preguntarse: ¿Es el título siempre el camino a una respuesta u origina más preguntas? Me he dado cuenta de que utilizo el título para muchas veces dejar alguna pregunta al lector. En mi caso, me he dado cuenta de que los títulos de mis cuentos hacen que el lector vuelva a ellos para hacerse más preguntas con respecto a la historia y a los personajes, o en otras, para desviar la atención y crear un efecto narrativo.

Veamos el título del cuento «Lujuria», que surge como un deseo de que el lector en primera instancia encamine su mente hacia el lado sexual que trasmite la palabra lujuria. Pero esto es para lograr que esta lujuria, evidenciada en el lenguaje apasionado con el que se narra, haga parecer al personaje, deseoso de tener al ser amado, y que el lector piense, en un primer momento, que se refiere a una mujer, es decir, a otro ser humano. El título de «Lujuria» me sirve en este caso para lograr ese objetivo de distraer en cierta medida al lector.

En «La oscuridad en sus ojos» ocurre algo similar: el título remite a la ceguera o la personalidad de nuestro personaje, hombre anciano que es músico ambulante, pero que el final del cuento develará el secreto que esconde.

Un título puede remitir a otro texto. En el caso de los cuentos que integran *Aquí está la música*, hay dos cuentos que hacen referencia a dos canciones: «Desafinado» y «El último romántico».

«Desafinado» remite a la canción de Tom Jobim y se citará dentro del texto. Este nombre no solo se muestra como una excusa para nombrar al cuento, sino que si analizamos al personaje, este a pesar de que ha logrado tener una mejor posición económica, su evidente tranquilidad o estabilidad se ve perturbada por él mismo. Su nombre ya no es su nombre: de Pepe, pasa a José y de José pasa a Jose, y de Jose a Pepito Garrafa; hasta su ropa le incomoda, la corbata le aprieta constantemente el cuello. ¿Quién está «Desafinado»? ¿Nuestro protagonista es feliz? Nuestro personaje logra darse cuenta de que no se halla en ese lugar, que quisiera estar en otro sitio. Por eso, deja la canción sonando en el equipo de sonido de su vehículo, mientras encuentra una excusa para no continuar la noche con la mujer con la que ha salido y poder volver a su barrio, a su esencia, a un antiguo amor.

Como explicaba anteriormente, los títulos, que por lo general decido poner, son paratextos que dejan preguntas, más que respuestas. Lo podemos observar en «El último romántico», título que, así como en «Desafinado», remite a una canción. En este caso, a la balada interpretada y compuesta por Nicola di Bari. Entonces, tenemos un primer momento donde se presenta a don Casimiro, donde para el lector este es nuestro último romántico, pero cuando aparece el joven muchacho que quiere pedirle matrimonio a su novia y hace lo imposible para que don Casimiro toque su piano, surge la duda y este joven muchacho se convierte para el lector en el último romántico, pero que con el final del cuento nos hará pensar nuevamente en don Casimiro.

Un juego de palabras en el título se evidencia en «La Victoria de Víctor». A primeras luces, si leemos rápido el título y continuamos con el cuento, vamos a encontrarnos con este duelo en el *karaoke*, entre nuestro personaje llamado Víctor y una mujer misteriosa, pero solo al final recién entenderemos que esa victoria se refería a Victoria.

El título me ha servido para hacer hincapié en algunos detalles u objetos en los que quiero que el lector preste especial atención. Es el caso de los cuentos «El reloj y el violín» y «Bola de arena».

En «El reloj y el violín», estos dos elementos forman parte de la historia entre un alumno que va narrando la última clase con su profesor de violín, pues al día siguiente tendrá su examen de ingreso al conservatorio. ¿Qué quiero evidenciar con el reloj? Con este dato quiero remarcarle al lector que este detalle del reloj del profesor es importante para saber lo que no se dice en el cuento y que se queda en posibles preguntas como: ¿Logrará ingresar al conservatorio? ¿Tiene talento o capacidades para ser músico? ¿Volverá a ver a su viejo maestro de violín? ¿Será realmente la última clase con don Hugo?

Este cuento, «El reloj y el violín», tenía otros dos nombres que competían por la inmortalidad. Uno era «La última clase» y el otro «El aprendiz y el maestro». Al final, me gustó la idea de que el final, a pesar de que queda abierto en ciertos aspectos, este objeto del reloj nos pueda revelar ciertas respuestas y, para hacerlo más evidente para el lector, el título debía incluir este objeto.

Lo mismo pasó con el cuento «Bola de arena», que tuvo varios títulos como «El encuentro» o «La guitarra de Inti», pero que al ir trabajando en el texto surgieron escenas donde nuestro protagonista tiraba bolas de arena a las gaviotas que estaban en la orilla. Una gaviota, en especial, le recuerda a su padre. Al aventar estas bolas de arena, Inti descargaba sus frustraciones o tristezas. Este título me ayudó para hacer reflexionar sobre lo que nuestro personaje puede estar sintiendo y lo que esta acción —el hacer una bola de arena y tirarla contra esta gaviota—, significará para el lector.

En «El deseo de Sofía», todo parece indicar que ella es una joven adolescente enamoradiza, que fantasea con el joven que va a alquilar una habitación en su casa. Cuando al final del cuento ella pide su deseo, nos hace pensar en cual será este. ¿Ese deseo estará ligado al deseo sexual o al deseo de querer que ocurra otra cosa? Este cuento nos hace rever las acciones de Sofía, y ella siempre está postrada en su cama, imposibilitada de poder tocar su chelo. ¿Qué ocurrió? El personaje de la madre, en sus diálogos, va dando pequeñas pistas de lo que pudo haber ocurrido con Sofía.

Y por último, en «Y el ganador es», al final del cuento, nos quedamos con ganas de saber quién ganó el concurso, pues en todo el cuento no se anuncia el nombre del ganador y, si somos más observadores, podrá surgir la pregunta: ¿Quién es el ganador en todo esto? o ¿con qué fines se hizo este concurso?

Entonces, al tratar de encontrar los títulos que darán nombre a los cuentos, estos son muchas veces esquivos, pues a veces no quieren que uno los encuentre. Pero hay que saber tener paciencia para poder pescarlos, hacer una lista de posibles nombres y elegir el que mejor se acomode a la intención que se quiere transmitir al lector. Por lo general, prefiero el manejo del título para dejar más preguntas que respuestas, hacer juegos de palabras o desviar adrede la atención hacia otro punto y así crear un mayor efecto en la historia del cuento.

2.2.2 El epígrafe y la dedicatoria.

El epígrafe es otro paratexto que utilizo para transmitir ciertos mensajes al lector. ¿Cómo se encuentra el epígrafe preciso? No es nada fácil de encontrar, pues uno tiene que estar atento en sus lecturas y en su obra. Saber qué cuento necesita un epígrafe que proporcione otra mirada o perspectiva a la historia que se narra. La alegría que puede darse al hallar uno es indescriptible. En *Aquí está la música*, podemos encontrar un epígrafe que está colocado en la nota del autor titulada «Instrucciones para musicalizar los cuentos»; otro, antes de iniciar todos los cuentos, cuatro epígrafes en el grupo de cuentos y una dedicatoria.

En «Instrucciones para musicalizar los cuentos», título que es un homenaje a Julio Cortázar, justamente empleo una cita de su libro *Historias de Cronopios y Famas*, del cuento «Instrucciones para cantar», que dice: «Después compre solfeos y un frac, y por favor no cante por la nariz y deje en paz a Schumann». Si siempre leemos en orden, entonces lo primero que haremos como lectores será leer el título e inmediatamente después el epígrafe, así que ambos, título y epígrafe se complementan y dan un solo sentido, irónico y lúdico.

Antes de iniciar el grupo de cuentos, he colocado un epígrafe, cuya cita sale de la novela *Ulises* de James Joyce: «¿Palabras? ¿Música? No: es lo que hay detrás». Esta cita

es justamente del capítulo 11, «Sirenas», que se considera el más musical de la novela, donde lo sonoro rige todo el capítulo. Pero aparte de ese detalle, que me pareció exacto para empezar los cuentos, estaba la pincelada de lo que quiero decir como autor: que a pesar de que los cuentos estén llenos de palabras, sonoridades y citas musicales, hay algo más que está detrás de la historia principal que se va narrando en cada cuento.

En los cuatro epígrafes que se insertan en los cuentos que componen *Aquí está la música*, tres de ellos son letras de canciones. La otra se encuentra con el cuento inicial del libro. En «Lujuria», el epígrafe es «Su acento me pintaba paisajes en violeta y azul», frase que le pertenece a nuestro poeta José María Eguren y que se encuentra en su texto «Eufonía y canción». A pesar de no ser un texto poético, contiene una poesía que viene con la pasión que tenía Eguren con respecto a la música, y cuando la encontré, calzaba muy bien con este personaje que narra su pasión por esta «voz» que escuchó y con la cual quedó hechizado desde el vientre de su madre.

Las otras tres se encuentran en los cuentos «Calambrito, Torito y Pepita», «La mano sobre el muchacho» y «La oscuridad en sus ojos». Cuando terminé de escribir estas historias, quise con los epígrafes encaminar un sentido de interpretación con el lector. Por ejemplo, con «Calambrito, Torito y Pepita», la canción elegida es del dúo Greda, agrupación peruana, cuya letra también hace referencia a estos niños, mal llamados «pirañitas» y que deambulan por las calles. El epígrafe pertenece a la canción *Ratón sin queso*: «Zafa, rabioso, no hay caridad para el demonio que desordena los buenos modos y las maneras, no toques nada que tiene dueño». Con este epígrafe quiero resaltar la discriminación que muchas veces viven los niños que están en las calles, en especial remarcar en lo que se evidenciará en el cuento, la conducta del viejo mozo que hace lo imposible para espantarlos del local donde los niños quieren hacer música para los clientes peruanos y extranjeros.

En «La mano sobre el muchacho», quería con el epígrafe dar una pista sonora y a la vez que tuviera que tener alguna relación que se pudiera conseguir con el solo hecho de leerla. Pese a que es una canción en inglés —pude poner una traducción—, para respetar, el epígrafe mantiene el idioma original. La canción es *Mr. Tambourine man*, de Bob Dylan (2016) y el extracto es el siguiente: «Take me on a trip upon your magic swirlin' ship. My senses have been stripped, my hands can't feel to grip. My toes too numb to step». Que quiere decir: «Llévame a viajar en el torbellino de tu nave mágica.

Me arrebataron los sentidos, tengo las manos agarrotadas y los dedos de los pies yertos para el camino» (p. 293). La voz del joven que ha muerto se evidencia con este fragmento de la letra, pero no solo eso, en el arreglo musical de la canción, la armónica es el instrumento que sobresale y justamente de ambas relaciones, tanto la sonora como la lírica, fueron las que me hicieron decidir elegir este fragmento para ponerlo como epígrafe. La armónica será el instrumento que el muchacho esconde en su mano.

Por último, en «La oscuridad en sus ojos», con el epígrafe quería remarcar la nostalgia de este anciano por su tierra, desviar en cierta forma la atención del lector, para que el final sea más sorpresivo. El tema es *Huérfano pajarillo*, huayno tradicional de autor anónimo y cuyo extracto que utilicé como epígrafe es: «Ayacuchano, huérfano pajarillo, ¿a qué has venido a tierras extrañas? Alza tu vuelo, vamos a Ayacucho, donde tus padres lloran tu ausencia». Con este epígrafe y a lo largo del cuento, vamos viendo a don Fortunato, anciano y sobre todo ciego, que a pesar de su dificultad, trata de ganarse la vida tocando su charango. El giro final de la historia nos da otras luces al respecto de lo que tiene que hacer nuestro protagonista para sobrevivir.

La única dedicatoria que tiene *Aquí está la música* se encuentra en el cuento «El aplauso en el muro de la esquina», que a pesar de no poner ningún lugar dentro del texto del cuento, pues puede ser cualquier barrio de Lima, la dedicatoria podría ubicar al lector en el espacio. Me inspiré en Salamanca, el barrio donde nací y crecí, por eso la dedicatoria es: «A los amigos de Salamanca». Si quisiéramos ir más allá y tratar de buscar dentro de la historia algún parecido con la realidad o con alguna situación que haya ocurrido en la vida real, sería innecesario, pues así digan que los escritores escriben de sus vivencias, no es el proceso en los cuentos de *Aquí está la música*. En mi caso, puede haber guiños y situaciones que han sido disparadores de historias, pero luego cada cuento tomó un rumbo diferente y se iba dibujando en su estructura y personajes.

2.3. Lo interactivo en la concepción del libro *Aquí está la música*.

La experiencia lectora tradicional va ligada al soporte físico del libro impreso. El lector tiene entre sus manos un libro que, por lo general, leerá de inicio a fin; una novela por ejemplo la leerá desde la primera página hasta la última (a menos que sea *Rayuela* u otra propuesta diferente). Otra posibilidad es cuando el lector de un libro de cuentos decide

empezar por algún texto específico; y otra, más radical, podría ser cuando el lector abre al azar una parte del libro y empieza a leer. Esta última no creo que sea muy frecuente en la literatura de ficción.

Imaginemos cuando estamos en la búsqueda de información para la historia que estamos elaborando, somos como detectives, hacemos preguntas a personas de nuestro entorno, buscamos entre diferentes libros y, ahora el Internet nos ha abierto una gran biblioteca virtual. Este hecho que acabo de plasmar es interactivo, pues estoy interactuando con diferentes soportes para encontrar las respuestas a lo que busco.

Cuando empecé a diseñar el concepto de *Aquí está la música*, tuve como idea replantear la lectura tradicional con lo que los nuevos lectores o, como expliqué en el primer capítulo, los translectores hacen. Es decir, leer y a la vez, buscar en otros soportes datos, nombres de personas, canciones, etc. Es lo que ahora, en estos tiempos de acceso a internet, hago cuando estoy leyendo una novela o un cuento. Por ejemplo, cuando en algún texto hay alguna cita sobre algún artista o canción, busco en internet para informarme o escuchar lo que el autor con su personaje o narración quiere graficar en la historia. Otro ejemplo puede ser cuando hay alguna palabra cuyo significado ignore; antes recurría a las páginas de un diccionario, pero ahora con las nuevas tecnologías, es mucho más rápido el encontrar los significados de las palabras por medio del acceso a internet, a través de una computadora, *Tablet* o *Smartphone*.

Para tal propósito, los diversos elementos intertextuales y paratextuales se complementan o cobran sentido cuando el lector va más allá de la lectura tradicional, es decir, cuando interactúa con otros soportes. En el caso de *Aquí está la música*, será con la sonora, plasmada en temas musicales y canciones. Así surgió la idea lúdica de diseñar el texto «Instrucciones para musicalizar los cuentos», donde como autor indico y explico cómo la experiencia lectora se verá enriquecida con una experiencia sonora y para ello, doy las pautas para seguir ese juego lúdico y lograr el objetivo que planteo como autor.

Por esa razón al lector se le invita a que lo haga, a que siga las pautas, pues si se dejaba a la libre elección, como una opción más, el lector podría dejar de hacerlo. Es más, el lector podría no seguir las instrucciones, pero eso ya dependerá de él mismo. En ese caso, como autor, obviamente escapa de mí esa decisión del lector, y como bien plantea

el libro, ese juego forma parte del proceso para lograr el máximo potencial de la experiencia lectora.

2.3.1 El juego en «Instrucciones para musicalizar los cuentos».

Dos son los paratextos que dialogan entre sí, como parte de este juego que tendrá que seguir el lector. El primero es «Instrucciones para musicalizar los cuentos»; como una nota de autor se dan las pautas de lectura, la cual va de la mano con un texto que se encuentra al final del libro titulado «*Soundtrack*», y en el cual se muestra una lista de todas las sugerencias y referencias musicales que puede escuchar el lector cuando esté leyendo cada cuento.

En la dinámica de lectura, el lector encontrará este primer texto, «Instrucciones para musicalizar los cuentos», que lo invitará a hacerlo. Luego podrá elegir el cuento que desee. Para mí, hasta el orden de cómo se han ordenado los cuentos también tiene una forma especial, pero ese detalle de lectura ordenada escapa de mi control, mucho más cuando es un libro de cuentos. Entonces, el lector elegirá el cuento que quiera leer y tendrá varias posibilidades, podrá escuchar las músicas antes de leer los cuentos, o mientras lee, podrá ir poniendo las músicas de la lista.

Este juego lleva la lectura a otra experiencia, una auditiva. Es una dinámica interactiva en la que el lector utilizará otros soportes, aparte del libro. Podrá hacerlo desde su *Smartphone*, computadora conectada a internet o si tiene el disco, podrá colocarlo en su equipo de sonido. Otro nivel visual, más allá del texto escrito, también puede darse si el lector observa los videos musicales de las canciones. Ahí, surgirán otras interpretaciones y sensaciones del lector, pero en todos los casos la lectura se verá enriquecida con esta experiencia lúdica y sensorial.

Capítulo Tercero

Los personajes en *Aquí está la música*.

3.1. Los personajes-músicos en *Aquí está la música*.

Al ser un libro de cuentos cuya temática está en torno a lo musical, encontraremos personajes con un perfil de músico o amante de la música. Estos personajes protagonistas no serán los únicos, sino que también habrá personajes primarios y, a veces, secundarios ligados a la música.

He diferenciado dos tipos para su mejor análisis, uno al que llamaré músico profesional y otro músico no profesional. El primero estará ligado al personaje que vive de la música, es decir, cobra dinero por sus servicios; y el otro es un amante de la música, un aficionado a la música o estudiante de música.

En algunos cuentos pueden encontrarse ambos perfiles, es decir, personajes principales de una historia en donde uno es profesional y el otro amateur. A continuación separaré en un cuadro los cuentos según el tipo de personaje. Me centraré solo en los protagonistas.

Personajes músicos Profesionales	Personajes músicos no profesionales
«Calambrito, Torito y Pepita»	«Lujuria»
«Papel en blanco»	«La banda escolar»
«El reloj y el violín»	«Desafinado»

«El último romántico»	«El aplauso en el muro de la esquina»
«La oscuridad en sus ojos»	«El reloj y el violín»
«Y el ganador es...»	«El deseo de Sofía»
	«Y el ganador es...»
	«La Victoria de Víctor»
	«Bola de arena»
«La mano sobre el muchacho». En el texto del cuento no se puede saber si el muchacho muerto es músico profesional o no.	

3.1.1. El personaje-músico profesional.

Este personaje se caracterizará porque vive o sobrevive de hacer música, es decir, recibe a cambio de lo que ejecuta, dinero. En «Calambrito, Torito y Pepita», nuestros tres niños músicos trabajan de tocar en las calles. Con esas monedas sobreviven a esta sociedad hostil representada por el viejo mozo. Lo mismo ocurre con nuestro anciano y ciego en «La oscuridad en sus ojos».

En «Papel en blanco», nos encontramos con un músico rockero que vive de la música y tiene que componer una canción, pues debe ir al estudio a grabar. Lo mismo ocurre con don Casimiro de «El último romántico», pues vive de dar clases de piano o amenizar reuniones con su teclado.

En «El reloj y el violín», nuestro personaje músico profesional es el maestro de violín, hombre mayor y jubilado que da clases particulares a jóvenes y que prepara a nuestro protagonista para el examen de ingreso del Conservatorio nacional de música.

En «Y el ganador es...», de los tres concursantes, solo uno, Ricardo, es quien trabaja en la orquesta más reconocida de Chimbote y se gana la vida como cantante de la orquesta «Rico Chimbote».

3.1.2. El personaje-músico no profesional.

Este personaje se caracteriza por ser un amante de la música, un músico amateur o un estudiante de música, es decir, todavía no vive de la música o simplemente, la música es su pasatiempo preferido.

En el cuento «Lujuria», podemos encontrar a este niño obsesionado con este instrumento y a la vez, como parte de la historia, se encuentra el padre, pero no tenemos la certeza de saber si es o no músico profesional, pues solo se sabe que está con el instrumento y que sale con este por las noches. Lo mismo ocurre en el cuento «Bola de arena», donde nuestro personaje se queda fascinado con el sonido de la guitarra y hará de todo para conseguir una.

En «La banda escolar», Pablito es el joven muchacho que, para aprobar el curso de música y no ser llevado por su padre al ejército, tiene que ingresar a la banda escolar, dejando de salir con sus amigos. A pesar de que al personaje no le llama la atención la banda de su colegio, el hecho de que pueda tocar el instrumento significa que tiene un talento que no ha evidenciado.

Caso contrario ocurre en «El aplauso en el muro de la esquina». Varios son los jóvenes que tocan guitarra como pasatiempo, pero nuestro personaje Pedro es el más empeñoso y quiere aprender a toda costa; lamentablemente el talento musical es esquivo con él.

En «La Victoria de Víctor», todos los que participan del *karaoke* son aficionados al canto, pero nuestros personajes, Víctor y Victoria tienen un talento mayor que los hace destacar dentro del grupo de asistentes.

En «Desafinado», hay una pequeña pregunta que hace el negro Covadonga a José, nuestro protagonista: «¿Sigues tocando?». Es la pregunta que queda sin respuesta. Con ella sabemos que en algún momento José ha hecho música como pasatiempo en su

juventud y que ahora en el presente, sus amigos al seguir en ella se han vuelto músicos profesionales.

Nuestro personaje protagonista y narrador del cuento «El reloj y el violín» es un postulante al conservatorio. Él tiene la ilusión de ingresar para convertirse en un futuro en músico profesional, pero quizá le falte algo más para poder lograr su objetivo.

Algo similar ocurre con Sofía, en el cuento «El deseo de Sofía», pero ella, que sí tiene el talento, ve truncado su sueño por un accidente.

Por último en «Y el ganador es...», los otros dos concursantes, Magali y Carlos, son aficionados al canto y participan con mucha ilusión del concurso «Un canto para Chimbote».

3.2. Las motivaciones en los personajes.

Uno de los componentes que hacen que la trama o la historia avance es la motivación de los personajes. La pasión por la música será uno de los incentivos principales de nuestros personajes. En el caso de *Aquí está la música*, podemos encontrar diferentes motivaciones que van desde el simple hecho del acto creativo de componer una música, pasando por las ganas de aprender a tocar un instrumento, de tener un instrumento entre las manos, o de hasta sobrevivir a través de la música. Pero también, detrás de estas motivaciones se esconden otras que impiden a nuestros personajes lograr sus objetivos. Esa fuerza contraria se plasma en el antagonista o en la situación del entorno que le toca vivir y que se plantea como parte de los conflictos internos o externos que sufren los personajes de *Aquí está la música*.

3.2.1. «¡A la cima, Jhonny!». La pasión como eje motivador del personaje.

A la pregunta de John Lennon: «¿A dónde vamos, chicos?» los demás integrantes de The Beatles respondían: «A la cima, Jhonny». Esto lo hacían todos para motivarse. En ellos, la pasión por la música que hacían era evidente. Esa pasión como eje motivador en los personajes es evidente en varios de los cuentos. La pasión en algunos de los cuentos se

trata en el texto como si fuera algo sexual. Se personifica al instrumento dándole un nombre o refiriéndose a este como si fuera una persona.

La pasión por querer tener o aprender un instrumento aparece en los cuentos «Lujuria» y «Bola de arena», donde nuestros personajes están hechizados por el sonido de la guitarra. Ambos hacen lo imposible por conseguir el instrumento de cuerda y ese es el elemento motivador de nuestros protagonistas que hacen avanzar la historia del cuento. En «Bola de arena», la pobreza, las condiciones económicas de su entorno y el vivir en una provincia hacen que el protagonista se las ingenie para poder obtener el ansiado instrumento.

Tanto en «Lujuria» como en «El deseo de Sofía» o «La Victoria de Víctor», lo sexual se evidencia en las intenciones que están detrás de los personajes. En «Lujuria», el narrador se refiere al instrumento como si fuera una mujer. En «El deseo de Sofía», la motivación de su deseo se duplica hacia el joven inquilino que llegará a su casa y en «La Victoria de Víctor», al final del cuento nos daremos cuenta de que todo es parte de un juego de seducción.

En «El reloj y el violín» y «El aplauso en el muro de la esquina», las motivaciones de los personajes se centran en la pasión por querer aprender a tocar su instrumento preferido. Pero a pesar de tener todas las ganas a veces la realidad es mucho más cruda.

En «Papel en blanco», la pasión de tocar y componer canciones se ve truncada por el vacío creativo, por la falta de inspiración. Pero nuestro personaje a lo largo del cuento hará de todo para recuperar esa energía creadora.

3.3. Detrás del escenario. La difícil vida del músico.

Otro de los conflictos que mueve las historias y que se encuentra en los cuentos de *Aquí está la música*, es lo que se narra detrás de estas, lo que podríamos llamar detrás del escenario y es, justamente, evidenciar la difícil vida de las personas que se dedican a la música o al arte.

En los cuentos «El último romántico», «La oscuridad en sus ojos» y «Calambrito, Torito y el Pepita», se muestran escenarios de supervivencia, donde los protagonistas viven con el dinero que consiguen en el día, de limosna en limosna y con mucha suerte.

En «La mano sobre el muchacho», vemos cómo la muerte puede ser totalmente cruda, cuando un joven músico es atropellado y al morir, nadie se percató de su muerte, o mejor dicho, el cuerpo del joven muchacho es indiferente para los transeúntes, ambulantes y su entorno.

Con el cuento «Y el ganador es...», he querido mostrar otro escenario adverso, en el cual trato de evidenciar a los políticos y su utilización de la cultura como propaganda política y con otros fines ajenos a los de apostar por el arte o crear ciudadanía y desarrollo a través de la cultura.

Conclusiones

1. La música y la literatura han estado ligadas desde siempre, y ambas se han influenciado mutuamente, enriqueciendo sus lenguajes en las diferentes obras artísticas que producen, todo con la finalidad de lograr cautivar a quienes las aprecian y contemplan. En ese caso, *Aquí está la música* no es ajena a esa tradición.
2. La cita como elemento intertextual ligado a lo musical en *Aquí está la música* interactúa con el nuevo lector o translector, a cuyas referencias musicales puede acceder más rápido a través del Internet y lograr así una nueva experiencia lectora de múltiples interpretaciones.
3. Los distintos paratextos en *Aquí está la música*, en especial la nota de autor titulada «Instrucciones para musicalizar los cuentos», llevan al lector a otros niveles de comprensión e interacción con la obra. Niveles de mayor comprensión y entendimiento de lo que el autor quiere llegar a transmitir con su obra y, por otro lado, lo interactivo pasa por un conocimiento que el lector debe tener; si no fuera el caso, el lector podrá tener la experiencia con el texto pero a un nivel básico.
4. Los diferentes elementos intertextuales y paratextuales que contiene *Aquí está la música* hacen que la interacción del lector con la obra sea más dinámica; y ese diálogo entre los diferentes elementos, como las citas y referencias relacionadas a lo musical, hace que la obra tenga una unidad temática.
5. *Aquí está la música* dependerá de un lector activo y participativo para que la experiencia total que el autor quiere transmitir en su obra pueda concretarse y se haga realidad. El tipo de interactividad que realiza en este caso el lector será monoparticipativa, pues no tiene un diálogo con el emisor o escritor, sino que interactúa solo con la obra. El lector debe tener en este caso un tipo de saberes de búsqueda por las web; en cambio, antes el lector tenía diccionarios o enciclopedias para poder descubrir lo que el autor o la historia querían contar. Actualmente el

acceso a la Internet facilita esa labor, haciendo que pueda complementar la experiencia con videos, audios, textos complementarios, etc.

6. La utilización de las nuevas herramientas o soportes tecnológicos dentro de la vida cotidiana de las personas hace que la invitación a esta interacción entre el lector, el libro y lo sonoro esté acorde con este nuevo lector o translector.
7. Lo musical envuelve toda la obra *Aquí está la música*, pero no solo porque sus personajes tienen un vínculo con lo musical, sino también porque en el discurso que sostiene la escritura se aprecia el papel protagónico que desempeña la música.
8. La diversidad musical en géneros y ritmos que se encuentran en *Aquí está la música* es un componente diverso que enriquece la obra, haciéndola heterogénea y distintiva.

Referencias bibliográficas

- Aranibar, C. (2015). *La novela más hermosa del mundo: escansión y música en Cervantes*. Lima: Biblioteca Nacional del Perú.
- Buarque, Ch. (2015). *El hermano alemán*. Madrid: Penguin Random House.
- Caicedo, A. (2008). *¡Que viva la música!* Bogotá: Norma.
- Carrillo, S. (2001, octubre). “Julio Cortázar: Rayuela y el jazz”. Rockdelux 189: Me, Myself & I. Recuperado de <<http://www.rockdelux.com/opinion/p/julio-cortazar-rayuela-y-el-jazz.html>> (14.07.2017).
- Cortázar, J. (2013). *Clases de Literatura*. Madrid: Alfaguara.
- Del Pozo, W. (Comp.). (2017). *Gracias totales: Tributo narrativo a Soda Stereo*. Lima: Ediciones Altazor.
- Dylan, B. (2016). *Letras completas: 1962 -2012*. Barcelona: Malpaso.
- Dylan, B. (2017, Junio 5). “Discurso de aceptación del Premio Nobel, de Bob Dylan”. En: *Círculo de Poesía. Revista electrónica de literatura*. Gustavo Osorio de Ita (tr.). Recuperado de <<http://circulodepoesia.com/2017/06/discurso-de-aceptacion-del-premio-nobel-de-bob-dylan/>> (7.6.2017)
- Echeverry Hurtado, M. (2013). *Relaciones intertextuales entre música y literatura en la novela “¡Qué viva la música!” de Andrés Caicedo*. Tesis de maestría. Buenos Aires: Universidad de Buenos Aires. Tesis de maestría de literaturas española y latinoamericana. Recuperado de <http://repositorio.filo.uba.ar/bitstream/handle/filodigital/2038/uba_ffyl_t_2013_887810.pdf?sequence=1&isAllowed=y> (12.07.2017)
- Genette, G. (1989). *Palimpsestos: La literatura en segundo grado*. Fernández Prieto, Celia (Tr.). Madrid: Taurus.
- Lévy, P. (2007). *Cibercultura: Informe al Consejo de Europa*. Barcelona: Anthropos Editorial, Universidad Autónoma Metropolitana.
- Navarro Martínez, E. (2003, abril). “Novelas con banda sonora: La música como recurso técnico en algunas obras de la narrativa española actual”. En: *Tonos digital: Revista Electrónica de estudios filológicos*. Nro. 5. Universidad de Murcia.

Recuperado de <<https://www.um.es/tonosdigital/znum5/estudios/I-Novelassonora.htm>> (7.06.2017)

Rancière, J. (2011). *El malestar de la estética*. Buenos Aires: Capital intelectual.

Real Academia Española. (2014). *Diccionario de la lengua española* (23.a ed.). Recuperado de <<http://dle.rae.es/>> (17/10/2017)

Rilke, R. [1929] (2006). *Cartas a un joven poeta*. Madrid: Alianza Editorial.

Rodríguez, J. (2009, enero-junio). “*Sueños digitales de un escritor: la convergencia digital al servicio del ejercicio literario*”. Signo y Pensamiento, Vol. XXVIII, Núm. 54, pp. 131-143. Colombia: Pontificia Universidad Javeriana. Recuperado de < <http://www.scielo.org.co/pdf/signo/v28n54/v28n54a09.pdf>> Consultado 3/10/2017

Rodríguez, J. (Ed.) (2011). *Narratopedia*. Bogotá: Editorial Pontificia Universidad Javeriana, (Colección estudios literarios).

Scolari, C. (2013). *Narrativa transmedia: Cuando todos los medios cuentan*. Barcelona: Deusto.

Scolari, C. (2016). “*El translector. Lectura y narrativas transmedia en la nueva ecología de la comunicación.*”. (p. 175-186) En: *La lectura en España. Informe 2017*. Madrid. Federación de Gremios de Editores de España. Recuperado de < http://www.fge.es/lalectura/docs/Carlos_A_Scolari%20_175-186.pdf> Consultado 3/10/2017

Vargas Llosa, M. (1993, Diciembre 15) “El misterio de la creación”. Transcripción del texto de la conferencia. En *La Nueva España*, Oviedo – España, 15.12.1993, pp. 46-48. Recuperado de <<http://mas.lne.es/documentos/archivos/8-10-10-conferencia-vargas-llosa.pdf>> Consultado 7/06/2017

Anexo

Aquí está la música

Autor: Piero Montaldo

Instrucciones para musicalizar los cuentos

Después compre solfeos y un frac,
y por favor no cante por la nariz
y deje en paz a Schumann.
Julio Cortázar

La imaginación es más poderosa que las imágenes, entonces sería interesante, si a lo imaginado, se le acompaña con otra sensación. Una sensación sonora, musicalizada.

Querido lector, para tener diferentes experiencias de lectura, escuche los temas musicales y canciones que se mencionan a lo largo de los cuentos.

Para ayudarlo en este juego, he puesto al final de los cuentos una lista llamada *Soundtrack*. Esta contiene los nombres de las músicas que se aluden, como también recomendaciones de algunos temas para enriquecer de nuevas sonoridades la lectura.

Tiene varias posibilidades de lectura, en cada una de ellas la experiencia será diferente y reveladora. Escuche las referencias musicales antes de leer, para así quedarse con los sonidos y poder imaginarlos o mientras va leyendo. Inténtelo. El amplificador está encendido.

¿Palabras? ¿Música?
No: es lo que hay detrás.
ULISES – James Joyce

Lujuria

Su acento me pintaba
paisajes en violeta y azul
EUFONÍA Y CANCIÓN – José María Eguren

Mi primera excitación fue en el vientre de mi madre.

Dentro de ella, en mi viaje de capsula espacial de veinte semanas, una voz delicada y extraña que resonaba en todo su cuerpo, llamó mi atención. No, no se trataba de mi madre ni de mi padre. Sus voces las reconocía a la perfección. Esta otra destacaba entre el barullo del oleaje de sus risas para luego desaparecer. A las treinta semanas de esa efímera travesía, la escuché otra vez y me envolvió en mi burbuja acuosa. Instintivamente, saboreé mi pulgar de gozo. Mi pequeño e indefenso cuerpo se estremeció. Faltaba poco. Aterrizaría completamente hechizado.

A los pocos meses de nacido, aún sin poder distinguir los objetos ni los colores, el hilo de su voz sí me era familiar. Hasta aprendí a caminar antes de tiempo. Recuerdo que un día, me arrastré, luego apoyándome en la cama, mis piernas se sostuvieron firmes como en una cuerda floja y estiré mi inocente mano deseando tocar su sinuoso cuerpo. Logré acercarme a ella, y la palpé. Eso incomodó a mi padre y terminé cargado en los brazos de mamá. No lo voy a negar, hice unos cuantos berrinches. Tenía que ingeniármelas para estar siempre cerca. A los cuatro años, la miraba sin vergüenza. Todos los días y a cualquier hora, cuando mi padre se distraía, mi atrevimiento de entusiasta primerizo se notaba al tratar de rozar sus curvas e insinuarme.

Recuerdo un día de la madre, donde la familia entera se reunió para celebrar. Todos saboreando los diferentes manjares alrededor de la mesa. Ese día, yo había almorzado más temprano. Tenía ocho años, cuando entré corriendo a la habitación de mis padres y ella, en silencio, se descubría recostada sobre la cama. Mi postre. Un impulso me hizo cerrar la puerta, caminé temeroso, muy lento, mientras la algarabía de la sala se iba desvaneciendo. Extendí mis brazos flacos y ansiosos, esta sería mi primera vez. El silencio cómplice de los dos hizo del juego íntimo, la travesura inquieta y torpe de un

niño. Ambos sabíamos que era nuestro momento y se dejó acariciar. De ahí en adelante la creí mía. Mía.

Cuando era adolescente, mis impulsos eran menos controlados. Tenía trece años cuando una noche, la llevé a hurtadillas a mi cuarto. La abracé intensamente, y sin darme cuenta mi padre nos pescó. Los gritos, prohibiciones y uno que otro palmazo en la cabeza no me harían desistir de volver a tenerla. Por muchos meses mi padre vigiló mis movimientos. Que no estuviera buscándola. Quizá, por eso, él la cogía de la cintura y salía con ella por las noches. ¿Acaso podía dormir?

Así fui creciendo. Mi padre y ella, fuera de casa, y mi madre ocupada en sus cosas. Algunas noches, papá salía sin ella y mientras mi madre se distraía viendo la televisión, a escondidas la buscaba y en mi cama podía robarle algunos besos dulces. Había aprendido a tratarla con suavidad, mis dedos le gustaban más que antes y ella lo gritaba al viento encerrado y espeso de mi habitación.

Siempre tenía que dar el primer paso, si no, resentida, no complacía mis juegos. A veces su indiferencia me volvía loco, y sobre todo, cuando se dejaba manosear por mi padre y sus amigos. Sí, la entregaba a sus amigos, y ella se dejaba acariciar. La quería para mí, solo para mí, sin desprenderme ni por un segundo. Mis manos extrañaban recorrer su cuello largo, apretar sus orejitas blancas, acercar mi nariz a sus curvas y respirar su aroma de madera, escucharla, darle vida a través de mí. Esa voz me tenía atrapado en un hechizo. Solo quería tocarla, eso pedía, tocarla como lo hacían otros. Eso había deseado.

Una noche, mi padre salió a dar una vuelta con ella. Yo, inquieto, no sabía qué hacer con mis manos. Años después, aprendería. Pero esa noche, tenía que resignarme a la espera del día siguiente para tenerla entre mis brazos. Escuché la puerta, y salté de mi cama. Mi padre, tambaleándose, abrió la puerta con los primeros rayos azules. Volvió solo. «¿Dónde está? ¿Dónde?», pregunté y el silencio inundó nuestra casa como la azulina luz que se colaba por las ventanas. Hoy, por las noches, en mi habitación, recostado y en la oscuridad, al cerrar mis ojos, sigo preguntándome: «¿Quién la estará tocando?».

Calambrito, Torito y Pepita

Zafa, rabioso, no hay caridad
para el demonio que desordena
los buenos modos y las maneras
no toques nada que tiene dueño
Ratón sin queso – Pavel Bello – Greda.

«Calambrito» quiso comprar choclos con queso, pero «Torito» le señaló la carretilla del hígado frito con yuca. Los humitos blancos golpeaban aromas hipnóticos que, cuando llamaron a «Pepita», tenía sus ojos salivando delante de la chanfainita. Contaron las monedas, dos veces. Solo alcanzaba para una porción. Después del Yan kem po, compartieron la fritura.

Todos se conocieron en las cansadas calles del centro de Lima, entre las plazas, al final de una noche mientras llenaban la panza donde la señora del choclo. Un día, a Calambrito se le ocurrió que juntos podrían sacar más monedas, y desde ese instante, nacieron como un trío.

Calambrito toca el charango y canta, tiene diez años y desde hace tres toca en las calles, es el más flaco y se parece a un palito de anticucho. «Torito» es el más recio, de ahí su apelativo, tenía ocho al empezar. Ahora tiene once y toca la zampoña y la quena. Era el más veterano en las calles, a los seis años se paseaba solito por el centro. «Pepita», ganó su apelativo no por llamarse Josefa sino por tener la cabeza igualita a la de un mango chupado. Ella golpeaba un cajón apolillado y sentada sobre este, llegaba a rozar el piso con la punta de sus pies. A pesar de ser la más pequeña, Pepita era la primera en escapar cuando los serenos querían joder.

A los meses de haber barrido varias veces todos los rincones del centro, el Toro escuchó que en Miraflores había «hartos gringos con hartos dólares» y así, cambiaron los bares de la plaza San Martín por los cafés. Iban manguendo en los buses por toda la Arequipa. Ese viaje le hacía doler la cabeza a Pepita. Cada vez que se equivocaba en la canción, perdía una moneda en la repartida, así que tenía que concentrarse mucho más con las frenadas.

En Miraflores, alrededor del parque Kennedy se encuentran varios locales. El bulevar con sus mesas afuera, los esperaba a cualquier hora del día o de la noche. La hora punta era siempre una oportunidad. Mucha gente, como en el centro, pero con propinas más jugosas y en dólares. Al caminar se encontraban con oficinistas listos para almorzar o para tomarse unos tragos a la salida del trabajo. Señoras muy maquilladas, conversando con el capuchino en la mano, del último viaje por París. «¡Turistas!» gritaba Calambrito. Los mejores eran los turistas, que después de visitar museos, se daban un respiro con cerveza y pizza. En fin, Miraflores era el paraíso, en los bares del centro eran más misios.

Los tres se dieron cuenta al instante de que las propinas eran más sustanciosas. Ese día, faltaba dar la vuelta por un local situado en una esquina, al llegar, estaba repleto, e hicieron el cálculo que si la hacían bien, podía alcanzar para que cada uno eligiera su menú. Pepita se acercó con el cajón y, ni bien se sentó, al carajazo limpio la espantaron como a un perro callejero que quiere hurgar entre las bolsas de basura. Así conocieron a «El Hígado», así le pusieron, no sabían su nombre, él era el mozo en ese local. Amargo, remarcando sus arrugas en la frente siempre salía a botarlos, se les tiraba encima. Cosa distinta era si un adulto iba a tocar con su guitarra algún tema criollo, ahí su rancia boca no decía nada.

Al dueño del local no le jodía que toquen, es más, le parecía que le daba un toque especial. Una vez, pescó al Hígado carajeando a los niños y sin hacer escándalo, para no espantar a los clientes, le dio una buena regañada, «acaso no sabes que a mí me gusta». Calambrito, Torito y Pepita miraron al Hígado y sacando la lengua y haciendo caras feas siguieron con su música en el local. Ese día estuvo tranquilo, pero el Hígado se acercaba a los gringos tratando de distraerlos cuando Pepita pasaba con el sombrero.

Una tarde, Torito empezó a tocar el tema clásico para todo turista: *El cóndor pasa*, cuando empezó la primera nota, Sting gritó a toda voz un *Roxanne, you don't have to put on the red light*, tapando el cajón de Pepita. Menos mal que el dueño del local se percató del volumen alto y sin hacer escándalo clavó su mirada en el Hígado y éste cínicamente, levantando los hombros, apagó el equipo de sonido. El dueño con un gesto le indicó que tenía que ausentarse un rato del local. Ese era el mejor momento para el Hígado, se sentía el dueño cuando su jefe salía, incluso sus compañeros no lo soportaban y a regañadientes tenían que obedecerlo porque era el más antiguo de todos. *El cóndor pasa* seguía sonando cuando una escoba pasó delante de Calambrito y golpeó su charango, un grito rabioso se

escuchó: «largo de aquí, carajo». Torito como era el más recio le dijo valientemente que no, pues al dueño le gustaba la música. «Ahora, yo soy el dueño mocososo mugriento, largo de aquí», dijo el viejo mozo con voz fuerte y amargada. «¿Por qué nos jodes tanto? ¿Qué te hemos hecho?», increpó Torito. «De niño era como tú, insolente», y entró rápido al local con la escoba. Calambrito poniendo su mano sobre el hombro de Pepita dijo a las mesas: «*Moliendo Café*, para todos ustedes» y empezaron las notas y tocaron más fuerte que antes, en eso, el equipo de sonido volvió a gritar a través de Queen y opacó a los niños. Unos turistas que llegaron a tomar un café, con las mismas se fueron por el elevado volumen, otra mesa también se paró y pidió que por favor lo bajaran. El Hígado ni se inmutó.

Mientras Mercury cantaba «*Don't stop me now (yes I'm having a good time)*», el Hígado se acercó hasta Calambrito y sin que pueda hacer nada le arrancó su charango, sacó de su bolsillo unas tijeras y cortó de un solo movimiento todas las cuerdas. El torito con zampona y quena colgando del cuello se abalanzó sobre éste, cayendo los dos al suelo. La zampona quedó con las cañas todas aplastadas. Veloz, el dueño que había escuchado la guitarra distorsionada varios locales más allá, llegó corriendo para separarlos. El dueño, dando una exhalación profunda miró hacia el suelo. Tirados en el suelo, las tijeras, el charango y restos de lo que había sido una zampona, entonces entró al local empujando al viejo. A los pocos segundos, el equipo de sonido se apagó. Calambrito se quedó en silencio con el charango herido, Pepita quiso contener las lágrimas, pero no pudo y el Torito, agitado, trató de resucitar, soplando, alguna de las cañas de la zampona.

Esa tarde, el dueño del local se les acercó e invitó la pizza de pepperoni más grande del local, después, les dio un sobre. «Para que se compren nuevos instrumentos», les dijo.

No volvieron a ver al Hígado por el local. Después de varios meses, una tarde, trepados en un bus por la Abancay, cerca al parque Universitario, a la mitad de *Zambito*, Pepita dejó de golpear el cajón y sacando la cabeza por la ventana gritó: «Así te quería ver». Calambrito y Torito interrumpieron su música y vieron por la ventana. Los tres se encontraron al Hígado que tenía la intención de subir a su bus, pero que había decidido no trepar al mismo. Lo vieron caminar apretando en una mano un güiro y en la otra, un peine. Mientras detenía otro bus, quiso evitar mirar atrás. Con el pie a punto de subir, un

segundo de duda lo hizo girar. En ese instante, los vio, juntos, felices, acompañándose.
El hígado trató de esconder la mirada y rápidamente trepó.

La banda escolar

«Cero, cero». Si hay algo que detesto de los exámenes, es que preguntan cosas que no sé. A quién le interesaría recordar, ¿en qué año nació el compositor del himno nacional? El profesor de música cada vez que quiere alumnos para que se inscriban en la banda escolar pone un cuestionario difícil de responder: «Escriba nombres completos y lugar de nacimiento de tres maestros de la etapa barroca tardía». Y es que si formas parte de la banda, estás exonerado de dar cualquier examen de música.

Es mi último año en el colegio Ingeniería, y como cada mes de mayo, el profesor de música hizo la convocatoria abierta a participar en la banda del colegio. Los más animados fueron, como siempre, los del primero. Pero, conforme pasas de grado, las ganas disminuyen, como vi la otra noche hasta tarde en esa comedia romántica. Mis amigos y yo, de quinto, ni queríamos escuchar hablar del desfile. Los ensayos para marchar en fiestas patrias son estrictos y rigurosos. Y además, el frío a tres mil metros de altura le quita las ganas a cualquiera.

Nunca quise entrar a la banda, aun cuando formar parte de esta nos exoneraría del maldito examen. No me importaba, prefería jalar el curso. «El que entra a la banda es un rosquete», les grité a mis amigos en el recreo. En quinto y en la banda. Nunca. Desfilarse es peor que cuando uno de los matoncitos del salón te baje de sorpresa el pantalón delante de todos. «Cero, Panizo. Si así comenzamos, vas a terminar quinto, pero el próximo año», dijo el viejo pelado de Camacho. Los exámenes que hacía el profesor de música eran los más horribles. Siempre se le ocurría preguntar por fechas, nombres exactos, corrientes musicales y países de autores que nunca escucharía, salvo obligado y en el salón. En mi casa, nunca, en mi casa solo se ve fútbol.

Recuerdo que de niño, mis regalos solían ser carritos, pistolas y muchas pelotas de fútbol. Sí, nunca faltaban pelotas en mi casa. Mi viejo capturaba el televisor y me sentaba a su lado para celebrar los goles. Me gustaba cuando metían un gol, era de las pocas cosas que me gustaban del fútbol, ahí podía gritar y abrazar a mi padre.

Cuando me gradúe a fin de año, me mandarán a Lima. Tengo hasta diciembre para elegir qué ingeniería voy a estudiar. A eso me dedicaré toda mi vida. ¿Y si no quiero

hacer eso toda mi vida? Hoy por la tarde mi padre volvió a repetir: «Pablo, no quiero rojos en la puta libreta, si te retrasas, te meto al ejército, carajo». Al día siguiente, vi el examen oculto en mi mochila, la tinta roja se dibujaba como dos ojos inyectados de sangre. Esa noche no pude dormir. Al día siguiente, después de clases me despedí de mis amigos en la misma esquina donde nos dividíamos. Los vi alejarse, y después, di la vuelta y regresé al colegio. Fui directo a la sala de profesores a buscar a Camacho, pero no encontré a nadie. Debía liberarme de la posible condena. ¿Qué haría yo, metido en el ejército? Saliendo del salón donde se guardan los instrumentos, apareció. Las trompetas de la banda escolar me dieron la bienvenida.

Hasta el año pasado, el pepón Ramírez hacía el conteo para empezar a tocar, pero ya se graduó. Camacho me asignó su lugar pues soy el único de quinto. «Pablo, eres flaco, pero he notado que tienes buenos pulmones», dijo el pelado y me entregó la trompeta principal. Al inicio, traté de escondérselo a mis amigos. Los ensayos son en las tardes, después del colegio. Pero Willy y Pipo sospecharon cuando un día me vieron salir del salón donde se guardan los instrumentos. Pero lo que realmente los hizo darse cuenta de que algo andaba mal, fue que dejé de escaparme con ellos al Cerrito, como cada viernes por la tarde. Un día, la excusa tonta de que mi viejo me esperaba para ir hacer trámites, dejó de funcionar. «Pablito, lo sabemos».

Cuando llegaba el mes de las olimpiadas, los distintos salones, conformaban sus equipos. Competíamos entre todos. Una vez escuché decir que: «La gente educa para la competencia y la competencia es el principio de cualquier guerra». Willy, Pipo y yo preferíamos la paz. Por eso, siempre éramos suplentes. ¿Sudar? Nunca. Que suden otros, que sude el capitán del equipo de fútbol. Para que no nos llamen a jugar, nos escabullíamos al otro patio para ver a las chicas jugar vóley. Cuando era el mes de marchar, se elegía a los mejores de cada grado para conformar dos únicos batallones, uno de hombres y otro de mujeres. Batallones en plena guerra digital, donde naves sin piloto y con cámaras destruían colegios en el medio oriente. ¿No sería alucinante que una microbomba caiga en el paquete donde el profesor tiene los exámenes?

Dentro de mis obligaciones en la banda, están las de hacer el inventario de todos los instrumentos. Todo tiene que estar bien contado y ordenado, nada se puede perder ni malograr, si algo malo pasa, a quien le cortan la cabeza, es a mí. La nueva banda debía continuar con la tradición del colegio, pentacampeones, como Brasil, pero del gallardete

del desfile escolar. Y yo, como primera trompeta, tengo que ser el más responsable de todos.

Willy y Pipo, como era de esperarse, enterados de mi nueva función me sacaban pica cuando a la salida se juntaban para ir al Cerrito. «Pablito, te la estás perdiendo». Ellos, haciendo nuevos amigos y yo, con la trompetita.

A cuatro semanas del desfile, los ensayos empezaron a ser extremadamente agotadores. El profesor se volvió más riguroso y nos obligó a ir a las seis de la mañana. En medio del patio y con un frío que endurecía mis manos, soplar la nota correcta era una tortura. Tampoco me daba tiempo para tomar desayuno, solo me cambiaba al despertar, quince minutos antes de las seis, y salía apurado al colegio, porque si llegaba tarde, muchas tardanzas repercutían en la nota final de educación cívica y de conducta. «Eso te va a fortalecer los huesos, te va a hacer hombre», remarcaba mi padre.

Mis labios se resecaron por tanta práctica, y mi labio superior se empezó a pelar; solo el rosarlo con la yema de mis dedos, producía una quemazón. También me salieron callos y las manos las tenía agarrotadas de tanto esfuerzo. Tuve que frotarme con una crema antiinflamatoria que tenía mi madre y ponerme sus guantes de lana para distraer al insensible frío. Mis oídos salían zumbando del ensayo. Era tan fuerte el sonido de los tambores y trompetas, que por varios minutos no podía escuchar a mis compañeros. Además, al repetir mil veces la bendita marcha, cuando menos lo pensaba —estando en clase, caminando hacia mi casa, frente a la computadora o viendo televisión— venía a mi mente esa melodía demoníaca. El sonsonete eterno de las trompetas, los tambores, bombos y tarolas, una y otra vez, y otra y otra y otra. Mis manos empezaban a temblar ya no del frío, sino de tan solo imaginarme ese ruido que me perseguía como un fantasma. Mi cuerpo no podía resistir más, me vi gritando en sueños, reventando la trompeta contra el cemento del patio, lanzándola por la ventana del quinto piso: «¡A la banda no voy más, ni huevón! ¡Espérenme que voy al Cerrito!».

A dos semanas del desfile, había decidido escapar de ese infierno y aceptar los exámenes de memoria o el ejército, lo que sea, pero ya no más. Llegué temprano, como siempre, ya me había acostumbrado a esa rutina, pero ese día algo fue diferente. El miedo a salir jalado y el temor escénico, se esfumaron. Desde esa mañana fui la envidia de Willy y Pipo. Una nueva razón me hizo quedar en la banda. Era Gabriel, el capitán del equipo

de fútbol del colegio, cuya estatura haría enmudecer a cualquier equipo de fútbol. Ese año fue elegido por los sabios profesores de educación física, como el encargado de llevar la bandera del colegio. Gabriel y el frío, Gabriel y mis dedos congelados, Gabriel y mi trompeta, Gabriel y mis labios hechos pedazos, Gabriel, Gabriel. Él, en los ensayos y sobre todo a la hora del desfile. Gabriel, delante de mí, sí, a un par de metros, sin lugar a dudas, es la mejor razón para seguir en la banda escolar.

Papel en blanco

Al abrir los ojos, el papel seguía en blanco. Todo lo que venía a su mente quedaba descartado.

«Y si escucho algo de música», pensó Tito. No quiso usar el celular, se distraía y lo puso en modo avión. Apretó *play* sin saber qué disco había adentro. Cuando empezó a sonar el primer acorde de *Avenida Larco*, apagó el equipo bruscamente: «No, prefiero el silencio», dijo en voz alta. Echó un vistazo a la puerta de metal. Por ahí, semanas atrás, abría con su propia llave la musa que inspiró su última canción. Le dieron ganas de orinar. Fue al baño y después de terminar, se observó en el pequeño espejo rajado por la mitad como si un cabello largo de mujer lo atravesara. En el reflejo, eran dos como él que no dejaban de gritarle en coro: «¡Qué viejo estás, Tito!». Al volver a la sala se sentó frente al teclado que estaba pegado a la ventana. El polvo, de meses sin limpiar, confundía las teclas negras de las blancas. No lo encendió. «Nada», suspiró. Agarró la eléctrica apoyada en el sillón y se la puso en el muslo. La hoja, quieta, en blanco como las ideas. Cuando iba a encender el amplificador, «¿qué hora es?». Hasta su mente lo interrumpía. Su cuerpo tenía ganas de llenar esa barriga flácida y pronunciada, entonces fue a la cocina y solo encontró platos con restos de comida seca en el lavadero. Era mediodía y volvió al sillón de cuero que cubría con una manta para tapar las quemaduras de cigarrillos. Miró el librero al frente suyo y se acordó de la antología de poesía peruana que le regaló su ex novia en la Feria del Libro de Huancayo. Caminó hasta el cajón que usaba como mesita de noche. Esos poemas le habían dado algunas ideas y mientras lo ojeaba su estómago rugió. Se acostumbró a comer temprano porque siempre era tarde para desayunar, cogió unas monedas y con la antología salió a buscar un menú por su barrio.

Por las calles, la gente lo reconocía y algunos le gritaban: «¿Cuándo el próximo disco?». Él respondía secamente: «Pronto, pronto». Llegó a la avenida donde en diferentes locales de comida se vendía pizza, ceviche, chifa, pollo a la brasa, y en uno de los locales leyó en una pizarra blanca: *Menú de la casa. Seis soles*. Y sin pensarlo mucho, ingresó.

—Un menú, por favor —le dijo a la joven señorita que atendía en el local.

Abrió el libro y lo empezó a hojear. La dueña del pequeño restaurante prendió el televisor y puso la telenovela mexicana. Trató de abstraerse del acento melodramático de los actores cuando llegó la jovencita de brazos robustos con la sopa de entrada y los cubiertos.

—Por favor, ¿puedes bajarle? —señaló muy tranquilo.

La chica sin decir nada se acercó a la propietaria, y esta se dirigió al televisor y bajó un punto el volumen.

Tito no quiso preocuparse por ese asunto y decidió tomar el caldo antes de que se enfríe. Con una mano, la cuchara, y con la otra, la poesía. Trató de concentrarse para buscar algún verso que lo inspirase, y de pronto...

—¡Mierda! —gritó Tito al quemarse la lengua.

—¡Sí, es una maldita! —renegó la joven refiriéndose a la actriz mexicana que con tetas postizas y lágrimas falsas, rogaba al galán que no la dejara por la sirvienta.

Resopló la cuchara y recordó su niñez, hace años que no tomaba una sopa de casa, el vivir solo llenaba siempre la despensa con fideos y sopas instantáneas. Lo peor de la soledad era recalentar las sobras del día anterior. No tenía nada de espectacular ese caldo de pollo, pero hacía tanto que no probaba algo casero que pensaba: «Que sabrosa». La antología que trataba de leer era un libro grueso y un poco difícil de agarrar con una sola mano, así que lo dejó descansar sobre el mantel guinda para acabar su menú y salir rápido de ahí y continuar con lo suyo.

La sopa y el segundo en menos de diez minutos ya estaban devorados, dejó las monedas y salió. Al pasar por la entrada, la señorita de brazos robustos le preguntó por la cuenta y sin decir nada, Tito, señaló la mesa y la torre de seis monedas plateadas, brilló. Llegando a su casa se dio cuenta de que había olvidado el libro, así que regresó caminando de prisa. Al llegar, la tapa verde de la antología destacaba en la diminuta mesa de mantel guinda, algunas moscas hambrientas aprovechaban los platos sucios, la telenovela mexicana era otra, y el volumen del televisor estaba más fuerte. Las dos mujeres que atendían el pequeño negocio estaban boquiabiertas mirando hechizadas cómo el galán besaba a la bella muchacha y le decía con una voz gruesa y cavernosa que la amaría para

toda la vida. Solo las seis monedas faltaban en la mesa y nadie se percató de que Tito había entrado fugaz y rescatado de ese nuevo palacete mexicano, el libro de poesía.

Al meter la llave en la puerta de metal de su casa, escuchó la voz de Anita. Siempre reconocería esa voz ronquita. Anita, el amor de su niñez, por la que todos en la cuadra se peleaban por intentar robarle un beso en los juegos de botella borracha que se armaban en el parque. Volteó a saludarla y no la reconoció, solo pudo ver a una señora con una panza fofa y desagradable, rodeada de hijos. El mayor de unos catorce cargaba una mochila grande, el de casi ocho años empujaba un cochecito, mientras ella, la señora Ana, cargaba con una mano al nuevo bebé y con la otra cogía fuertemente al pequeño de cinco que trataba de liberarse. Anita, que había perdido esa magia y que se llenó de hijos con solo respirar, lo asustó. Tito saludó haciéndose el apurado y entró a su casa, rápido y fulminante, tratando de que esa mala suerte no lo persiguiera.

La impresión de esa imagen fue tal que hasta el menú empezó a hacer efecto en su estómago. «Ese puré de papa estaba muy aguado», pensó y llegó al baño sudando. Sentado ojeó un periódico que estaba en el suelo. Era de hace nueve meses, una foto suya adornaba la página, con Vanessa, su ex, a la que no podía olvidar. Vanessa, la que al día siguiente de esa foto lo dejó por el baterista de la nueva banda exitosa. Vanessa, la señorita musa que siempre lo inspiraba y que ahora volvía con una sonrisa amarillenta y fingida en esa foto de sociales. «Hija de puta» dijo, arrugó el periódico con la foto y se limpió.

Al entrar a la sala, el papel, inmóvil, más blanco que antes. Vio su celular, tenía varios mensajes. «Tito, no te olvides de llevar nuevas canciones». «Tito, nos vemos a las tres para ensayar». «Tito, somos de la revista online Rockeros, queremos hacerte una entrevista». «Tito, mañana salió una tocada pro fondos para el bajista que le robaron». «Tito». «Tito». «Tito». Miró su amplificador y a todo volumen empezó con la púa a jugar con un *riff*. La melodía huérfana de letra se dibujaba en el aire y su cabeza se atiborró de imágenes. El espejo, las arrugas, los años, Anita, sus hijos, Vanessa..., las calles, los platos, la telenovela, promesas, el galán, Vanessa..., y buscaba una y otra vez una melodía y conforme la cambiaba, trataba de imaginar diferentes historias. El caldo de pollo, el hogar, las monedas, la poesía, Huancayo, Vanessa..., y seguía en el intento: las canas, el tiempo, el periódico, la foto, Vanessa..., y no podía parar: La guitarra y el silencio de Vanessa, la hoja y la musa de Vanessa, la foto del baterista y Vanessa, y Vanessa y Vanessa y Vanessa y la puta mare que los parió.

—¡Carajo! ¿Qué quieres? —gritó al contestar el celular que lo interrumpió.

—¡Huevón, qué haces en tu casa! ¡Te estamos esperando!

—Pero si todavía no son las tres.

—Son las tres y media ¿Ya tienes la nueva canción?

—Bueno, más o menos, tengo imágenes.

—¿Videoclip?

—Salgo, voy en un taxi.

En el auto, alejándose de su casa, del barrio de su niñez, intentó cambiar de recuerdos. Esconderlos, si era posible, en alguna parte donde podía extraviarlos. Por la avenida miró los colores de las paredes que pasaban uno tras otro, rápido, como buscando fotografías en el celular. Quería borrarla de su cabeza, pero esa sonrisa coqueta de Vanessa se le aparecía amarillenta. Sin pensarlo, sacó del bolsillo trasero del jean, el arrugado papel en blanco. Lo estiró apoyándolo sobre el estuche de la eléctrica. El instante llegaría, estaba seguro, cogió el lapicero negro y esperó.

Desafinado

Cuando llegó, la mesa redonda y blanca tenía tanta parafernalia que no sabía por dónde empezar, en eso, notó que faltaba alcohol. Tenía todo lo demás: arreglo floral en el centro, vajilla reluciente, copas y vasos sin ningún rastro de huellas, y encima de cada plato, immaculadas servilletas de tela blanquísima. Se estiró con los dedos el cuello de la camisa. Para José Carlos estaba faltando lo importante y los cubiertos grandes y plateados reflejaron su rostro extrañado y sediento.

Antes de sentarse acomodó la silla de su bella compañera, Fiorella Ackerman. Después de unas semanas, José se animó a invitarla a salir. En la constructora ya se sabía que «la nueva» estaba soltera y José Carlos, estratégicamente, compró dos tickets para una cena show. Varias veces habían ido a almorzar con el grupo de la oficina y cada vez que se podía, se sentaba cerca de ella, para así poder ir entrando en confianza. Fiore, como empezaron a decirle, había estudiado publicidad, aunque ella contaba que le hubiera gustado estudiar literatura en la Católica.

Llegaron temprano al local. Ambos salieron puntuales de la oficina. José pasó a recogerla a su departamento en Miraflores en su nuevo Hatchback, un Peugeot de color gris. El terno oscuro de José combinaba con el vestido ceñido y blanco humo de Fiorella. Por lo general, el cabello lo tenía siempre agarrado con una cola, pero esta vez estaba suelto, ondeado y su brillo opacaba el sencillo amarillo del arreglo floral.

José Carlos entró como practicante, y logró ser el asesor legal más joven. José o Pepe para los amigos del barrio, con un nuevo puesto en la constructora, había cambiado su nombre a «Jose». Todas las chicas del área de *marketing* le decían «Jose», era más *nice*, más *cool*. José era nombre de cholo y su apelativo Pepe era cholazo.

De pronto, una voz con sabor a aguardiente vociferó sin ningún cuidado:

—¡Pepito Garrafa!

José quiso voltear, pero se contuvo. Ese apelativo no lo escuchaba desde que se mudó de barrio. Ese barrio al que no volvía ni quería volver. Ese apodo que había olvidado, nació la vez que trajo desde Ica, una damajuana de pisco y embriagó a toda la

patota de la cuadra. El negro Covadonga, amigo de la infancia que no veía desde el colegio estatal en El Agustino, se fue acercando. Tenía puesta una camisa más blanca que sus dientes y un chaleco con motivos andinos. El corpulento hombre miró varios segundos a la linda gringuita y acercándose al oído de Pepe, susurró con una voz pausada:

—¡Qué culito te estás comiendo, marica!

Con la mirada un tanto incómoda por el temor de que se haya escuchado más allá, Pepe estiró la mano.

—Negrito, a los años... —y no supo qué más decir.

—Presenta pes, marica.

—Disculpa. Te presento a... —Pepe hizo una breve pausa como pensando la palabra precisa—. Fiorella, trabaja conmigo.

—¡Carajo! Pepito, qué bonito trabajar así —y barrió otra vez con su mirada lasciva a Fiorella—. Señorita, a sus órdenes y para todo lo que usted desee.

Fiorella Ackerman solo dio una sonrisa rápida, sacada de las revistas de modas y miró a otro lado. El negro Covadonga se quitó los ojos lujuriosos y los puso encima del escote de piel dorada. Pepe, con una tos fingida, atrajo esa mirada y con una mueca nerviosa se levantó.

—Oye, negrito, un gusto saludarte —y cogió el nudo de la corbata que apretaba su garganta.

—Espera pes, Garrafita, ya probamos sonido —dijo jalando la silla vacía de José y empezó a manosear las copas—. ¿Qué pasa? ¿No hay cariño en esta mesa? No pues, Pepito. Ese mi Pepito Garrafa... ¿Ya no te acuerdas, no, maricón?

—Claro que sí, negro —respondió un tanto angustiado y pensó que si se sentaba, la conversación podría prolongarse toda la noche.

—Siéntate, Pepix, ¡que no vas a crecer! Estoy en la percusión, pero todavía no va a comenzar el show, ¿sigues tocando? —y jaló el asiento de la mesa del costado—. ¡Muchacho! —Llamó la atención de uno de los mozos—. Esta mesa está sin gasolina.

José, sacándose el saco por el calor del momento, se sentó al otro lado de Fiorella. Pepe, en un cálculo rápido se dio con la sorpresa que hacía quince años se había mudado del barrio que lo vio nacer. En El Agustino, en la falda del cerro, había vivido junto a su madre y abuela. Ellas decidieron que lo mejor sería vender y mudarse donde el tío. En Jesús María y con la firmeza de un hombre, como ejemplo, se alejaría de las malas compañías.

—Oye, el guitarrista ya subió al escenario, no quiero que te digan algo por estar acá.

—No jodas, Pepito, todavía hay tiempo —dijo Covadonga, sirviéndose hielos con la mano.

Sobre el escenario, el guitarrista empezó a tocar las cuerdas de su guitarra una a una, de abajo hacia arriba, desde la cuerda más delgada a la cuerda más gruesa. Pepe se dio cuenta de que el instrumento no sonaba adecuadamente, que dos cuerdas no estaban bien, que estaba desafinado.

—Y... aparte de tocar ¿a qué te dedicas? —preguntó Jose, escéptico.

—Solo música, en los chivos que salgan —abrió la etiqueta roja de cortesía y se sirvió—. ¿Tú? En qué andas, desde que te quitaste del barrio no has visitado. Ya han pasado ¿cuántos años?

—No tengo idea —respondió José.

—¿Tanto tiempo? ¡Salud por eso!

—Creo que ya va a empezar —indicó de nuevo, José, cuando se prendieron las luces del escenario.

—¡Mierda! —exclamó Covadonga, de un viaje se tragó la copa y se paró rápidamente—. Vengo en el intermedio para seguirla —y salió disparado, esquivando las mesas hasta el escenario.

Fiore no dijo nada al respecto, solo seguía con su bella sonrisa fotográfica. Jose, tratando de cambiar de tema, pidió una nueva copa, y una botella de Cabernet Sauvignon, el vino seco que aprendió a tomar con los gerentes de la constructora, pues el dulce que

tomaba en su antiguo barrio era un sacrilegio. El mozo, antes de descorcharla, mostró la etiqueta, Jose, confirmó y sonrió a Fiore. El joven, sirvió un poco del tinto para que Jose pueda catarlo. Por ese precio podía cambiar la botella si quisiera, pero a pesar de que lo sintió muy ácido, prefirió olvidarse de todo y prestar atención a Fiorella.

—Pensé que nunca me ibas a invitar a salir —señaló Fiorella y tomó un sorbo.

—Soy tímido —sonrió José y también bebió—. Quería sorprenderte.

Desde que Fiorella entró a *Marketing*, le había parecido la mujer más linda que había visto, su bello y rubio cabello en combinación con su sinuoso cuerpo eran, en cualquier posición, dignos de admiración. Hasta sentada detrás de su escritorio se veía como un ángel en la puerta del paraíso. Jose había ideado varios planes para invitarla a salir, pero sin que se notara forzado. Nadie del trabajo sospechó. Muy inteligentemente conversó primero sobre cosas relacionadas a la labor diaria, luego entre los almuerzos de cada día las conversaciones se hacían más largas, y una tarde, la invitó muy de «casualidad», pues le habían «regalado» dos entradas para una cena show, evento para ayudar a los niños de una casa albergue.

Mientras servían el plato de entrada, el espectáculo comenzó con danzas peruanas de la sierra, huaylas, diabladas, y danzantes de tijeras. Fiorella estaba muy alegre pues nunca había visto un show así, es más, era la primera vez que veía a danzantes de tijeras.

—En el colegio donde estudié nunca vimos nada de esto. ¡Qué lindo! —exclamó, haciendo un salud con el vino tinto que combinaba con sus labios.

—¿Sí? —dijo sorprendido, y brindó chocando la copa de vino suavemente, pues para él, no solo en el colegio sino en su barrio y dentro de su familia, era lo más natural del mundo.

—Me encanta, gracias por invitarme, hace tiempo que no salía y la pasaba tan bien —la copa vacía brillaba— ¿No te han dicho que es de mala educación tener a una mujer con sed?

Fiore, con una mirada pícara, se quedó quieta sin perder de vista los ojos de Jose, y este se quedó hipnotizado.

—Perdón, soy un malcriado, ¡merezco que me castigues! —contestó después de dar un suspiro y unas sonrisas cómplices inundaron la mesa que era solo para los dos.

A lo lejos, el negro Covadonga tocaba el bombo, el cajón, la cajita, la quijada y hasta animaba la noche aplaudiendo. Después de una hora de espectáculo se anunció un pequeño intermedio de quince minutos.

Al cabo de unos minutos, José se dio cuenta de que el negro Covadonga venía muy alegremente hacia la mesa.

—Ahorita vengo, voy a los servicios —le dijo Jose a Fiore.

Camino al baño, Pepe interceptó al negro.

—Acompáñame —haciendo un ademán con la cabeza le invitó a seguirlo.

—¿Qué hay? ¿De la buena? —el negro dio una carcajada que hizo voltear a las mesas de los costados.

—Nada, ¡tranquilo, negro!

En el baño había una cola como de cinco personas esperando para entrar, en eso, salió un joven vestido igual que Covadonga. «¡Pablito!», le gritó el negro y mirando a Pepe le dijo: «¿Te acuerdas de Pablito?». Los recuerdos eran confusos, no reconocía ese rostro, habían pasado quince años.

—Pablito, carajo, acuérdate. El hermano menor de Sandra. O me vas a decir que de Sandrita no te acuerdas.

—¡Pablito! ¿Cómo estás? Si te veo en la calle no te reconozco.

—Yo tampoco, Pepito, con esa pinta.

—Veo que también estás en el grupo de músicos.

—Sí, estoy tocando el bajo con la banda, el negro me consiguió este chivito.

—Oye, Sandra está igualita, no ha cambiado nadita —le dijo el negro—, aunque tú estás un poco cambiado, te veo más maricón que antes.

La risa se contagió en los tres, no se reía de una broma así en mucho tiempo. Mientras recordaban a Sandra y a los otros amigos del barrio, la cola avanzó más rápido que la fila de las mujeres.

—Más tarde, después del evento nos vamos a juntar en mi casa —dijo Pablito.

Cuando faltaba una persona para que José entrara al servicio, el negro y Pablito se despidieron de él con un abrazo rápido, pero efusivo. «Por fin», pensó Jose. Las luces del escenario se volvieron a encender. Al volver a la mesa, a Fiorella se le veía contenta, relajada, y sus ojos iluminaron el sitio como las luces del escenario.

—¡Ya me iba a ir si en un minuto no llegabas! —dijo muy seria Fiorella y a los dos segundos una sonrisa coqueta hizo que la broma quedara redonda.

—¡Perdóname, Fiore! —replicó inmediatamente Jose, siguiéndole la corriente—. Mejor hagamos un brindis por esta linda noche y para que no termine aquí —se arriesgó a decir y miró al grupo de músicos, al negro y a Pablito, hermano de Sandra.

El espectáculo siguió con un repertorio de valsés, festejos, marineras limeñas, mientras el segundo plato era retirado de las mesas. Cuando empezaron las marineras norteñas el postre fue servido.

—¡Qué rico postre! Mi preferido es el tres leches. Aunque pensándolo bien, prefiero el postre más tarde —dijo Fiore mientras bebía el Cabernet.

Jose pensó en su postre preferido, era el tiramisú de lúcuma, pero recordó el sabor del pie de manzana recién salido del horno de la panadería del chino, en su antiguo barrio.

—A mí también me gusta más tarde, y más cuando estoy con buena compañía — Ambos chocaron sus copas y se miraron fijamente a los ojos.

—¡Siete años de mal sexo! —dijeron al unísono.

Un gran aplauso de pie dio por concluida la cena show de danzas peruanas a beneficio de los niños. Jose tomó su saco con una mano y con la otra a Fiorella. A la salida, cuando llegaron al estacionamiento, mientras le ponía su saco a Fiorella, para que no tuviera frío, miró a los alrededores por si acaso. Era verano, pero estaba chispeando. Las minúsculas gotitas golpeaban insistentemente la cara de José.

—La noche es joven y qué bueno que mañana no hay que trabajar —dijo Fiore muy animada—. Vamos a mi depa, tengo una botella de Malbec lista para abrir, además tiene una vista increíble al Pacífico. Toda mi vida he vivido en Miraflores frente al mar, ¿y tú?

—¿Yo? —dijo distraído José—. Siempre me estuve mudando —respondió Jose mientras palmoteó la corbata que se arrugó al entrar en el vehículo.

En el carro, Jose hizo sonar su *playlist*, *Garota de Ipanema*. Era más de la medianoche cuando manejó por la costa verde hacia Miraflores y la brisa del océano ondeó como olas el cabello dorado de Fiorella.

El Peugeot desaceleró frente al edificio de Fiore. Ni bien se detuvo empezaron las primeras notas de *Desafinado*. Jose apagó el motor, pero no quiso apagar la canción.

—Mejor en mi depa ¿no?—dijo Fiore.

Al intentar salir del vehículo, Fiorella Ackerman tuvo un breve mareo y quedó sentada nuevamente en el asiento de cuero. Jose le abrió la puerta y la abrazó de la cintura. Con un solo brazo la rodeo. Esta era la noche. En el aire húmedo del mar, *Desafinado* crecía como una ola. Una cresta que lentamente envolvía la cabeza de José. Caminaron hacia la entrada del edificio, a la orilla, acompañados de Tom Jobim. El tambaleo de Fiorella era una danza de sirena.

—Fiorella, tengo un pendiente.

—Hoy y mañana no se trabaja —respondió alegre mientras levantaba la llave de su departamento y lo hacía tintinear.

—Tengo que entregarlo a primera hora, no puedo... —Jose quedó en silencio sin saber qué más decir.

Fiorella no dijo nada, arrancó las llaves de la mano de Jose y con un «¡Maricón!», entró en el edificio con vista al mar dejando una estela de embriagante perfume y vino.

La luna del Peugeot gris se había llenado de pequitas por la fina garúa. José encendió su vehículo y manejó a toda velocidad dejando escapar a *Desafinado* por toda la Vía Expresa. Se internó por algunas calles de la turbia y oscura Lima. Después de varias vueltas, José llegó a un lugar conocido por él, pero que lucía diferente. Habían pasado quince años. De toda la cuadra, una puerta abierta dejaba escapar la tenue luz que pintaba la calle. En la vereda, podía distinguir las caras amigas que bailaban salsa criolla. Se miró en el espejo retrovisor, se reconoció por primera vez en esos ojos, pero algo no encajaba. Quitó de un tirón la corbata de su cuello y sacó la camisa apresada fuera del pantalón. Pepe detuvo su vehículo frente a la puerta. «*Si me dices que tu amor...*», cantó Covadonga acercándose a su ventana. El negro con solo verlo sabía muy bien lo que el Pepe deseaba escuchar: «Está solterita». Pepe salió de su carro, agarró la botella de cerveza, tomo un sorbo a pico para tomar valor y entró.

El aplauso en el muro de la esquina

A los amigos de Salamanca.

En mi barrio, la música nacía en cada rincón. La compartíamos sentados en el parque mientras un árbol nos cubría del sol, en la vereda esperando a que se asomara la vecina por la ventana, o al anochecer, en la esquina de la cuadra, apoyados en el muro a medio construir, bañados por la luna y calentándonos con una botella grande de gaseosa con ron. Tocar canciones era parte del día a día. Jugábamos con la guitarra que tuviese las cuerdas más nuevas.

Si fuera un plato de bocaditos en una fiesta, el instrumento habría pasado de mano en mano. Pero solo los que sabían tocar podían tener ese privilegio. La pasábamos como si de un balón de fútbol se tratase, con cuidado y respeto, porque la guitarra no se mancha. Los otros, los que no tenían el toque en sus manos, hacían los pedidos o prestaban una inusual atención como Pedro.

La primera vez que Pedro miró concentrado las posturas de los dedos sobre la guitarra, le recordaron las manos de su abuela, con ella preparaba anticuchos. Parecían dedos con artritis, luego supo cómo llamar a esas posiciones caprichosas y antojadas. Eran acordes.

Cuando alguien llegaba con un nuevo acorde, parecía la figurita codiciada que te faltaba en el álbum. Todos la querían saber, especialmente Pedro, que clavaba su mirada en los dedos sobre el diapason, concentradísimo como si quisiera meter un hilo dentro de la aguja. Cada semana, aparecía alguien con una nueva canción. Las que salían por la radio o la televisión eran las más festejadas, pues su dificultad para sacarlas al oído era mayor, sobre todo cuando uno empezaba a tantear en el mundo de las cuerdas.

Una noche, en el muro de la esquina, toda la mancha, con la guitarra y la botella de tres litros bien llena, se preparó para recibir las nuevas canciones y los nuevos acordes que iban a ser codiciados como pequeños tesoros dentro del grupo de piratas. El que daba la pauta era Raúl, pues su gran conocimiento de acordes, escalas, arpeggios y rasgueos se

debía a que sus padres le habían puesto un profesor particular. Con una ventaja así, calló a más de uno con su destreza en las manos y esa rapidez para sacar cualquier melodía, que ni hasta jingles de comerciales o canciones de los dibujos animados se salvaban. Pedro sabía que para atreverse a pedir la guitarra había que tener claras dos cosas: La burla o el aplauso. Raúl secaba el vaso lleno de Ron y lo pasaba por la derecha, luego, ojeaba a los valientes del muro y alcanzaba la guitarra al que se le antojaba retar o escuchar.

Pedro, después de pasar varias semanas en el muro, aprendiendo «al paso» el arte de tocar la guitarra, quería demostrar su arte. La noche había llegado. Raúl tocó la última canción que había sacado al oído, su última hazaña, cuando «el manos chicas», con voz baja y quebradiza, dijo: «Me pasas la viola».

«Pedrín, el manos chicas», fue bautizado en la cuadra, cuando de niños, se puso de arquero y todas las pelotas se hicieron goles en su arco.

—Me pasas la viola —repitió.

—¡Carajo!, ¿qué pasó aquí? — Raúl contrapunteó.

—¿Puedo tocar algo? —dijo Pedro.

El silencio de cuatro segundos, hizo una nota redonda. Las miradas y la guitarra fueron a parar a él. Todos se acercaron, cerrando y achicando el círculo, despacio y con la extrañeza en sus rostros. Callados, nadie quiso romper la armonía silenciosa que había creado la expectativa de escuchar a Pedro «el manos chicas».

—*Unicornio* —dijo Pedro mientras terminaba de acomodarse.

«¿De quién es esa?», pensamos varios y el Chino Tijeras gritó: «algo conocido, pes».

Pedro descansó la guitarra sobre su delgado muslo derecho. Sus dedos huesudos buscaron las cuerdas que les correspondían y la mano derecha se apoyó tímido en la cadera de la madera. Empezó. Conforme la canción iniciaba uno podía imaginar que iba a mejorar. Entre acorde y acorde, que dibujaba la canción, una pequeña pausa aparecía. Sus dedos se apoyaban un poco mal sobre las cuerdas opacando las notas, «es porque está

nervioso», pensé. Pero abrió la boca para iniciar el canto «miii uNicooORniO AZul», la verdad destruyó esa canción y dejó adoloridos los oídos de todos.

De pronto, una carcajada escandalosa rompió el silencio de la cuadra como si fuera un disparo en la noche. «¿Qué tocas, oe? ¡Mejor quédate callado! ¡Me estás rompiendo los oídos! ¡Cantas hasta las huevas, y no tocas ni un carajo!», salió de la afinada boca de Raúl, y mientras le quitaba la guitarra llegó el tiro de gracia: «Encima, cagaste mi turno. ¡Huevón!».

Todos seguimos a Raúl, que partió al parque entre risas y burlas. Pedro, callado e inmóvil donde tantas veces se ponía a escuchar a los demás, se quedó con el corazón partido en trozos y la mirada congelada en el suelo, alumbrado por el apenado foco de luz a punto de extinguirse.

El grupo recordó lo sucedido en el muro por varios días, era la anécdota de la semana, mejor que cuando vinieron los del otro barrio y trajeron, bacanes, una guitarra eléctrica a la fiesta de la gringa Mónica. «¡Eléctrica!». Misteriosamente sus cuerdas se reventaron, ahí nació el apodo del Chino Tijeras.

El punto de reunión preferido dejó de ser el muro de la esquina y el parque fue el que se alegró con las canciones. A Pedro no se le vio más por ahí. El chino contó que una vez, lo encontró en el paradero con su abuela y Juanca que se lo cruzó en el quiosco de periódicos de la esquina.

—Me ha contado la negra del quiosco que «El manos chicas» espera con ansias todas las semanas la revista *Guitarra Fácil* —confesó al grupo, Juanca.

—Empieza tú —me señaló Raúl.

—¿Y qué más te contó? —dijo con tono de vieja curiosa el Chino Tijeras.

—¡Toca! ¡Toca! —se impuso Raúl y prendió un pucho.

Mientras me decidía por Los Beatles o The Cure, doblando la esquina, Pedro apareció. No quise empezar. Silencio.

—¿Oe, y? —se oyó cortar al chino.

—Ahí —dijo Pedro.

—¿Qué hay? —preguntó Juanca.

—Nada, tranqui —dijo Pedro al mirar la guitarra apoyada en el pasto seco.

—Una cancioncita, «dedos locos» —grito Raúl soltando una carcajada.

Los demás empezaron a vacilarse por la nueva chapa, «dedos locos».

—Puede ser —Pedro se acercó hasta la guitarra y la cogió, confiado.

—¡Chucha! Estás con ganas. —incredó Raúl y siguió hincando —*Unicornio de Silvio, ¿no? ¡De dos lo cos!*

Pedro se acomodó, sereno como músico viejo, y empezó el tema. Hizo sonar los dos primeros acordes cuando...

—¡Basta, huevón! —Raúl se acercó y tapó las cuerdas con su mano—. Es así—. Le quitó la guitarra y la tocó, la tocó igualita.

Nosotros nos acercamos para escuchar mejor, dejando atrás a Pedro, quien sin decir nada, retrocedió callado, y se alejó en dirección a su cuadra. Juanca conocía el tema, pero no quiso arriesgarse a cantar, ninguno lo haría. Nadie se iba a exponer al roche de ser silenciado y choteado, como Pedrín, el manos chicas, el dedos locos.

Las horas transcurrieron, ni el ron que compramos hizo que la noche se calentara y la mancha se despidió. Camino a su casa, Raúl, vio en el ex muro de las guitarreadas, una sombra con frío.

—¡Anda a tu jato, oe, ya es tarde! —gritó Raúl.

—Enséñame —dijo Pedro con voz entrecortada.

—Lo tuyo es imposible, caso perdido...

—¡Quiero aprender!

—¡Carajo, que terco eres! ¡Mejor vende anticuchos como tu abuela!

Raúl lo levantó del muro y caminaron en la misma dirección hacia sus casas. En la puerta de Pedrín, se despidió Raúl.

—¿Tienes guitarra? —indagó Raúl.

—Está rota y sin cuerdas —respondió Pedro.

Raúl estiró la mano que sostenía su instrumento y se alejó. Mientras se iba, Raúl amenazó.

—¡Cuídala como a tu abuelita, sino te saco los dientes! Mañana vengo por ella.

Encerrado en su cuarto con la guitarra de Raúl, Pedrín empezó a practicar, pero su abuela lo cayó. La inquietud de que sea de mañana era tanta, que pasada la medianoche, Pedro seguía abriendo sus ojos como si fuera el mediodía. Se acostó recién a las tres y sin poner el despertador se levantó a las siete en punto. Había escuchado de su abuela que las mejores cosas se aprendían cuando se está con el cerebro fresco. «Al que madruga, Dios le ayuda», se lo repitió tantas veces al oído que recién comprendió.

Un atardecer, después de varios meses, volvimos al descascarado muro de la esquina con toda la mancha. Pedrín, con varios vasos encima, se animó otra vez. *Unicornio* de Silvio. Aunque esa canción había pasado de moda, Raúl nos lanzó una flecha con sus ojos, y quedamos en silencio, expectantes. Dedos Locos abrazó la guitarra con seguridad, la apoyo en su pierna, revisó la afinación, y esperó unos segundos con una respiración profunda. Empezó la primera nota, nervioso, pero concentrado, con sus dedos tensos, mirando fijamente sus manos duras. El unicornio mismo salió a escucharlo curioso. La primera nota errada, me sacó una mueca ligera y mínima, la segunda cuerda mal arpegiada, hizo cerrar abrupto y repentino mis ojos, en el tercer traste mal pisado, soltó un «¡Ay!» y una gota de sudor rodó por la mejilla, en la cuarta estrofa tarareó la letra olvidada, con el bajo en la quinta gritó un gallo madrugador, y cuando intentó con la sexta, nunca sonó y terminó. Más de cinco minutos de sonidos disonantes, ruidos destemplados deformando la brisa del parque y letras embarradas de olvido. Cinco minutos y después, miradas incómodas, silencios inquietantes. El silencio no duró mucho. El Chino empezó a estallar de risa y todos, lo seguimos. Todos, menos Raúl. Él apoyó la botella de ron en el muro de la esquina y juntando sus manos, tiró unos aplausos. Luego, gritó fuerte la nueva chapa de Pedro.

—¡An ti cu cho! —y sonrió.

Pedro también sonrió cómplice y me pasó la guitarra.

La Victoria de Víctor

Era Rey, pero no tenía corona. Así que hizo una reservación días antes.

Llegó a las diez en punto de la noche, era una cita infaltable y como todos los miércoles, entró como un león en la sabana. Las señoritas que atendían lo condujeron a una ubicación especial, un sillón estratégicamente situado frente a la pantalla más grande del recinto. Desde ese lugar, todas las mesas podrían apreciar la voz intensa y poderosa de Víctor Rey. Y eso, para él, era lo más importante. Más que un cantante, era la estrella. Llegó solo, con el terno verde oscuro, la corbata roja y con el pelo recién engominado.

—Aquí tiene, señor Rey —sonrió la señorita que le trajo su habitual jarra de cerveza.

—Un momento —Víctor agarró un papelito y anotó rápido y de memoria algo que no tenía sentido—. Estas son para calentar —y se lo dio.

Las letras y números sobre el pequeño papel blanco eran un código, este viajó como una alfombra voladora a ese pequeño cubículo, restringido, oscuro, donde un genio salido de una botella, cumplía los deseos musicales de los clientes.

Una voz engolada, de esas que estudiaron locución radial, escapó por los parlantes y anunció: «mesa 2, Guillermo Dávila, *Solo pienso en ti*».

Al karaoke Sopranos llegaban diferentes grupos de personas: amigos de oficina buscando un momento para desestresarse de los gritos del jefe, entusiastas cantantes con ganas de atinar algunas notas en la melodía, grupos de chicas pidiendo canciones despechadas, y otras veces, parejas de enamorados que a voz en cuello juran su amor incondicional. Así estaba la mesa 2.

Víctor se acomodó en el gran sillón, como si fuera un trono, con su cerveza en la mano y prestó atención a la interpretación, mismo jurado de *reality*. El Rey movía la cabeza y su dedo pulgar, arriba o abajo, como salvando vidas o condenando.

Cuando terminó la canción, algunas personas aplaudieron entusiastas y los jóvenes enamorados juntaron sus labios, mientras una de las señoritas recogía el

micrófono inalámbrico de la mesa. Por los parlantes la voz sin rostro dijo: «mesa 3, los embajadores criollos, *ódiame*». Un grupo de chicas empezó a gritar eufóricas y en grupo: «*Ódiame por piedad yo te lo pido, ódiame sin medida ni clemencia, odio quiero más que indiferencia, porque el rencor hiere menos que el olvido*».

Víctor Rey no conocía los karaokes hasta que una novia lo llevó como quién salía a un bar. El entrar a ese espacio lo hizo sentirse un ser especial. Eso es lo único bueno que recordaba de esa relación. «Es como cuando un artista se para en el escenario frente a cincuenta mil personas», pensó al entonar por primera vez un tema de Nino Bravo. Fue tan potente la vibración en su cuerpo que quiso regresar a la semana siguiente, pero ella se aburría. Dos semanas más tarde Víctor volvió solo, igual que su nuevo estado. Se hizo un ritual, el empezar la noche con esa canción.

De la cabina salió un joven de estatura baja. Era imposible asociar su extrema delgadez con su engolada y peculiar forma de anunciar las canciones. El joven le indicó a la azafata la mesa siguiente y cerró la puerta. La voz de otro cuerpo anunció: «mesa 4, Nino Bravo, *Un beso y una flor*».

A Víctor Rey le gustaba recordar cómo era antes esa magia, ese espacio para cantantes como él. Uno pedía una canción específica entre miles y el código se convertía tarde o temprano en música. El mago era el video-jockey que, dentro de un cuartito, con torres de reproductores de DVD y televisores, se encontraba sentado frente a una consola de audio. A su alrededor, esperando en el piso, cientos de columnas de álbumes llenos de discos ansiosos de ser usados. Al costado de la puerta, cargadores de baterías para los micrófonos inalámbricos, en una fila, firmes como soldados. La habitación pequeña tenía una ventana con vidrio espejo y por un pequeño agujero redondo, como esos que se ven en las casas de cambio, una de las señoritas le entregaba los papelitos. El VJ leía el código y, como si fuera una rockola humana, localizaba al instante el álbum y en menos de tres segundos tenía en sus manos el disco elegido. Ahora, todo se encontraba al alcance de una tecla.

El «Rey» recibió el inalámbrico y, en vez de leer desde su trono la gran pantalla, al escuchar las primeras notas de la canción, se paró a cantar frente a las demás mesas: «*Dejaré mi tierra por ti, dejaré mis campos y me iré, lejos de aquí, cruzaré llorando el*

jardín y con tus recuerdos partiré lejos de aquí...». Parecía la reencarnación de Nino Bravo. Para las demás personas, esa voz en boca de Víctor, era idéntica a la original.

Ni bien terminó, las mesas empezaron a aplaudir, las chicas de la mesa 3 gritaron como locas y la mesa 2 reanudó los besos. Una sonrisa se dibujó en la cara de Víctor Rey, quien agachó la cabeza para dar las gracias por el cariño y, triunfante, glorioso, bebió un largo trago de cerveza.

Luces a contraluz con tonalidades de color amarillo, amplios sillones con cojines cómodos, señoritas atentas a cualquier pedido, risas, aplausos y gritos eufóricos ponían el ambiente festivo en el karaoke. El audio jugaba un papel importante, tenía un efecto de reverberación como si se cantara en un gran estadio, y eso le daba a las voces más calidez y potencia. En especial, a la voz de Víctor.

«Mesa 5, Poison, *Every rose has It's thorn*» sonó y el grupo de oficinistas se pasaba el micrófono, nadie se atrevía a cantar, les daba timidez después de escuchar a Víctor, hasta que dos valientes, sazonados por la ronda de pisco sour, se animaron. Si alguna persona de habla inglesa se encontraba en el recinto, habría muerto de un infarto. El asunto era divertirse y el grupo aplaudió entusiasmado a sus compañeros. Para Víctor esa noche era especial, única y había logrado deslumbrar con su primera interpretación. «Es hora de disfrutar la gloria», se dijo mientras pedía otra jarra de cerveza.

Una pausa tensa, larga, se dio en el ambiente. La gran voz del pequeño hombre que anunciaba cada tema parecía no encontrar la canción que seguía. En un rincón, una mano femenina recibía el inalámbrico. Era una mujer de más o menos treinta y pico. Una copa de vino sobre la pequeña mesa redonda hacía notar que la dama no tenía acompañante. Su saco le apretaba el cuerpo y se soltó el único botón que tenía puesto. Miró la pantalla y se acomodó los lentes. La mujer empuñó suavemente el micro y lo acercó, muy lento, a un centímetro de sus labios pintados de vino. De repente «mesa 1, Alejandra Guzmán, *Hacer el amor con otro*», las chicas de la mesa 3 se entusiasmaron y empezaron a fastidiar a una del grupo. «*Amanecer, con él, a mi costado no es igual que estar contigo, no es que esté mal, ni hablar, pero le falta madurar es casi un niño...*». La mujer se había transformado totalmente, esa apariencia inofensiva se borró cuando empezó a cantar la primera frase. La fuerza de su voz y la entonación eran excelentes, por decir lo menos. Todas las mesas se quedaron escuchándola muy atentos y cuando empezó

el coro, las chicas secundaron gritando a todo pulmón: «...*hacer el amor con otro, no, no, no, no es la misma cosa, no hay estrellas de color rosa...*». Víctor solo se sirvió más cerveza y escuchó. Cuando la mujer terminó de cantar, todo el karaoke explotó y retumbaron los gritos. La chica de la mesa 2 se paró para aplaudir, era tal su entusiasmo que su pareja se quedó pensando. Una de las señoritas que atendía muy cerca a la mesa de Víctor comentó con otra «que linda voz, es la primera vez que escuchamos algo así». Víctor levantó la mano para pedirles algo, pero ellas lo ignoraron.

Mientras, la voz invisible de los parlantes anunciaba «mesa 2, *Cómplices, Es por tí*». Víctor levantó la mano otra vez para ser atendido. «¿Quién es esa mujer?», se preguntó mientras la misteriosa dama, que había opacado su voz, bebía su vino. «¿Por qué no se busca otro karaoke?», pensó Víctor, ese era suyo, ahí él era el rey. Contrariado, en un papelito anotó rápido CP2-509 y se lo dio a la señorita.

«Mesa 3, Alejandro Sanz, *Corazón partío*», todas las mujeres del recinto suspiraron. En el grupo de chicas, dos de ellas cantaron abrazadas: «*Ya lo ves, que no hay dos sin tres, que la vida va y viene y que no se detiene y, qué sé yo...*». Víctor esperó a que acabaran pronto. Sus nudillos golpearon la mesa. Esa sonrisa de campeón, no era la misma, había desaparecido. El aplauso y el grito de las chicas dieron paso al «mesa 4, Nino Bravo, *Libre*». Esta vez, Víctor recibió el micro y se quedó sentado, miró de reojo a la mesa de la mujer, pero ella, sin prestarle atención, siguió con su copa. Víctor empezó a cantar tranquilo y cuando el coro llegó, un impulso más fuerte que él, lo hizo levantarse, dirigirse al estrado delante de la pantalla y cantar con toda potencia. «...*Libre, como el sol cuando amanece, yo soy libre como el mar; Libre, como el ave que escapó de su prisión y puede, al fin, volar...*». La mesa de los enternados aplaudió y uno del grupo exclamó: «es el Nino Bravo peruano». Lentamente, la misteriosa mujer tomó un sorbo de su copa mientras escuchaba atenta la voz de Víctor, pero siempre con los ojos en la letra que aparecía en la pantalla. «...*Libre, como el viento que recoge mi lamento y mi pesar, camino sin cesar, detrás de la verdad y sabré lo que es al fin, la libertad*». El flaco de la voz radial se asomó por el agujero de la pequeña ventana para mirar lo que ocurría. Las señoritas que atienden recogían más pedidos de cocteles y jarras de cerveza. Cuando acabó su interpretación, todos gritaron y Víctor se inclinó agradeciendo los aplausos, luego giró sutilmente a mirar a la mujer y la sonrisa ganadora volvió a su rostro.

Después de *Un millón de amigos* de Roberto Carlos, le tocaba nuevamente a la mesa 1, de la mujer que había osado invadir el karaoke que por ley natural era de Víctor cada miércoles. Ella, muy tranquila pidió otra copa de tinto, era su turno.

—Mesa 1... —dijo la voz del VJ por el parlante.

—Segurito que otra de Alejandra Guzmán —susurró Víctor.

—...Cristina y los Subterráneos...

—Algo de España, quiere guerra —dijo más fuerte.

—...*Dile a papá.*

—Esa se llama: *Voy en un coche* —reclamó, como buen conocedor de los grupos españoles.

Ni bien empezaron los primeros punteos rockeros, Víctor dejó el vaso vacío y volteó hacia la desconocida cantante, que toda emocionada se levantó para acercarse al estrado, espacio que solo pisaban los valientes.

—*Dile a papá, que me voy de la ciudad...*

—Vete de este karaoke, no más —murmuró Víctor.

—*Dile a los chicos, que no volveré más.*

—¡Promételo! —gritó.

La gente de las otras mesas festejó la gran actitud de la pequeña mujer. Las chicas explotaron cuando la mujer en un arranque eufórico, se quitó el apretado saquito y lo hizo girar en el aire. Las anfitrionas apuradas entregaban los pedidos de piñas coladas, chilcanos con sabores exóticos y pisco sours.

En el sillón, Víctor decidía la siguiente. «Ya van a ver la que armaré, todos se van a caer de espaldas», pensó. La mujer regresó a su sitio, seguida de varios segundos de gritos, aplausos y un par de silbidos que lanzaron los enternados. El administrador del Karaoke le envió emocionado otra copa de vino como cortesía de la casa, algo que nunca se había visto. Cuando los aplausos cesaron, por los parlantes empezaron a sonar

trompetas. Víctor reconoció esa melodía como suya y la chica que alcanzaba los micrófonos se dirigió a él. En las pantallas apareció: «VIVIR ASÍ ES MORIR DE AMOR, CAMILO SESTO». Pero el inalámbrico pasó de largo y fue a las manos de los oficinistas. «Pero si esa canción es mía, yo la he pedido, es mía, mía», se repetía y daba vueltas por su cabeza. Levantó la jarra para llenar el vaso y otra vez «mía, mía». La mesa cantaba con gallos y risas. «*Siempre me traiciona la razón y me domina el corazón...*». La mujer también aplaudía entre risas a la mesa 5. Víctor, caluroso, se quitó el saco verde y se limpió la frente. «... *Y ya no puedo más, ya no puedo más, siempre se repite la misma historia...*», cantaba el grupo y era lo que coreaba Víctor en su mente. No podía cantar algo que ya estaban entonando, era como una falta de respeto y él sabía muy bien las reglas de conducta en un karaoke. «... *Vivir así es morir de amor...*», Víctor caminó hacia el letrero de acceso restringido, golpeó la puerta, pero nadie abrió, miró por la ventanilla y vio al video jockey sentado en el piso, engullendo una hamburguesa gigante. El «Rey» metió su boca por el pequeño agujero y silbó, fuerte, agudo. Del susto, el muchacho se atoró y tosió un par de veces.

—¡Cambia mi tema! —gritó Víctor para que le escuchara.

—Ya están programadas —se le entendió al muchacho, a pesar de la carne y el pan a medio comer.

—No jodas. Me cambias la puta canción. Toma el código.

—Señor, respetos guardan respetos.

Los oficinistas empezaron a repetir el último coro y Víctor gritó desesperado:

—¡Se acaba la canción!, entiende, ¡Cámbiala! Ahí tienes el nuevo pedido —y corrió a su sitio para recibir el micro.

Pasaron unos segundos, apenas pudo meterse la camisa y acomodarse la corbata roja. El inalámbrico llegó a su mesa y el grupo de chicas protestó porque era su turno, pero ya era tarde. El «Rey» se preparó, se puso en posición, respiró profundo y escuchó: «Mesa 4, Juan Gabriel, *Querida*». «Esa no es la canción», dijo y atravesó con sus ojos el agujero de la pequeña ventana. El joven videojockey, mientras se reía, colocó el video pedido. «Mesa 4, Camilo Sesto, *Celos*». Y sin darse cuenta, el «Rey» empezó a cantar su verdad. «*Siento celos, es seguro que son celos...*». A pesar de cantarla concentrado, era

el único así, pues todos seguían imaginándose, cómo hubiera sido escuchar esa voz potente y varonil interpretando *Querida* de Juan Gabriel. Al terminar, aplaudieron sin entusiasmo, como cumpliendo, porque había que aplaudir al final de cada canción y punto. La atención estaba en otro lado. La mujer no aplaudió, escribía en uno de los papelitos. Víctor miró rápido el local y luego a la mujer. Tiró el dinero de su cuenta sobre la mesa y mientras se dirigía hacia el baño, pasó cerca de las chicas que gritaban: «*Help! I need somebody. Help! Not just anybody. Help! You know, I need someone. Help!*». Al salir de los servicios, incrustó su mirada sobre la mujer del vino. Confundido, se dirigió a la salida y en la puerta se volvió a verla, otra vez. Ella lo miró por un instante y levantó el micrófono, la esfera de metal rosó sus labios pintados de vino. «Mesa 1, Ella baila sola, *Amores de barra*». Y al cantar, ella, con la otra mano sosteniendo la copa, volteó a mirar al «Rey», desafiante. «...*Amores de barra, y un lápiz de labios mal puesto en el baño, colirio en los ojos, pegote de rímel, la copa en la mano y vuelvo a tu lado...*». Víctor salió del karaoke, cerca de él, un letrero en letras verdes decía: «Salida de emergencia».

Afuera, la noche parecía recién comenzar. Ver la avenida, repleta de carros y parejas que seguían sus instintos, le dieron ganas de regresar. El vigilante, que siempre estaba en la puerta del karaoke, se despidió muy cortés, pero lo notó algo extraño. Víctor caminó unos metros y se detuvo en la esquina, miró la puerta del karaoke, prendió un cigarrillo y esperó, impaciente, caminando de un lado para el otro. A los pocos minutos, la mujer del vino, apareció. Víctor no pudo contenerse. Tiró el pucho y fue directo a ella. La mujer lo vio venir, se detuvo, cerró los ojos. Víctor aceleró el paso y levantó sus brazos en dirección al cuello. La mujer se quedó congelada y él, sin decir nada, se aventó a sus labios. La besó muy fuerte, apasionado, y ella respondió acariciando su espalda.

—Hoy me ganaste, pero el fin de semana me desquito en el karaoke de Aviación.

—Esos son mis territorios —señaló ella.

—Vamos, ahora cantarás solo para mí —susurró Víctor en la oreja de la mujer.

—¿Cantar? ¿Quién quiere cantar? —sonrió Victoria.

La mano sobre el muchacho

*Take me on a trip upon your magic swirlin' ship
My senses have been stripped, my hands can't feel to grip
My toes too numb to step*
Bob Dylan – Mr. Tambourine man

Corrió diez pasos con la billetera del muerto, pero como nadie le gritó «¡ratero!», se detuvo, miró a los lados y caminó despreocupado, mientras metía sus dedos sucios en la oscuridad del objeto robado. Un buitre de la noche.

Un minuto antes, en la calzada, el viento sopló como un tren, de repente, un golpe seco resonó entre las paredes y rejas de las tiendas. En la solitaria calle, un cuerpo deslizó muy despacio su espeso y tibio líquido. Solo el polvo en la vereda se abrigó con el chorro de sangre que seguía su curso como un río de lava.

Segundos antes del accidente, el chofer pestañeó, el cansancio lo había vencido. Ni Chacalón a todo volumen pudo mantenerlo alerta o despierto. «*Busco una nueva vida en esta ciudad ah ah. Donde todo es dinero y hay maldad ah ah*».

—¿Quién es? —se escuchó muy bajito al joven cobrador que se agarraba con las dos manos la cabeza golpeada.

—No tiene papeles —afirmó el único pasajero, quien mostrando su carné de policía, revisó los bolsillos y sin que nadie lo viera, quitó un billete arrugado del bolsillo chico del jean—. Pásame el periódico —le dijo al cobrador.

—¿Tiene algo en la mano? —observó el joven.

—¡No hay nada! —dijo el policía y lo cubrió.

—¡No lo vi, carajo, no lo vi! —interrumpió el chofer asustado, como excusándose con el policía.

—¿Qué no ha visto? —preguntó el hombre del carné al chofer que caminaba de un lado para otro.

—¿Tío, que no has visto? —repreguntó el joven, ingenuo y rascándose la cabeza.

El asfalto empezó a reflejar, por la tímida garúa, el moribundo brillo de un foco a punto de extinguirse y los periódicos arrugados del día anterior abrigaron al solitario cuerpo inerte de la madrugada.

El policía, vestido de civil, subió en silencio a la inclinada combi y al ver, a través de las ventanas, la calle oscura y vacía, echó una mirada al conductor por el espejo retrovisor. El chofer, con un gesto de la mano, pidió el sencillo del día y encendió el motor. El joven cerró con fuerza la puerta a punto de caerse. Los tres, sentados en la combi, partieron y se ahogaron en la penumbra de la noche.

Cuando el cielo se pintó de color azul. La calle fue despertando con los primeros transeúntes y puestos de ambulantes. El humo oscuro de los vehículos se fundía con la neblina blanca. Una carretilla llena de panes con huevo frito y un balde de leche con quaker, era empujada por una anciana. La señora acostumbraba a ponerse más pegada a la esquina, pero ese lugar había sido tomado por la chica que preparaba jugo de naranja y por el emolientero. Así que, para no hacer problemas, colocó su puesto unos metros más allá. Algo ocupaba ese espacio. «¿Qué basura es esta?», pensó y, al acercarse, su respiración se contuvo. Hacía muchos años, desde que encontró a su hijo muerto, que no sentía ese escalofrío. Cuando por fin pudo soltar la respiración, uno de los periódicos que cubría el cuerpo se levantó con el viento denso. Algo brilló entre los dedos del muchacho. La anciana se acercó. A pesar de la rigidez, el puño del muchacho pareció abrirse y ella, confundida, distinguió algo que parecía reconocer. Su vista cansada se acercó. Era una pequeña armónica, como la que tenía su hijo fallecido. La anciana se contuvo, no quiso gritar. En silencio, permaneció inmóvil junto al cuerpo. Las tiendas abrieron sus puertas, los buses congestionaron el tránsito y la gente se amontonó frente a los otros ambulantes o caminaban apurados cerca de ella. De pronto, un joven cobrador llamó con sus gritos a los pasajeros que se arremolinaron en la destartalada puerta de la combi. La anciana se arrodilló al lado del muchacho, respiró la turbia indiferencia de la calle y posó, cerrando sus ojos, su temblorosa y cálida mano sobre la del muchacho. En ese instante, la armónica pudo descansar en paz.

El reloj y el violín

—¿Practicaste?—preguntó don Hugo, mi maestro de violín.

Don Hugo, saca el redondo y rojo reloj despertador, como cada vez que viene a darme clases. Es lo primero que extrae de su desgastado maletín de cuero. Lo pone sobre la mesa e indica la hora de inicio. Cada vez, al terminar, guarda el violín, las partituras y al último, el redondo reloj rojo.

Mañana a primera hora se decide mi destino. Me estoy quedando sin uñas de tanto esperar el día. Los últimos domingos familiares los pasé metido en mi cuarto, practicando. No quería ver a nadie y si algún familiar llegaba de visita, no salía ni a saludar. Prefería evitar la pregunta: «¿Y ya estás estudiando?».

Don Hugo camina un poco encorvado, siempre viste ternos más grandes que él y tiene el rostro parco, marcado por los años. Cuando habla, dice justo lo necesario. Mi tía me contó que don Hugo, en sus años de juventud, hacía soltar lágrimas al público cuando ejecutaba algún solo de violín con la sinfónica. A los setenta años, dedica su tiempo a enseñar. Creo que, si no pudiera hacerlo, hace rato sería solo un recuerdo. Estaría muerto.

Esta es nuestra última clase. La última después de varios meses. Mañana, si no apruebo el examen al Conservatorio, no estoy seguro de poder seguir con este sueño.

—Mañana es el día. ¿Comenzamos...? A - C - E - D - C - B, toca esas notas —y me escucha atento—. ¡No! —Grita y frunce el ceño—. Empieza otra vez, pero sin equivocarte —y cierra los ojos.

Tengo seis meses con don Hugo, mi maestro. Otros comienzan desde muy niños. Yo, desde que lo descubrí. Fue cuando estuvimos de visita en la casa de mi tía Hilda, en uno de los álbumes encontré unas fotos de mi abuelo. Él estaba tocando un violín. Mi tía me contó que formaba parte de un trío junto con un arpista y una cantante. «Siempre participó en las fiestas patronales de Carhuaz», recordó mi madre. «Eras muy chiquito cuando fuimos a visitarlo al pueblo». En ese momento, floreció el zumbido del violín como un fresco viento andino y estremeció mi pecho.

En mi casa no había ningún instrumento y lo poco que escuché de música fue en las fiestas familiares o mientras viajaba en las combis, como cuando fui a la plaza Dos de Mayo. El día de mi cumpleaños número dieciocho, mi tía Hilda me regaló un sobre donde tenía escrito: «para tu primer violín». Llegué, aplastado, sudoroso, pero feliz. Cientos de tiendas repletas de instrumentos musicales se abarrotaban en las puertas, como queriendo escapar en busca de unas manos que les dieran vida. Estaban colgados, cubiertos con bolsas transparentes o presos en vitrinas que hacía imposible respirarlos, tocarlos, sentir sus maderas.

En la quinta tienda, lo encontré, inanimado. Un frío vidrio nos separaba, esperando revivir en mis manos con su primer chillido. En ese instante, un huayno con arpa y violín inundó el ambiente. Era una señal del abuelo.

El violín tenía una tonalidad rojiza y un brillo que lo hacía destacar entre todos los demás. «Este violín es el último que ha llegado», dijo la señora de la tienda, abriendo la puerta de vidrio y ofreciéndomelo. «Mil soles, baratito» dijo la mujer. Mi mano se quedó en el aire incapaz de tocarlo. Señalé el del costado. «Seiscientos soles, a quinientos noventa te lo dejo». «El otro», pregunté. «Ese es el más barato que tengo, quinientos solcitos».

—¿Practicaste los ejercicios de Kreutzer? —Pregunta don Hugo, muy serio—. Bien. Ahora toca con esta partitura, suave, como caricia. No aprietes mucho el arco, lento..., deja que fluya la vibración, que corra por todo tu cuerpo. ¿Has afinado? —pregunta con el entrecejo fruncido.

Esa tarde, después de dar vueltas por Dos de Mayo, llegué a mi casa sin nuevo integrante. En la sala, me sorprendió ver a mi tía Hilda, sentada en el sofá. Tenía apoyado en sus rodillas un estuche viejo de cuero. Era el violín del abuelo. Ella lo había conservado. Era un tesoro. «La plata que te di que sea para ayudarte a pagar las clases, tengo un amigo que te puede enseñar». La tía Hilda y don Hugo habían estudiado juntos en el colegio. Me contó que no había actuación donde él no participara y que hasta los profesores de música lo admiraban. Gracias a mi tía —supongo que debe ser por su edad, pues es la mayor de la familia, y todos le guardan respeto—, consintieron que yo tomara lecciones. Solo podía pagar una hora por semana.

—¡Sigue la partitura! Así —y solfea señalando cada nota con su dedo—. ¡Enfócate!

El «Don», así llamo a mi maestro, es demasiado reservado. Cada vez que viene, yo quiero escuchar sus anécdotas, pero él se concentra en la lección a pesar de las interrupciones familiares. «Ya sacaste al perro». «Botaste la basura». «Chino, más bajito que estoy viendo el partido». El «Don» ni se inmutaba, pedía un vaso con agua, sacaba de su maletín, el reloj que ponía sobre la mesa y empezábamos. La primera vez que vino a mi casa fue muy claro: «El violín necesita práctica para sonar bien, sino se reciente». El viejo era especial hasta para terminar la lección: «No me despido, nunca me despido cuando sé que voy a volver», dijo la primera vez que vino. Después, cuando recogía sus cosas, indicaba: «Sigue practicando, quiero escucharte». Todas las veces hacía el mismo ritual, se ponía el saco grande que había acomodado en la silla de madera, guardaba su violín en el viejo estuche, recogía las partituras del atril, y al último, como siempre, cogía de la mesa su redondo reloj rojo y yo practicaba en mi violín, mientras él, encorvado, caminaba lento hacia la puerta y se iba sin despedirse.

El dinero para las clases lo consigo, atendiendo a la gente, en una pizzería. No quiero trabajar en la ferretería de mi padre. Si estuviera ahí, él estaría repitiendo a cada rato: «Tienes que acostumbrarte a trabajar si quieres estudiar esa vaina. Yo solo voy a pagar por un estudio útil, algo que valga la pena».

Mi violín es un «sin nombre», pues no tiene marca ni firma del lutier que lo construyó. Para mí, es hermoso, un tesoro. «¡Tiene buen sonido!», dijo sorprendido mi viejo maestro cuando lo hizo sonar entre sus manos por primera vez. El primer día de clase estuve nervioso, no sabía nada, ni las notas musicales y mucho menos qué eran esas rayas que el viejo llamó pentagrama, donde dibujó unas bolitas con palitos. La primera impresión fue la de estar viendo a un arqueólogo descifrar jeroglíficos egipcios, quizá estos habían sobrevivido hasta nuestros tiempos y solo un músico como él los podía interpretar.

—Espera... ¡No toques! —Grita, don Hugo y coge su violín—. Mira y escucha, así... ¿Lo ves?

Tocar violín fue más difícil de lo que pensaba. «¡Ya deja de tocar ese violín, Chino!», se quejaba mi hermana. «¡Estudia una carrera corta!», suplicaba mi madre.

«¡Voy a romper ese violín!», gritaba mi viejo. Los tres en el oído, zumbando como zancudos, una y otra vez en contrapunto. «¡Estás loco Chino, te vas a morir de hambre!». «¡Maldita la hora en que Hilda trajo ese violín!». «¡La ferretería te va a dar más dinero!». Los domingos, cuando la familia venía a visitarnos, mi viejo seguía: «Canta Chino, canta y toca, esta es la prueba», y sacaba el violín. «Ya pues, acompaña el karaoke de música criolla», y subía todo el volumen, menos mal que la emoción de las cervezas hacía que todos aullaran a voz en cuello: «*Yo la quería patita, era la gila más buenamoza del callejón...*».

—Tocaré unas notas y me dirás cuáles son —don Hugo esconde el diapason de mis ojos y hace un sonido— ¡Concéntrate! Lo haré de nuevo —y vuelve a tocar el violín—. Es Do —revela y suspira.

Creo que mi maestro notó en mí, empeño, convicción y muchas ganas. Practicaba mínimo una hora todos los días. Hasta mis amigos del barrio vieron la diferencia, dejé las pichangas del domingo para practicar con el metrónomo a cuerda que me prestó el «Don». Mi tempo y la precisión con el arco eran mi talón de Aquiles. En mi viejo celular podía grabar las melodías y escucharlas. Tocaba una y otra vez, grababa, escuchaba y repetía. «¡Concentrado! ¡Relajado!», me insistía el «Don». «Escucha y escúchate». Otras veces buscaba alguna pieza clásica y con la partitura hacía malabares para seguir la melodía. Cada semana, la emoción de mi profesor se hacía más evidente, mis lecciones pasaron a ser de dos horas, con el beneficio de que solo me cobraba una. El entusiasmo hizo que poco a poco empezaran a salir más historias de su boca. Épocas de oro del baúl de sus recuerdos. Me contó como el mismo Velasco se levantó de su asiento para felicitarlo por la bellísima ejecución de la *Sonata a Kreutzer*, compuesta por Beethoven. Él sería la única persona importante que se le había acercado a saludarlo. Lo recuerda bien, pues tocó para muchos presidentes y dictadores.

—En la entrevista, quizá te pregunten sobre tus intenciones personales. Se tú mismo —advierte don Hugo y mira el reloj.

«Faaa», gritaba mi viejo cuando veía salir de mi casa a Don Hugo y mi hermana repetía: «Faaa». «Laa Miii», volvía a gritar y repetía: «Laa Miii». «Atención al Mi» y no entendía por qué siempre me jodían con lo mismo. Sus carcajadas hacían retumbar a toda la casa. «Einstein tocaba el violín», les respondía. Hasta que un día cuando mi madre

prendió la radio, pensé que también me vacilaba cuando escuché un «Faaa», y un violín repitió la nota. *El maestro de violín* era una canción antigua y no pude contener la risa. Hoy es la última clase con don Hugo y mañana será el examen, ¿entraré?

—Se acabó el tiempo —dice señalando el redondo y rojo reloj sobre la mesa —
Sigue practicando...

Y mientras yo sigo dándole a las notas, don Hugo se levanta. Toma con sus manos el saco y se lo coloca despacio. Guarda su violín en el estuche negro. Sus movimientos parecen más lentos de lo normal. Atento, me escucha, recoge las partituras del atril y después de acomodarlas en un folder, las mete muy despacio en su viejo maletín. Don Hugo camina lento hacia la puerta y se detiene en el umbral. Esta encorvado como mi arco de violín. Voltea y mira por un instante hacia la mesa y, sin despedirse, se aleja.

El último romántico

Lo más cercano que está del amor es cuando toca a Estela. Con las mismas manos que ahora abren y cierran las repisas de su pequeña cocina, buscando las sobras para aliviar ese vacío. Don Casimiro se casó muy joven y también lo dejaron joven. Se enamoró de la idea de que su mujer se llamase igual que su piano. Porque una cosa era Estela y otra era Estela, su mujer y su piano. Bautizó así el piano familiar cuando de niño practicaba sus primeros acordes con la canción de Leo Dan. Cuando Casimiro dominó el piano con ambas manos, las quinceañeras se le acercaban para invitarlo. Todos los fines de semana era lo mismo. «No te olvides de traer tu piano», señalaban antes de despedirse y él respondía siempre «teclado, llevaré el teclado». Mientras él jugaba con sus dedos sobre las teclas, otros acariciaban las cinturas de las jovencitas al bailar. Un buen plato de carapulcra y alguna propina para la movilidad de regreso eran su consuelo. Casimiro se fue formando como pianista; durante el día, estudiaba piano clásico en el conservatorio, y por las noches, ejecutaba la música de moda en las fiestas de cumpleaños. Cuando pasaron varias décadas, Estela siguió fiel a sus manos, pero las agasajadas prefirieron celebrar a todo volumen con un nuevo y frío equipo de sonido estereofónico.

—¡Estela! El café se acabó. ¡Carajo! —gritó desde la cocina Don Casimiro, rascándose la barba de cinco días.

Estela se encuentra en la sala, rodeada de partituras, con torres de libros que en sus tapas indican el método y el nivel de dificultad. Sobre la repisa, un cuadrado amarillo. Es el pequeño reloj calendario que le recuerda un par de cosas: la hora de ensayar y las deudas pendientes. Ya van a ser las cinco de la tarde.

—¡Solo nos queda un pan duro, y una bolsita de té! —reveló Don Casimiro, mientras cogía la taza blanca de fondo turbio, oscuro.

Cada domingo, a la misma hora, colocaba un café en la mesita junto a Estela. Hoy, sería una taza de té.

—¡Ay! —el pan de varios días sacudió sus dientes amarillos.

Después de remojar el pan en el té, buscó entre las rumas de papeles y sacó un par de hojas gastadas. Se acomodó en el taburete y con cuidado preparó las partituras sobre el atril de Estela. Cerró los ojos y ensanchó el pecho. El silencio a esta hora de la tarde era propicio para empezar a tocar a Estela. Hoy, su ánimo prefirió el concierto Nro. 1 de Tchaikovsky. Don Casimiro dispuso ambas manos a pocos milímetros de las blancas. Su pie derecho apretó el pedal fuerte, como si se tratase de un acelerador. Dio una bocanada y contuvo la respiración, balanceó su cuerpo hacia adelante y cuando iba a presionar el primer acorde, sonó el timbre.

—¡Carajo, otra vez, los vendedores de Jehová! —y juntó sus manos—. ¿Y si es un cliente? ¡Nos salvamos, Estelita!

En el centro de la puerta de madera, espera el ojo de pez. Don Casimiro pegó la luna de sus anteojos en el pequeño círculo y solo vio la vacía acera de enfrente.

—¿Quién es?

—¿Con el señor Casimiro Neyra? —se escuchó al otro lado de la puerta.

—Un momento —y giró la llave dos veces—. ¡Pianista Neyra, para todo tipo de eventos y clases particulares! —se presentó, emocionado.

El joven que había tocado el timbre ni siquiera lo miró. Tan solo entregó una hoja para que Don Casimiro ponga su autógrafo.

—Es mi cargo, quédese con el original —dijo el mensajero y siguió su camino.

Don Casimiro cerró la puerta, como siempre, con dos vueltas. Acomodó sus lentes y miró la carta. Tenía el logo amarillo de la casa de préstamos en la parte superior izquierda. A Don Casimiro no le gustaba leer en silencio, y tampoco pronunciar lo que leía, solo emitía sonidos guturales. Una tras otra, iban sonando las palabras como si tocara muy veloz las teclas del piano. De todo el mensaje una frase se quedó retumbando en su cabeza.

—Estela —susurró, tratando de que su piano no se diera cuenta.

Se acomodó en el taburete, respiró un par de veces como buscando una solución y se quitó los lentes, sintió las manos pesadas, miró la partitura borrosa, pero la frase

volvía una y otra vez: «*Si no paga, el piano marca Steinway & Sons será embargado*». Sobre la repisa el reloj amarillo le hizo recordar la deuda. De un manotazo lo aventó contra el parqué y este dejó de funcionar cuando las manecillas marcaban las cinco en punto.

—Y no me vengas a regañar, que tenía que curarte, te estaban comiendo las polillas. Y tus cuerdas, Estela, tus cuerdas casi tenían mi edad.

Don Casimiro quería pensar en otra cosa. Se colocó los lentes e hizo el rictus anterior. Respiró profundamente y cerró los ojos, sus dedos dibujaron en el aire una acorde, meció su cuerpo para dar el primer golpe a las teclas, pero el teléfono lo interrumpió. La primera reacción fue carajear, luego su rostro cambió.

—¡Pianista Neyra, para todo tipo de eventos y clases particulares! —pronunció con una voz gruesa y articulada—. Buenas. Sí. Sí. Claro que sí. ¿En este momento? Su aniversario de bodas. Es un romántico. Son cien soles la hora. Voy a ver mi agenda... — y demoró unos segundos mientras solo miraba a Estela y sonreía—. No hay problema, estoy disponible. Son las... —y miró los restos amarillos del cuadrado—, cinco. Sí, en un taxi llego máximo en treinta minutos, justo para la sorpresa. Estoy anotando. Ahí estaré, cinco y media en punto, no demoro, hasta luego.

En los contratos, Neyra podía cobrar más que por clases particulares, y estas se podían extender cuando las cervezas alegraban la noche. Si de algo se jactaba, era de su gran puntualidad. Tenía veinte minutos para llegar.

—¡Estela, viste! Y no creías en mí —y se dirigió veloz hacia el baño.

Después de una ducha rapidísima de tres minutos, con la desechable, trató de afeitarse, pero el filo nunca es el mismo después de varias semanas y los quince segundos se extendieron a sesenta. Tenía puesto el último calzoncillo limpio. Camisa blanca y el mismo saco negro de siempre. Sobre la mesa de noche, levantó al vuelo su antiguo reloj de pulsera. Estaba a la hora. Cinco y diez. En el maletín ya estaban las partituras, y el viejo teclado no podía salir con el estuche polvoriento. Mientras exprimía un trapo, pulsaron el timbre y golpearon tres veces la puerta. «¿Quién toca así?», y volvió a estrangular el paño.

—¡Un momento! —gritó desde la cocina y la puerta sonó insistente—. Estos sí parecen los vendedores de Cristo.

Con el estuche limpio y el saco roseado de perfume, Don Casimiro estaba listo para partir. Miró su muñeca, «cinco y quince» y giró la llave dos veces, sin antes preguntar.

—¿Qué le pasa? ¿Por qué toca así? —y colocó el estuche junto a la puerta.

Un hombre con camisa a cuadros, delgado, y con un bigote que parecía una pelusa estaba parado frente a él. Había tocado tres veces el timbre y golpeado la puerta. El fuerte perfume que expulsaba el hombre, competía con su saco oscuro. Don Casimiro no lo reconoció.

—Disculpe que lo interrumpa, señor Neyra —dijo preocupado—. Puede tocar su piano como siempre lo hace, a esta hora.

El hombre no sabía dónde poner las manos, se tocaba el pelo, las juntaba, las guardaba en sus bolsillos. Estaba bien arreglado, a pesar de su modesta vestimenta.

—¿Cómo sabe mi nombre? ¿Y que toco piano a esta hora? —desconfió Neyra sosteniendo con una mano el maletín y con la otra el estuche.

—Me va a disculpar, señor Neyra —aceleró sus palabras como las pequeñas gotas de sudor que caían por su frente—. No soy ningún estafador, pero siempre lo escuchamos tocar desde el parque, el que está detrás de su casa.

—Voy saliendo, otro día seguimos conversando... —se excusó tratando de aparentar serenidad—. ¿Cómo sabe mi nombre?

—Toqué la puerta del costado y una señora...

—¡Vieja chismosa! —murmuró.

—Espere un ratito, por favor, solo le pido un minuto de su tiempo —y el delgado hombre remarcó con el índice derecho el minuto.

El minuterero en la muñeca de Neyra seguía avanzando.

—Un minuto es lo que no tengo, debo llegar a tiempo a donde me dirijo, ¿señor...?

—No me llame señor, mi nombre es César. Es un honor conocerlo.

La mano de César quedó extendida y don Casimiro la miró cauteloso. Su mirada también recorrió la calle, pero esta estaba vacía como su billetera. Para no ser descortés, dejó el maletín en el piso y lo saludó.

—Venga más tarde y seguimos conversando.

—Lo único que le pido es que toque su piano, toque esas cosas que hace. ¿Cómo se llaman?

—¿Sonatas, suites, minués...?

—Eso, ¡minués! son especiales. Y hoy los necesito más que nunca.

—Me halaga, pero no será posible, me están esperando. ¡Pianista Neyra, para todo tipo de eventos y clases particulares!

La delgadez del hombre se acentuaba por el movimiento de la camisa. Su respiración era acelerada, como si le faltara el aire.

—¡No entiende! Estoy con la hora —dijo César, abrumado—. Hoy necesito que toque su piano. ¡Hoy! ¡Hoy!

Con mucha sutileza, como cuando se prepara para tocar a Estela, Don Casimiro extendió su mano y cerró la puerta.

—César, ¿no? Mire, me gano la vida con la música, si no voy, no me pagan y si no me pagan es el fin...

—...del amor, señor Neyra, del amor —Interrumpió tocándole el hombro—. Lo tengo todo preparado, hoy es un domingo único —y su camisita a cuadros se sacudió de un lado para el otro—. Primero fuimos por un pollito a la brasa, luego caminamos por el malecón —Mientras César explicaba con entusiasmo, Neyra solo miraba las agujas de su reloj y haciendo una mueca pensaba «Un romántico»—. Y ahora como todos los domingos, nos sentamos sobre el pasto, en el parque que está a la vuelta, para conversar mientras escuchamos su piano.

César conoció a su chica por accidente, como a veces surgen los encuentros que te transforman la vida. Ella era la nueva mesera que atendía en el menú. La única mesa desocupada era la que faltaba limpiar y llamó a la señorita. Ella se acercó a recoger los platos y los vasos en la fuente. La novata perdió el equilibrio y uno de los vasos se volteó chorreando la chicha. El líquido morado pintó el pantalón y la camisa blanca de César. «Y así fue», ella les contaría riendo a sus amigas. «Cada vez que volvía, le bromeaba con la chicha», contaba César. «Un día llegué y estaban cerrando el local por no dar boleta, y como ese día ya no iba a trabajar, la invité a almorzar».

Los domingos eran los días que salían a pasear desde temprano. Una tarde, después de dar varias vueltas por diferentes lugares, encontraron ese parquecito escondido. La pasaron tan bien, que siempre volvían a las cinco para escuchar el concierto gratuito mientras conversaban de su futuro.

—Suena perfecto, pero estoy apurado —remarcó Neyra y le dio la espalda para asegurar la puerta con dos vueltas de llave.

—¡Hoy le propondré matrimonio a Estela!

Neyra dio la última vuelta a la cerradura justo con el nombre. Era el mismo. Don Casimiro se quedó quieto mirando la puerta, la miró como si fuera invisible y pudiera ver la sala y allí, esperando como siempre, su Estela, pero también, la carta.

—¿Casarte?

—Cuando estemos escuchando sus... ¿Cómo se llaman?

—¿Sonatas,...? —murmuró y el reloj amarillo se dibujó en su cabeza.

—¡Eso, sonatas! Le daré este anillo.

Neyra recogió su maletín y el estuche. Miró de reojo el anillo, era diminuto y poco brillante.

—¡Van a ser las cinco y media! Lo siento —y caminó apurado hacia la esquina. Detrás de él, César.

La casa de don Casimiro es de las pocas casas de un piso. Esta colinda con un jardín amplio que otros llaman parque. Al parecer, los domingos por las tardes, cuando la calidez del sol y su amarillenta luz acariciaban de costado, las melodías del piano solían ser el fondo musical de algunos enamorados. Pero este domingo fue distinto. Neyra observaba su reloj, hacía el cálculo de los segundos que le tomaría caminar hasta el paradero, los minutos que pasarían hasta que el bus llegase y el tiempo que demoraría en llegar al contrato. «Es tardísimo», pensó.

—¿Y si le pago? No tengo mucho dinero —dijo el galán, con una gota de sudor resbalando por su mejilla y cayendo al piso como algo inevitable.

—Su prometida lo debe estar esperando —Neyra levantó la mano, para detener el bus.

El cobrador lo ayudó con sus paquetes y gritó al chofer: «Dale, dale». Don Casimiro se acomodó en el asiento preferencial y no quiso volver la mirada hacia el hombre que había tocado desesperadamente su puerta. En el paradero, César se quedó en silencio, agotado, vencido, viendo cómo el bus despedía una nube negra mientras se alejaba.

Sentada en la alfombra verde, Estela miró hacia la esquina. «Hace un rato que fue a la tienda. Mucho demora». La novia arrancó sin ganas las hojas del pasto, una por una, con mucha sed.

—Toma, amor —y César abrió la botella de agua—. Había mucha gente en la bodega.

—Demoraste mucho —y bebió media botella—. ¡Qué linda tarde!

—Sí —respondió César.

—¡Qué gracioso ese perrito!

Una señora paseaba a su mascota, el pequeño pekinés se detuvo cerca de un arbusto y sus grandes ojos se concentraron.

—Sí —repitió sin mirar.

—¡Mira esa pareja! —y Estela tomó un sorbo—. Con esos besos parece que recién estuvieran.

—Sí —volvió a decir.

—Estás raro, ¿pasa algo? —y le ofreció el agua.

—No, nada —y César, resignado, con su brazo izquierdo se limpió el sudor de la pelusa—. Todo está bien, mi amorcito —César, sentado junto a Estela, observó la casa de don Casimiro y el silencio lo angustió—. Linda tarde, ¿no? —y metió su mano en el bolsillo donde guardaba el anillo—. La próxima semana hacemos el mismo plan. Ya es tarde, ¿vamos?

—Son diez para las seis —y lo abrazó como rogándole unos minutos más.

—¡Vamos! —y ambos se levantaron.

Mientras caminaban a través de los arbustos, el viento trajo acariciando a la alfombra verde, el *opus 9, número 2* de Chopin. César se detuvo y la cogió de la mano.

—¿Escuchas? —dijo César y volteó a mirar la casa de don Casimiro—. ¿Nos quedamos un ratito más?

Y Estela respondió: «Sí».

El deseo de Sofía

Despierto agitada, otra vez con el pecho aprisionado. «Sofía», gritó el ventarrón de otoño como un estruendo al golpear mi ventana. Tirada en la cama, deseo estar desnuda. Quiero estirar mis brazos para alcanzar el techo lechoso, inalcanzable. El año pasado, en mi cumpleaños catorce, la tía Ceci me regaló unas estrellas fosforescentes, que en el firmamento de mi techo se fueron haciendo fugaces con el tiempo. Ahora, tumbada boca arriba, cuando las veo descender, siempre pido el mismo deseo.

A pocas cuerdas de mi casa queda el coliseo Gran Chimú. Allí se juega vóley, pero la gente lo repleta en febrero, cuando es el concurso de marinera. De niña, mi madre me llevaba a esas clases, con mi gran falda puesta. Me encantó el vestido, tanto que era una injusticia que lo usara sin estar convencida. Creo que mi madre se dio cuenta, por eso, un día nos desviamos a la escuela de música que quedaba a pocas cuerdas de mi casa. Caminé por los pasillos en silencio, curiosa, y me detuve en cada puerta. Una, en especial, hizo que los encajes de mi falda se extendieran, y se colara por debajo de ella, un aire fresco. Melodías mágicas. «¿Es una guitarra?», me pregunté ingenua. «Suena más bonito», susurré, como si fuera un secreto.

Descubrí mi instrumento gracias a la *suite No. 1* de Bach, esas semicorcheas fueron como jugar a derrumbar una torre de dominó. Mis dedos nacieron para el violonchelo.

Por la ventana de mi habitación se cuele el bullicio de la entrada principal. Mi casa es grande y tenemos algunas habitaciones para alquilar. Alguien ha tocado el timbre, trato de concentrarme para reconocer las voces que se filtran como el sol por la rendija de mi ventana. Quisiera levantarme a curiosear, pero estoy encamada. Distingo la voz de mi madre. La otra es desconocida. Tiene un tono fresco, tímido. Trato de imaginarme su rostro.

—Buenos días, es por el letrero —escucho y sospecho que tiene lentes. Siempre me han llamado la atención las personas con lentes, se les ve muy interesantes.

Mi madre explica las condiciones en la puerta y hace una serie de preguntas antes de hacer pasar a alguien. Solo si ella está conforme, muestra la habitación.

—Perfecto, me queda cerca a la facultad. Soy de Cajamarca, estudio medicina.

—¿Eres cachimbo? —interrogó mi madre.

—No, lo dejé un par de años porque mi padre enfermó y tuve que ayudarlo en el campo.

La voz se escucha sincera, y cuando explicó el detalle de que abandonó sus estudios para ayudar a su padre en el campo, se me quebró el cuerpo. ¡Doctor!, he conocido varios estos últimos meses, pero nunca hemos tenido uno en la familia. «¡Deja que se quede, mamá!», quisiera gritar.

Cuando tenía trece, mi profesor de cello le dijo a mi madre que tenía el talento para ser concertista y que en la capital, con mucho sacrificio, lo podría lograr. «Mano derecha relajada con el arco», me decía en la primera clase. «Desliza suavemente el arco por la segunda cuerda, Re». Después de que mi padre nos dejó, separarse de mí sería otro golpe para mi madre. Pero no solo era la separación, sino también los gastos que ello demandaba. Pasajes y clases todos los fines de semana, para perfeccionar mi técnica. Por eso, empezamos a alquilar las habitaciones vacías a estudiantes. En Lima, mi tía Ceci podía alojarme. Recuerdo mi primer viaje, el bus en la terminal no partió hasta que los asientos se llenaron. Mi madre le gritaba al chofer, pues había pasado más de una hora y seguíamos detenidas. Yo quería clavarle el puntal de mi cello en su espalda. Mi madre me acompañó en el primer viaje, pero en los siguientes, solo viajamos mi chelo y yo. Tuve cientos de viajes, iba los fines de semana y, aparte del conservatorio, llevaba clases particulares. El domingo, para regresar, mi tía me dejaba en el terminal de Lima y mi madre me esperaba en el de Trujillo.

Los días de colegio, en la entrada de mi casa y sobre el pequeño jardín, acomodaba la silla de madera. Con mi chelo entre las piernas veía la gente caminar por el parque. Imaginaba la música que los acompañaría: algunos ancianos de paso muy lento hacían que mi chelo viajara por los sonidos graves, largos y suaves, otras veces, los correteos de los niños de primaria dejaban mi arco a un lado y en las notas agudas, las yemas de mi mano derecha jugaban ágiles, alegres. En mi calle, creaba el *score* de la película. Hoy,

arrinconada en mi cuarto, imagino al joven doctor, al universitario de voz dulce, con sus lentecitos intelectuales. Han ingresado a la sala, el eco de sus voces retumba en mi habitación. Distingo mejor su voz de sierra que hace a mis piernas querer moverse para abrazar el chelo. Aferrarse a él.

«No lo tire, por favor, póngalo con cuidado, que es un instrumento frágil», repetía todas las veces en los terminales de buses, sin despegar mi vista del estuche hasta que ingresara al compartimento de equipaje. Después aguaitaba por mi ventana de pasajero, atenta, hasta que partíamos. Cuando viajaba de noche, cada vez que el bus se detenía, mi atención se dirigía a las puertas del equipaje. Si estas se abrían, tenía que fijarme que solo entrasen o salieran maletas y bultos. Lograr dormir era un reto difícil de conseguir.

En la esquina de mi habitación descansa un nuevo chelo, me lo compró mi madre hace un par de meses. «Te traigo una sorpresa», gritó emocionada, cargándolo por el pasadizo. Por el mismo pasadizo donde, ahora, escucho sus voces. Le va a mostrar al doctorcito la habitación que está frente de la mía. «¡Vienen para acá!».

—Esta es, si la toma, tendría que ser desde hoy —sentenció mi madre.

—No hay problema, la voy a tomar, pero todavía me mudaré en una semana, tengo que traer mis cosas de Cajamarca —siseó la voz que formaba un cuerpo delgado en mi mente.

—¿Viajas en bus? —escuché la voz nerviosa de mi madre.

—Sí. Le traeré un quesito de mi tierra.

—Gracias. Si puedes hazlo en avión, es más rápido y seguro —le indicó mi mamá.

Apoyado en la esquina de mi habitación, mi chelo me espera paciente, como yo esperaré a mi doctor. Cómo deseo acercar mi oído a la puerta y escuchar más de cerca el siseo de su voz en el pasadizo, coger el arco contra las cuerdas y empezar a darle la bienvenida. Sorprenderlo. Sería un toque suave, las notas fluirían como mis dedos lo harían al acariciarlo. Ya me lo imagino viviendo aquí. El primer día estaría atenta a sus salidas y llegadas, no es que sea una *stalker* o una maniática, pero tendría que saber sus horas y, como por casualidad, dejaría mi puerta entre abierta. «Hola, me llamo Sofía ¿tú eres...?». «No, la pregunta debe ser más original. Piensa, Sofía, piensa».

¿Cuánto tiempo tendré que esperar para efectuar mi plan? Ahora, mi insomnio será por él. De siete meses a siete días. ¿Por qué cuando quiero pedir un deseo, no cae ni una estrella de mi techo? Tuve muchos viajes en bus. En varios, no pude ni siquiera pestañar. Una vez, al detenernos en uno de los peajes, una señora se levantó gritando: «Huelo a quemado. ¡Algo se quema!». Agarró su maletín y golpeó la puerta del conductor, varios pasajeros se despertaron, yo miré, como siempre, por la ventana y me levanté del asiento. Un humo gris salía del televisor. El conductor despreocupado dijo: «No es nada, ya está». Lo desconecto y volvimos a subir al bus.

—Le dejo un adelanto y mañana regreso para firmar el contrato.

—No hay problema, lo tendré todo preparado. Mañana te entrego la llave.

Se hará realidad. Ya quisiera darle la llave de mi corazón. Imaginar que se detiene frente a mi cuarto. Que escucha mi chelo y que apoya su oído en la puerta. Percibir su calor, su respiración, su sonrisa. Escucharle decir «Estás linda, Sofía».

Se están despidiendo. Cómo quisiera verlo. Verlo y sentir la misma adrenalina como cuando vi desde la ventana del bus, en lo alto del precipicio, el inmenso océano acercarse.

—Por favor, tenga cuidado en el bus —le pide mi madre y escucho que cierra la reja.

Los pasos de mi madre arrastran la culpa. Se acerca a mi habitación. Va a contarme del nuevo doctor que conoceré. Este es diferente. Ella entra sin tocar y yo sigo aquí, esperando que caiga una de las estrellas fugaces de mi techo.

—¡Estás linda, Sofía! —dice mi madre con una sonrisa—. Tenemos nuevo inquilino.

—Sí, escuché —y miré una estrella a punto de caer—. ¿Cómo es?

—Se le ve buen muchacho. Es médico —dice con su gesto optimista—. En un ratito te traigo el almuerzo —y me ayuda a sentarme.

—¿Mejoraré?

—Sí, mi hijita. Sí.

Cierro mis ojos y, mientras la pequeña estrella desciende, pido mi deseo.

La oscuridad en sus ojos

Ayacuchano, huérfano pajarillo,
¿a qué has venido a tierras extrañas?
Alza tu vuelo, vamos a Ayacucho,
donde tus padres lloran tu ausencia.
Huérfano pajarillo – Huayno tradicional anónimo.

En medio de la oscuridad, como las lunas negras de sus anteojos, se detuvo en medio del gran puente, y escuchó el agua del Rímac golpear las piedras.

«Esa agüita viene desde lo alto, de mi sierra», caviló y al repetírselo, por lo menos, por un momento, regresó a su niñez, donde su abuelo le había obsequiado su primer charango.

Don Fortunato se apoyó en la baranda, y a su costado colocó el bastón plegable que siempre lo ayudaba a llegar hasta allí. La primera vez que lo usó, la torpeza de primerizo se hizo evidente como cuando sus dedos de niño quisieron apretar las finas cuerdas de su instrumento y este sonó opaco, sin el brillo que caracterizaba a los charangos. A tientas, conforme daba pasos temerosos, su brazo entendió que para minimizar calambres debía estar pegado a su cuerpo, y desde la altura del ombligo, con un movimiento sutil de muñeca, como cuando rasguea muy suave su instrumento, su mano, sosteniendo el delgado bastón, tenía que realizar semicírculos de izquierda a derecha.

Todos los días, al amanecer, don Fortunato cruzaba el mismo puente para limosnear unas monedas y resistir la vida en el centro de la capital. Llegaba al gran pasaje peatonal cuando lo sentía despejado, sin ruido y, se retiraba a su casa, cuando el silencio, como un río caudaloso, inundaba de nuevo el gran jirón.

Don Fortunato elegía la misma pared al costado de la iglesia, «ahí la gente es más bondadosa», pensaba y, parado sobre la losa, replegaba al delgado ayudante. De una agujereada bolsa negra, sacaba una taza de metal y su charango. A este, lo bautizó como «Abejorro». «Si te descuidas, te pica», decía riendo cuando algún curioso preguntaba.

Sentado sobre el piso, esperaba que los pasos de la gente llegaran como los huaynos de su cabeza. De golpe, como el sol de diciembre. El andar era apurado, todos esquivando la desconfianza del otro. A las justas respiraban el día. Cada transeúnte con un punto fijo en el horizonte y pobre de aquel que se cruzara en su camino. Llegar a tiempo al trabajo, a la reunión pactada, o a la cita prohibida era lo importante. Pero Fortunato ni se inmutaba, a sus casi setenta y nueve años sabía que era así. Mover la muñeca le era más difícil que antes, por eso elegía canciones nostálgicas. «*Adiós, pueblo de Ayacucho, perlaschallay*», cantaba cuando no sonaba el clin clin de las monedas cayendo dentro de su taza, esa misma taza que horas antes llenaba de quinua dulce.

Otros colegas también se acomodaban por la iglesia: el joven cantante con parlantes y micrófono, los mercachifles que vendían perritos con música incorporada o chucherías que llegaban de China para los pequeños y las señoras que gritaban vendiendo sus sándwiches de pollo. Cada uno se distribuía intuitivamente en la fachada de la iglesia, sin ponerse tan cerca como para quitarse clientes, ni tan lejos como para perder alguno. Cada uno sabía del otro. Todos trabajaban para sobrevivir.

Entre gritos de ambulantes y jaladores, las secretarias se meneaban acorraladas de ofertas, las mismas del día anterior. Y cuando don Fortunato escuchaba algún chiflido, sabía que era de los vigilantes de las tiendas. Eran silbidos de palomillas, o besitos largos y agudos que lanzaban como flechas de Cupido a alguna minifalda o pantalón apretado. «¡Pobres pendejitos!», pensaba don Fortunato.

Al mediodía, el barullo se parecía al río que atravesaba todos los días para llegar a su casa. Bajo el inacabable sol, los empleados transitaban a paso rápido, pero cuando desfilaban por su lado, las orejas quemadas de don Fortunato percibían que los zapatos y tacones, se quedaban callados. La muchedumbre hablaba menos, más bajito, y a ritmo con su «Abejorro». Entonces, él le ponía más fuerza a su rasgueo y las cuerdas se agitaban como un enjambre. «¡Ese es mi charanguito, mamita!», gritaba para llamar la atención.

A toda hora, sus manos arrugadas se paseaban por el pequeño brazo del charango. A veces, la tacita sonreía hambrienta, dejando ver algunos «dientes», igual que don Fortunato. Cuando guardaba las monedas solitarias en su bolsillo oculto del pantalón, soltaba al vuelo «Mi tacita está hambrienta», y sonreía. Su piel hecha de surcos era como el arado a punto de sembrar, don Fortunato esperaba paciente el tiempo de cosechar.

Como todas las noches, la oscuridad espantó a los transeúntes, esa misma oscuridad que llevó en el día don Fortunato. Las tiendas asustadas ya cerraron sus grandes rejas con macizos candados. Nadie lo ayudará a caminar. En el silencio del jirón, don Fortunato guardará su taza y el charango en la bolsa negra. Desplegará el bastón de ciego. Caminará despacio, sin apuro, de memoria. Caminará como veinte minutos hasta llegar al mismo lugar donde cada noche siempre se detiene, en el medio del gran puente. Dejará a un lado el bastón mientras escucha la furia del Rímac. Recordará a su abuelo, a su tierra, al olor de la madera encendida en la cocina y deseará volver. Después de suspirar, sin sentir presencia alguna, don Fortunato voltará la cabeza a ambos lados y quitará la oscuridad de sus ojos.

Y el ganador es...

Una mañana, los vecinos del puerto de Chimbote despertaron con el acostumbrado hedor de siempre. Al salir de sus casas notaron en las calles algo diferente. No era ese pestilente olor a pescado podrido, sino lo que había en las paredes. Vieron que los extensos muros sin tarrajear habían cambiado de aspecto. Las fachadas dispares de ladrillos y cemento fueron maquilladas con brochazos de pintura amarilla y letras gigantes de color rojo. Las entradas de todas las bodegas de esquina, colegios y mercados soportaron grandes afiches a todo color, pegados igual que papel tapiz. Incluso un entusiasta colaborador municipal repartió algunos volantes en las cantinas y en el viejo burdel del puerto. El alcalde tenía claro el objetivo cultural de «Un Canto para Chimbote». En las recepciones e inauguraciones, junto con su comitiva de prensa, no dejaba de resaltar en sus discursos: «Nuestra gestión es la única que se interesa por la cultura».

El cañón de luz apuntó al escenario y buscó cual francotirador a su objetivo. En uno de los costados, tras los bastidores, los sobrevivientes aguardaban con sus gargantas reseca. Después de la señal, solo tres vidas ingresarán, una detrás de la otra, impregnando el aire de nerviosismo, de incertidumbre. Luego, parados en el medio, enceguecidos, solo podrán distinguir el auditorio como si el universo tuviera una sola estrella.

Los tres ingresaron en fila y se detuvieron en el medio del escenario, uno al lado del otro, cegados por el haz de luz sobre sus rostros. El técnico encendió el único par de luces operativas que tenía el teatro municipal. El reflejo dejó percibir el brillo de seiscientos ojos. Entre ellos, en primera fila, el jurado que iba a decidir la suerte de los tres.

Solo tres fueron finalistas. Magali, la jovencita del vestido floreado; Joaquín, el inquieto joven del saco apretado y Ricardo, el gordito treintón de la corbata fucsia, esperaban el milagro rogando en coro el mismo deseo a san Pedro, su patrón. Cada uno de ellos tenía la certeza de que su nombre, al ser pronunciado, retumbaría en el auditorio.

De la extensa noche, veinte fueron los escogidos y cada vez que alguno era eliminado, los sobrevivientes se aferraban más a la gloria, a la inmortalidad y al trofeo. Los tres se veían deseosos, inquietos, con espasmos y picazones por todo el cuerpo. Para ellos, los pocos segundos que transcurrían eran espinosos, como la angustia de los alumnos esperando la nota final. Hasta el sudor que se asomaba impaciente por sus frentes quería conocer el veredicto.

¿Quién será el ganador? A pesar del retraso de casi una hora, por una falla en el equipo de sonido, el gran momento se acercaba. Además, ya habían pasado ciento ochenta minutos desde que el primer concursante se había parado sobre el escenario. Dentro de poco, el nombre que estallaría entre las butacas daría tristeza, alegría o desconcierto. El jurado deliberaba en primera fila. A los verdugos solo les queda sortearse, entre las tres cabezas, la ganadora. El cuchicheo del público se elevó por encima de sus asientos, pero los seiscientos ojos no dejaron de estar atentos a las primeras butacas, donde el jurado se movía como si estuviera con pulgas. En esa fila, miradas y murmullos, secretos y discusiones. El compositor más importante de la región y el músico más respetado de la escena local discutían sus puntos de vista. Indicaciones y secreteos entre el director de la biblioteca y el único periodista cultural de la ciudad. Se les veía muy concentrados, debatiendo entre ellos y señalando un papel que se paseaba de mano en mano. A última hora se sumó el alcalde.

En el escenario, las manos de los finalistas tampoco podían estar quietas, a veces juntas, otras separadas o alisando la vestimenta. El vestido floreado empezaba a arrugarse con las manos sudorosas de Magali. Las corbatas ajustaban cada vez más los cuerpos dilatados por el calor. Una picazón en la entrepierna hacía cambiar el apoyo de la pierna derecha a la izquierda, y viceversa. Para colmo, lagrimeaban los ojos con el ardor de la luz. Todo a los tres, que se movían como si se tratase de una coreografía ensayada. Cuando de pronto, el público divisó en la primera fila que el sobre era entregado a una anfitriona. Mientras ella subía las escaleras del escenario, la licra roja provocó unísonos silbidos, despertando a los viejitos que cabeceaban en las gastadas butacas.

Una voz engolada detonó como una explosión en los oídos de los asistentes. El maestro de ceremonias, invitó a entregar el gran premio a la nueva Miss Chimbote, a una antigua cantante local conocida como «La Doña», y por último, al alcalde. A un extremo del escenario, la nueva miss con la sonrisa congelada cargó el trofeo dorado. Este era una

copa dorada que en la punta tenía un pequeño hombrecito cuyo brazo, estirado como karateca, sostenía adherido a la mano algo que parecía un micrófono. Al lado de la joven miss, La Doña se acomodó el abrigo de piel que cubría su nuevo cuerpo. En sus ojos chinos se evidenciaba el paso por el quirófano. Ricardo, el de corbata fucsia la conocía, Joaquín, el del saco pequeño, creía haber escuchado su nombre, y Magali, la chica del vestido miró a los otros dos levantando las cejas. A La Doña, se le desvanecía su carrera como el rostro que de ella recordaban los mayores de setenta. Ni bien subió el alcalde, la mujer se le acercó y con una gran confianza zampó un beso que le dejó marcado con labial rojo la comisura de la boca. El alcalde le susurró algo al oído y ella volvió a su lugar. Entonces, con los dientes muy blancos, se acercó al borde del escenario y señaló y saludó al público. Los flashes se dispararon en la tropa de acreditados. La sonrisa siempre dispuesta, saludando y abrazándose con sus pequeños brazos, mientras los flashes se amontonaban al pie del escenario.

—¡El momento ha llegado! —señaló con su enérgica voz el maestro de ceremonias y entregó el esperado sobre con el veredicto a la cantante.

A Magali le entraron ganas de orinar, su vestido floreado se agitaba inquieto. A sus dieciséis años recién cumplidos la emoción de poder ganar era tanta que la preocupación de repetir el año escolar pasó a segundo plano. Todo el quinto grado estaba gritando su nombre. Joaquín tenía veintidós y cantaba siempre entre los amigos del barrio. Extrañaba a su familia, su madre trabajaba en un restaurante hasta tarde y su hermano menor prefería estar en la esquina, fumando. Joaquín movía su cabeza de lado a lado, tratando de estirar el cuello tenso. Con un movimiento sutil se acomodó para estar más cerca de Miss Chimbote, pero su terno apretado, que había sido de su padre, dejó notar el sudor nervioso oscureciendo el contorno de las axilas. La miss, muy lentamente, cambió de lugar con La Doña. El gordo Ricardo era el más «cancho». A sus treinta y tres años, era el más conocido, pues se dedicaba a cantar en diversos eventos con la orquesta «Rico Chimbote» cuya corbata fucsia era sello característico. Es más, conocía a gente de la organización y a uno que otro del jurado.

Las pequeñas barras, ansiosas, apoyaban a sus favoritos con todas sus fuerzas y el recinto se estremecía cuando alguno de los finalistas era nombrado. Algunos que fueron eliminados, siguieron la final desde las butacas. Otros, en cambio, se iban retirando para saciar las penas en algún bar. La medianoche se acercaba y los pequeños inquilinos

nocturnos del auditorio esperaban desde sus madrigueras para hacer sus recorridos y roer las sobras que caían al piso.

Por fin se iba a escuchar el nombre. La Doña sostenía el sobre que en sus manos venosas destacaba por su suavidad. La cantante contempló la envoltura y sonrió al alcalde. «Y el ganador es...», dijo y miró con soberbia a los tres finalistas, a Magali, a Joaquín y a Ricardo. Los ojos del teatro aguardaban el fallo, la sentencia, la verdad. Le dio vuelta al sobre y levantó la solapa con la mano derecha. Con sus dedos en forma de garra cogió su contenido y el público detuvo la respiración. Era un papel más grueso, tenía una porosidad que la hacía agradable al tacto y su color plateado resplandecía con las escasas luces que colgaban de la parrilla. La tenaza llena de anillos deslizó suavemente el veredicto. La cantante leyó en silencio, estiró su rostro y viendo rápido a Ricardo susurró: «No lo puedo creer», y miró de reojo al alcalde y escondió el papel de vuelta dentro del sobre. Lo apretó muy fuerte con sus dos manos, que empezaban a temblar. El gran abrigo color oso se erizó con el movimiento. Todo su cuerpo vibró y La Doña cayó al suelo, convulsionando. Miss Chimbote abrió sus brazos y dejó caer el trofeo al tratar de sostenerla. La anfitriona se quedó congelada sin saber qué hacer y lentamente fue deslizándose hacia la escalinata del escenario. Los organizadores corrieron desde las bambalinas laterales a auxiliarla. El alcalde, muy tranquilo, sacó su celular y, protegido por su seguridad, hizo mutis hacia los camerinos. El maestro de ceremonias gritó: «¡Calma!, por favor, tranquilos, no pasa nada... ¿algún doctor en la sala?».

Magali repetía para ella: «¡el sobre! ¡Quítenle el sobre, rápido, que me orino!».

Joaquín se acercó a curiosear: «¿Qué pasó?», le preguntó a Miss Chimbote, que recogía del suelo los pedazos del pequeño hombrecito. Ricardo se acordó que una cosa similar le había pasado en un quinceañero donde una abuelita también había sufrido un ataque. «¡Epilepsia! ¡Es epilepsia!», explicaba con una firmeza de doctor al maestro de ceremonias, que gritó otra vez por el micrófono: «¡Dejen pasar a los paramédicos, por favor!».

Mientras la ponían en una camilla para sacarla de ahí, todo el público que seguía de pie en sus asientos sin saber qué hacer, empezó a aglomerarse para ver cómo la vieja gloria tenía su ataque. Varios sacaron sus celulares para tomar fotos y grabar videos. Uno de los paramédicos trató de quitarle el sobre de la mano, pero fue en vano. La Doña tenía ambas manos apretando el sobre como un águila a su presa. «Tranquilos, señores, dejen

pasar, por favor» se escuchó decir otra vez por los parlantes, mientras la multitud seguía como procesión la camilla. En las mentes de los tres finalistas un contrapunto de pensamientos empezó a nacer. «Me orino». «Que rica está la miss Chimbote». «Epilepsia, lo dije». «¿Si voy al baño me dirán algo?». «¿Le pido su número?». «Que bien canté».

A lo lejos, la sirena se perdía entre el barullo del público como las barcos cuando penetran en el horizonte. Todo el mundo se quedó preocupado por la situación. Un buen grupo salió a la calle con la camilla y ya no volvió a ingresar. Los músicos que eran parte del jurado se excusaron porque tenían otros contratos y el director de la biblioteca avisó que iba a los servicios y no regresó más. Pasada la medianoche, los organizadores suspendieron la premiación. El trofeo partido en dos, el jurado disperso y el sobre, quién sabe dónde.

Por orden de la gerencia municipal, encargada de la organización, el maestro de ceremonias, micrófono en mano y parado en medio del escenario, se dirigió a los pocos que quedaban y pidió las disculpas del caso, anunciando que en el corto plazo de una semana se realizaría una nueva invitación, donde los tres finalistas cantarían de nuevo para todo los presentes.

El vestido floreado salió corriendo al baño sin hacer caso a sus amigos del cole. Miss Chimbote trató de salir protegida, pero el saco apretado de Joaquín, muy pegado a ella, le prometía que la próxima vez le dedicaría la canción. Ricardo y su corbata fucsia, junto a sus amigos de la orquesta, se retiraron con frases triunfantes: «Ganaste, no hay duda». «Tú eres el campeón». «Que te den el premio». «No pasaba nada con los otros cantantes». «Ponte las chelas, ganador». Así, cada finalista se alejaba a su manera del recinto, que iba apagando sus luces para resistir un día más.

Pasada una semana no se supo nada del asunto, Joaquín fue a la municipalidad para saber cuándo se realizaría la premiación y nadie le dio una respuesta. «Muy pronto, ya le avisaremos», señalaron.

Pasaron dos meses, cuatro, seis. Joaquín escuchó que la orquesta «Rico Chimbote» siempre se presentaba en los eventos de la municipalidad con Ricardo y su nueva integrante La Doña. La premiación solo la recordaban los otros dos finalistas: Magali y Joaquín. Cada uno, por su lado, había ido a preguntar por el concurso, pero siempre recibían la misma respuesta. «La próxima semana, sin falta». Mientras tanto, en

cada visita, los encargados llenaban sus escritorios con torres de papeles y nuevas tareas administrativas.

Una mañana, los vecinos del puerto despertaron con el acostumbrado hedor de siempre y, en las calles de Chimbote, grandes carteles con la enorme sonrisa del alcalde anunciaban obras en pistas y veredas con la frase «El Alcalde de Todos». Más allá, obreros de la municipalidad obstruían el paso de los peatones cuando pintaban de blanco los antiguos anuncios de un concurso de canto. En los postes de toda la avenida principal, gigantografías con la misma sonrisa, impostada y muy blanca, anunciaban la nueva postulación. Mientras, en una de las oficinas municipales, arriba de un viejo y plomizo armario metálico, detrás de varias rumas de documentos por atender, el brillo dorado de un trofeo roto se ocultaba tras el polvo.

Bola de arena

«¡Que no!». Gritó su padre, pero esta vez, le lanzó las tripas del pescado que cortaba en la mesa. Era la quinta vez que escuchaba de don Eulogio la misma respuesta. Estas llegaban, una tras otra, como olas en día de viento. Que no sabía dónde las vendían, que era un paso a la mala vida, en fin. «¡Que no y punto!».

Hace algunos meses, cuando Inti regresaba del colegio a su casa, un músico subió al bus destartado, un viajero que estaba de paso por su pueblo en dirección a la gran ciudad. Lo que más llamó la atención de Inti, no fue lo que interpretaba el gordo señor, sino el chorro de sonidos que se pintaban en el aire como miles de gaviotas en el cielo. Era un hombre que tenía apoyada sobre su gran barriga una guitarra maltrecha y llena de mugre. La madera trataba de ver a los pasajeros tras la gutapercha negra y roja que la envolvían como vendas. «¿Cómo todos esos sonidos pueden salir de ahí?», pensó Inti. Al llegar a su austera casa frente al muelle de Camaná, fue corriendo hacia la caleta donde su padre, don Eulogio, hombre moreno por el sol, dijo por primera vez: «¡No, esas son huevadas, tú tienes que aprender a pescar!» Y siguió anudando la red. «Lleva los baldes a la casa, yo voy más tarde». Inti, callado, levantó los cinco kilos de pescado en cada balde, pero con ganas de seguir insistiendo.

Llamarse Inti era poco común. A la hora del recreo, todo el primero de secundaria trataba de bromear con él, incluso en el simulacro de sismo: «¿Cuánto vale un borrador?», gritaba uno y otro lo señalaba: «¡Un Inti!». «¿Cuánto cuesta un pan con huevo?», y coreaban a su alrededor: «¡Un Inti! ¡Un Inti!». Solo un buen puñete al primero que se cruzara, los hacía callar. Era petiso y delgado, pero sus brazos decían lo contrario.

La semana siguiente, Inti se atrevió a preguntar al profesor de educación física si tenían alguna guitarra en el colegio. «¿Guitarra?, déjate de mariconadas, Inti. ¡Una buena pelota de fútbol es lo que hace falta en el colegio y no guitarritas!». Le gritó y sopló el diminuto silbato que colgaba de su cuello al lado de un rosario.

Lo poco de música que Inti había escuchado en su corta vida, siempre se daba en cuatro momentos: El primer recuerdo era por las tardes, cuando su padre, don Eulogio, prendía con sus manos de mar la vieja radio AM y dedicaba los boleros a su madre. El

segundo, era dentro del ruidoso bus, cuando bailaba las saltarinas melodías de Los Shapis ayudado por los huecos de las pistas. El tercer y cuarto momento se daban en el colegio. Los lunes, al entonar el himno nacional y cuando por alguno de esos puñetazos lo enviaban a la oficina del director. Inti, castigado mirando la pared, era sorprendido por las dramáticas baladas de Raphael. Cuatro instantes que no tuvieron la misma intensidad ni fuerza como la de apreciar, frente a él, la mágica vibración en el aire de ese inalcanzable instrumento. El sonido que le sacaba el gordo viajero a la guitarra quedó grabado como los surcos de un disco de vinilo, y siguió dando vueltas, viniendo una y otra vez, en la cabeza de Inti.

«Viejo, en Arequipa, ¿el tío no tendrá una guitarra?». Una mirada punzante y un carajo dieron la respuesta a esa inquietud. Inti se quedó sentado sin decir palabras. Al rato, su padre —que solo sabía del océano—, se lavó las manos de sangre y, mientras se tomaba un vaso repleto de pisco, le dijo: «Mañana vamos a pescar, levántate a las cinco». Inti puso su cara seria. Después, don Eulogio le repitió lo que su padre le decía cuando niño: «Somos pescadores, tienes que aprender a escuchar al mar, si habla, hay que hacerle caso».

Años atrás, Inti solía corretear entre los botes varados en la arena. Se escondía y saltaba para intentar atrapar a las gaviotas regordetas. Ansioso, esperaba a su padre en la orilla para ver lo que había descubierto en las profundidades. Ahora, eso ya no le importaba, pero a un paso de cumplir sus trece años, para su viejo era imperativo que Inti aprendiera el oficio familiar.

Esa mañana, después de salir con su padre del mar, observó nuevamente las gaviotas, volando libres. Recordó que de pequeño su padre le enseñó a hacer bolas de arena muy cerca de la orilla, pues con la arena húmeda tenían mayor consistencia. Los graznidos de la gaviota más grande, parecían gritos, reclamos de su viejo. Inti, con sus brazos como cañones, descargó toda su puntería contra el ave, pero esta con un aleteo esquivó los proyectiles. Unos jóvenes altos y flacos pasaron a su lado, tenían las barbas crecidas y decían algo que Inti no entendía. Eran más blancos que la arena al mediodía y en sus espaldas cargaban grandes bultos como caparzones de tortugas marinas. Inti trató de adivinar la curiosa forma de una de estas. Parecía una espada, un fusil o un objeto del futuro. Los mochileros se dirigían a la carretera panamericana. El más alto detuvo con el dedo un bus interprovincial que se dirigía hacia Lima. Antes de verlos subir, el bulto en

la espalda se distinguió mejor. Era una guitarra. Inti se dirigió rápido a su casa. Al llegar, su madre echaba agua en la vereda de tierra mientras su hermano menor pateaba la pelota desinflada que había sido suya. Quería contarles, pero llegó su padre tambaleándose hacia un lado. En esas ocasiones, era mejor ser invisible.

Al día siguiente, a la salida del colegio, bajó en el paradero del Chino. Le contaron que el Chino había comprado un televisor y varios vecinos iban a celebrar. El borrachín del puerto no se perdía una, sobre todo cuando las cervezas pasaban de mano en mano. Inti se quedó en el umbral del gran portón. «¡Un comercial a colores!, la botella amarilla se ve diferente». Inti, solo pudo imaginar el frescor de las burbujas haciéndole cosquillas. Después de los anuncios, un conjunto musical interpretó *Cuando llora mi guitarra*. «Una guitarra», se emocionó, Inti. Una voz aguardentosa interrumpió: «Carajo, esa me recuerda a...», dijo el borrachín y metió sus cuarteadas manos en los bolsillos del pantalón, «Chino, dame una» y mientras buscaba, sacó varios papelitos y documentos, en eso, con su tambaleo, algunos billetes cayeron. Inti se agachó rápidamente. «¡Suelta, mierda, que no es tuyo!», gritó arrastrando las palabras e Inti, que estaba levantándolos, se los entregó y salió asustado de la bodega.

En la acera del frente, Inti tenía el puño listo para un golpe. Desde la bodega, el barullo de los vecinos no dejaba escuchar las cuerdas. Miró con furia su mano cerrada y después de una breve sonrisa, lentamente, como la brisa entreabriendo una puerta, su puño se relajó. Apretujado, un papel de color esmeralda respiró. Eran los ojos de Vallejo y, en números y letras, diez mil intis. «Con esto me compro una Inka Kola», así que persignándose lo guardó en el bolsillo gris de su pantalón escolar y volvió donde el Chino. En el televisor la guitarra lloraba con el punteo. «¿Y si junto dinero y me compro una guitarra?», emergió en su mente ese pensamiento. Hurgó en el pantalón y sus dedos se cayeron por un hueco invisible, inesperado.

«Que buena tele, chinito», dijo doña Cata mientras compraba medio kilo de arroz. Inti tembló, lanzó su mirada por todos los rincones, buscó dentro de sus cuadernos, en los bolsillos traseros, pero el billete no aparecía. «Gracias, Catita, siempre es bienvenida», indicó el chino. Inti revisó con minuciosidad el piso recién barrido de la tienda y nada. En el bolsillo de su camisa blanca, tampoco. Sus manos empezaron a sudar. Salió corriendo para volver sobre sus pasos y en la vereda, nadando en el mar de tierra, vio a Vallejo. Por fin pudo respirar. «Es una señal», se persignó. Con su mano aún sudorosa

tomó fuertemente el billete y le preguntó al Chino: «¿Chinito, sabes cuánto cuesta una guitarra?». El Chino iba a calcular una cifra cuando un grito llegó desde el umbral de la tienda: «Inti, ¡anda a la casa, carajo!».

Regresó a su casa con el cotidiano hueco en el estómago. Debajo de su cama, guardaba una cajita de madera con algunos tesoros: fotos, canicas y unas estampillas. Fue el lugar perfecto para ir ahorrando como en una alcancía de chanchito. Planchó el terno de Vallejo con sus manos y escondió la cajita en la oscuridad, bien al fondo, pegada a la pared, detrás de algunas cajas con cuadernos y revistas viejas. En la noche, cuando llegó su padre, intentó otra vez preguntarle. Ya iba a ser julio. «¿Con qué plata, mierda?», gritó don Eulogio. «Fácil unos quinientos millones de intis, es carísimo, ni lo que gano al mes, quinientos millones». Después de un minuto, cuando don Eulogio arrancaba las vísceras de la caballa, se acordó de su difunto padre. Don Eulogio tenía la misma edad que Inti cuando su padre le enseñó los secretos del océano: «Mañana levántate temprano. Salimos de pesca», decía el abuelo y le repitió las mismas palabras a Inti. Luego, don Eulogio volvió a decir una de esas frases que no lograba entender: «Inti, si la tierra grita, no hay que estar cerca al mar».

Inti prestó más atención al precio aproximado, quiso calcular cuánto le faltaría con los diez mil guardados, pero los números se barrían de su mente como el mar cuando acariciaba la arena. Al día siguiente, después de terminar de cargar los baldes de pescado, se escapó donde el Chino. Inti trapeó el piso y cargó las cajas de frutas por alguna propina. La voluntad del Chino empezó siendo cinco mil, conforme pasaron los días, la voluntad del Chino subió a diez mil. Con eso, Inti calculó que para octubre o noviembre podría llegar a la meta.

Al llegar a su casa, sin que don Eulogio se enterase, Inti esperaba que sus hermanitos salieran de la habitación para sacar la pequeña caja y, con mucho cuidado, estirar los billetes y formar torres con las monedas que había ganado. A los dos meses de ayudar unos minutos por día al Chino, la propina subió a cincuenta mil intis. Pero lo más raro era que cada semana y a veces el mismo día, los precios de las cosas subían en la bodega. Cuando Inti recibió su primera propina de cinco mil, calculó que podía comprarse un par de sobres de figuritas del mundial, pero cuando al segundo mes recibió cincuenta mil, ese mismo par de sobres de figuritas valían esa cantidad, cincuenta mil. Después se acordó que su padre, con un fajo de billetes en la mano, repetía molesto después de vender

el pescado en el mercado: «¡No valen nada! ¡Carajo! ¡Este gobierno de mierda nos está matando con esta inflación!».

«¿Qué es eso?», no comprendía esa palabra, se imaginaba un globo inflado, pero entendía que las cosas subían de precio todos los días. Así que la incertidumbre lo envolvió: «¿Cuánto costará una guitarra?». En el colegio nadie tenía idea, estaba claro que el Chino tampoco, y su padre, si volvía a preguntarle, de un manotazo le resolvería la duda. Inti seguía ahorrando en su cajita de madera cada billete o moneda que podía ganar. Mientras tanto, con unos pedazos de madera que encontró tirados en la orilla y unos hilos de pescar, se construyó una. No sonaba, pero le daba igual. Al cerrar los ojos y coger entre las manos su guitarra, las olas eran los rasgueos y los graznidos de las gaviotas eran como los punteos que pronto se harían realidad.

El día de su cumpleaños, don Eulogio tocó la enclenque puerta de madera: «Ábrame, que traigo algo para el santo». Inti tembló: «¡La guitarra!», y sus ojos se golpearon como las olas contra el muelle. «La torta». Cuando terminaron de cantarle, sus hermanitos mostraban más entusiasmo por soplar la vela que él. Don Eulogio emocionado: «Mañana, tú manejas el bote». Inti no quiso soplar las trece velas, solo cogió su instrumento y salió de la casa. Detrás de él, una mano áspera, endurecida, le arrancó lo que había construido. «¡Olvídate de esta mierda!», gritó su padre y de un golpe seco, la sencilla guitarra quedó destrozada. Inti salió corriendo en dirección al mar, solo quería reventar unas bolas de arena contra las aves. Mientras corría, la voz de su viejo se imponía a la brisa que le golpeaba la cara: «¡Carajo, pronto vas a pensar en otra cosa parecida a la guitarra!».

Pasaron los meses. Inti no sabía cuánto le costaría si todo cambiaba de precio, «por culpa de la inflamación», se decía. En el último día de clases, faltaban diez minutos para que tocaran la campana de salida. Todos en el salón hacían bulla y garabateaban las carpetas con nombres envueltos en corazones. Él estaba impaciente por regresar a su casa, desempolvar la cajita, contar los billetes y monedas y preguntarle a su madre si era suficiente para una guitarra. De repente, la tutora, una señora rolliza y corpulenta caminó nerviosa: «¡Tranquilos! ¡Tranquilos!», y salió disparada por la puerta mientras todo su voluptuoso cuerpo se movía con la tierra. Las ventanas vibraron. Un sonido grave y cavernoso envolvió el salón. Las carpetas empezaron a sacudirse como los perros después de caerles agua. La cruz de madera saltó de su clavo y se quebró en el piso. Detrás de la

profesora, sus compañeros como una avalancha salieron en tropel hacia el patio. El director con el megáfono llamó a la calma. Era un remezón muy intenso y prolongado. La mayoría de las niñas empezó a llorar, otras rezaban imitando a la tutora «¡Aplaca tu ira, señor, aplaca tu ira!». El director con voz de mando ordenó que nadie saliera del colegio hasta saber si todos se encontraban bien. El colegio quedaba lejos de la playa; sin embargo, la mayoría como Inti, vivía frente a él.

Algunas madres de familia corrieron a recoger a sus hijos. Había mucho movimiento en la puerta principal del colegio. Pasaron treinta minutos cuando la tutora llamó: «¡Inti, tu mamá está en la puerta!». De pronto, el griterío inusual se enmudeció con el ruido de las olas reventando contra las casas y el viento que las traía inundó el gran patio con un fuerte olor a pescado.

A las tres horas, seguían en los techos del colegio. Abuelas, tías y madres con sus respectivos nietos, sobrinos e hijos. Inti cogía de la mano a su hermano y su madre cargaba al menor. Todos de rodillas rezando a Dios. Inti recordó: «Si la tierra grita... ¿pero si estás en el mar como sientes su grito?».

El comisario anunció que podían volver a sus casas con precaución, porque el mar ya se había retirado. Al caminar por las angostas calles, Inti pisó con cuidado la pista mojada. Tras una cuadra, el agua salada empantanaba todo el camino. Las casas hechas de adobe se habían desmoronado como los castillos de arena cuando sube la marea. Algunos cuerpos quedaron sepultados entre el barro y los escombros. En la pista, los perros callejeros corrieron la misma suerte. La gente lloraba, otros gritaban los nombres de sus familiares tratando de ubicarlos. Inti no reconocía las calles y el lodo cubría sus zapatos. Inti hubiera preferido ser llevado por alguna sirena que escucharlas en los automóviles. La bodega del Chino no estaba más, tampoco el Chino. Al doblar la esquina vio su casa partida en dos, llena de fango y con los pocos muebles arrasados. Inti observó el lugar donde suponía quedaba su cuarto. Solo maderas partidas, en lo que había sido una cama. Las revistas mojadas y esparcidas por todo el lugar le hicieron pensar en su cajita. De la cajita de madera, ni rastro. Entre las casas destruidas e inundadas, entre el barro que había llenado su casa, entre la destrucción y la muerte, Inti se quedó parado sin saber qué hacer. Doña Cata pedía auxilio pues su madre anciana estaba agonizando, don Eulogio tampoco llegaba y el hermano del medio seguía asustado por los gritos y el desastre. La madre de Inti en silencio soltó de sus brazos a su hijo menor, que al instante

comenzó a jugar con el charco de barro en lo que antes era la cocina. De un salto, Inti arranchó el tren imaginario de su hermano, el pequeño dio un grito de llanto y contagió al del medio, que recién empezaba a enlodarse. La madre se quedó quieta. Inti limpió la cajita con su camisa blanca de colegio mientras pensaba en su guitarra. La abrió. Los billetes, embarrados como él, seguían en su sitio. El sueño de la guitarra había esperado, en esa cajita de madera, muchos meses. Y la encontró. Inti sintió que el sol, ese día, demoró en ocultarse. Rodeado de oscuridad no pudo dormir, tenía que estar alerta. El manto negro se rasgó al escuchar muy bajito el llanto de su madre. Ella llevaba en su vientre otro hermano de Inti, y ¿cómo iba a criarlos sin un padre?

Cuando la noche se tornó azul, Inti despertó aferrado a la cajita. Su madre, abrazando a sus hermanos, descansaba en un rincón envuelta en una frazada. Inti, callado, vio que todo estaba tranquilo, silencioso, hacía tiempo que no sentía esa tranquilidad y se acercó muy despacio hacia ella. Respiró la brisa del mar, era distinta a la de ayer. Miró su cajita, no se iba a desprender de ella. Inti abrazó la cajita, como su madre a sus hermanos. Este nuevo día sería el más difícil. Miró la casa destruida, los pocos muebles que sobrevivieron, las camas destrozadas y la única foto familiar que tenían colgada en la pared. El lado derecho del marco estaba inclinado hacia arriba, justo donde posaba de pie su padre. La foto se veía diferente, como cuando Inti quitaba peso de la balanza del chino y la bandeja se elevaba. Inti se volvió a ver a su madre y, antes de salir a caminar, miró la cajita, la cogió fuerte con ambas manos y la dejó a su costado. Salió a la calle de barro y muerte, donde la pista había sido un río de agua salada. Caminó esquivando los escombros y los restos que no podía distinguir. Siguió hasta llegar a la orilla y se detuvo. Levantó el rostro buscando el horizonte. El muelle era abrazado por el océano. Su sombra, alargada por los primeros rayos de sol, se dibujó en la arena mostrando a otro Inti. A pesar del clima templado, le dio escalofríos. Un graznido lo sorprendió, ahí estaba la gaviota, arriba de él, quieta, blanca, grande, muy grande y suspendida por el viento. Inti se la quedó mirando y despacio se fue agachando, hundió sus manos en la arena húmeda, húmeda como sus mejillas y empezó a amasar una gran bola de arena.

Soundtrack

Lujuria

Pat Metheny — *The road to you.*

Calambrito, Torito y Pepita

Duo Greda — *Ratón sin queso.*

El condor pasa.

The Police — *Roxanne.*

Moliendo café.

Queen — *Don't stop me now.*

Yawar — *Zambito.*

La banda escolar

Daniel F — *Al colegio no voy más.*

Banda escolares.

Papel en blanco

Frágil — *Avenida Larco.*

José Arbulú — *Alba matutina.*

Desafinado

Tom Jobim y Vinicius de Moraes — *Garota de Ipanema*.

Tom Jobim — *Desafinado*.

Cosa nuestra — Salsa criolla — *Mentiras son*.

El aplauso en el muro de la esquina

Silvio Rodríguez — *Unicornio*.

Piero Montaldo — *En mi calle*.

La Victoria de Victor

Guillermo Dávila — *Solo pienso en ti*.

Los embajadores criollos — *ódiame*.

Nino Bravo — *Un beso y una flor*.

Poison — *Every Rose Has Its Thorn*.

Alejandra Guzmán — *Hacer el amor con otro*.

Cómplices — *Es por ti*.

Alejandro Sanz — *Corazón partío*.

Nino Bravo — *Libre*.

Roberto Carlos — *Un millón de amigos*.

Cristina y los Subterráneos — *Voy en un coche*.

Camilo Sesto — *Vivir así es morir de amor*.

Juan Gabriel — *Querida*.

Camilo Sesto — *Celos*.

The Beatles — *Help!*

Ella baila sola — *Amores de barra*.

La mano sobre el muchacho

Bob Dylan — *Mr. Tambourine man*.

Chacalón — *Muchacho provinciano*.

El reloj y el violín

Máximo Damián (Violinista peruano)

Los troveros criollos — *Yo la quería patita*.

Beethoven — *Sonata No. 9 A mayor, Op. 47 'Kreutzer'*.

Doménico Modugno — *El maestro de violín*.

El último romántico

Nicola Di Bari — *El último romántico*.

Leo Dan — *Estelita*.

Tchaikovsky — *Concierto Nro. 1*.

Chopin — *Nocturne in E-flat major, Op. 9, No. 2*.

El deseo de Sofía

Bach — *Suite No. 1*

La oscuridad en sus ojos

Huérfano pajarillo (Huayno tradicional anónimo).

Adiós pueblo de Ayacucho.

Y el ganador es...

Los pasteles verdes — *Hipocresía.*

Bola de arena

Pedrito Otiniano — *Odiarte quisiera.*

Los Shapis — *Chofercito carretero.*

Himno nacional del Perú (interpretado por niños de colegio).

Raphael — *Balada triste de trompeta.*

Los Morochucos — *Cuando llora mi guitarra.*